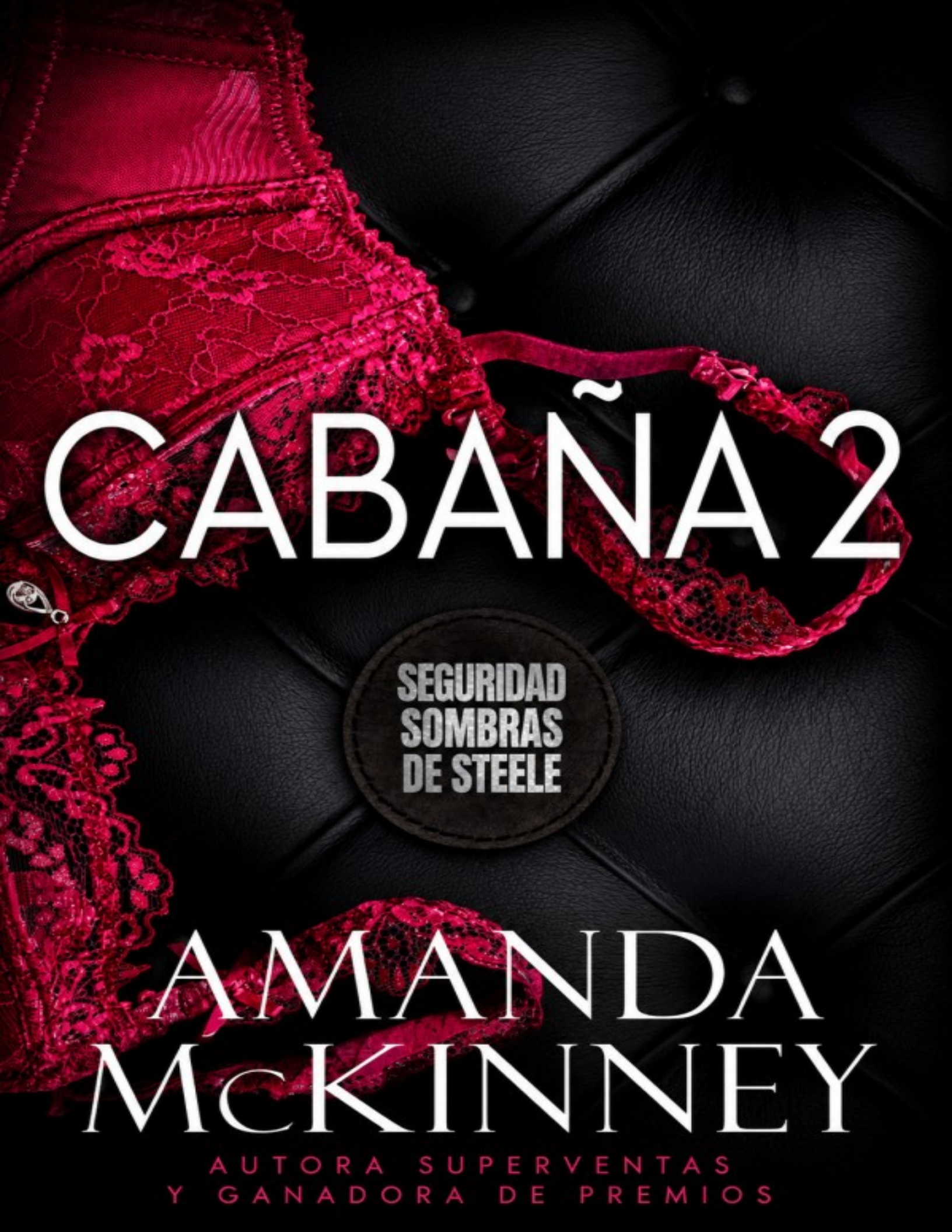

CABAÑA 2
SEGURIDAD SOMBRAS DE STEELE
AMANDA McKINNEY
AUTORA SUPERVENTAS
Y GANADORA DE PREMIOS

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: Cabin 2
Autor: Amanda McKinney
Fecha de publicación original: Noviembre, 2019

La obra original ha sido traducida en su totalidad. Todos los materiales complementarios, como los preámbulos, los avisos de derechos de autor, las reseñas y los agradecimientos, se han traducido tal cual y pueden hacer referencia a detalles específicos de la edición original en inglés.

CABAÑA 2

STEELE SHADOWS SECURITY

AMANDA MCKINNEY

HH TISEVICH

CONTENIDO

Dedicatoria
También de Amanda
Premios y reconocimientos
¡Conectemos!
Cabaña 2

1. Erika
2. Axel
3. Erika
4. Erika
5. Axel
6. Axel
7. Axel
8. Axel
9. Axel
10. Axel
11. Axel
12. Axel
13. Axel
14. Erika
15. Erika
16. Erika
17. Erika
18. Axel
19. Erika
20. Erika
21. Erika
22. Erika
23. Axel
24. Erika
25. Axel
26. Axel
27. Erika

28. Erika
29. Axel
30. Erika
31. Axel
32. Erika
33. Axel
34. Axel
35. Erika
36. Axel
37. Erika
38. Erika
39. Axel
40. Axel

Gunner
Avance
★ Mine ★
Sobre la autora

Copyright © 2019 Amanda McKinney
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, distribución o transmisión de cualquier parte de este libro por cualquier medio, ya sea fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves en reseñas o trabajos académicos.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para crear, entrenar o perfeccionar sistemas de inteligencia artificial, en cualquier formato, sin el consentimiento expreso por escrito de la autora.

Esta obra es ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se han empleado de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares es pura coincidencia.

ISBN edición de bolsillo 978-1-7340133-2-0
ISBN eBook 978-1-7340133–0-6

Corrección: Nancy Brown
Diseño de portada: Damonza

https://www.amandamckinneyauthor.com

DEDICATORIA

Para mamá

TAMBIÉN DE AMANDA

NOVELAS DE SUSPENSE:

The Sketch Artist

The Perfect Murder

The Stranger in My Bed

A Marriage of Lies

When I Disappear

The Wife's Silence

The Widow of Weeping Pines: A Thriller Novella

The Raven's Wife: A Thriller Novella

The Lie Between Us: A Thriller Novella



NOVELAS DE SUSPENSE ROMÁNTICO:

EL ANTIHÉROE:

Mine

SERIE STEELE SHADOWS (SUPERVENTAS):

Cabin 1 (Steele Shadows Security)

Cabin 2 (Steele Shadows Security)

Cabin 3 (Steele Shadows Security)

Phoenix (Steele Shadows Rising)

Jagger (Steele Shadows Investigations)

Ryder (Steele Shadows Investigations)

Her Mercenary (Steele Shadows Mercenaries)

Her Renegade (Steele Shadows Mercenaries)

SERIE ON THE EDGE:

Buried Deception

Trail of Deception

SERIE BERRY SPRINGS:

The Woods (A Berry Springs Novel)

The Lake (A Berry Springs Novel)

The Storm (A Berry Springs Novel)

The Fog (A Berry Springs Novel)

The Creek (A Berry Springs Novel)

The Shadow (A Berry Springs Novel)

The Cave (A Berry Springs Novel)

SERIE THE ROAD:

Rattlesnake Road

Redemption Road

The Viper

Devil's Gold (A Black Rose Mystery, Book 1)

Hatchet Hollow (A Black Rose Mystery, Book 2)

Tomb's Tale (A Black Rose Mystery Book 3)

Evil Eye (A Black Rose Mystery Book 4)

Sinister Secrets (A Black Rose Mystery Book 5)

Y muchas más próximamente…

PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS

THE STONE SECRET (Reeditado como WHEN I DISAPPEAR)
Medalla de Oro en los Independent Publisher Book Awards - 2024

RATTLESNAKE ROAD
Incluido en la lista de POPSUGAR de los 12 mejores libros de romance para un idilio primaveral
Finalista del Silver Falchion 2022

JAGGER (STEELE SHADOWS INVESTIGATIONS)
2.º puesto en el Premio Daphne du Maurier a la Excelencia en Misterio/Suspense 2021

REDEMPTION ROAD
Finalista del Silver Falchion 2022

THE STORM
Ganador del Golden Leaf 2018 en Suspense Romántico
Finalista del Premio Maggie a la Excelencia 2018
Finalista del Silver Falchion 2018
Finalista del Beverley 2018
Mención de Honor en el Passionate Plume 2018

THE FOG
Ganador del Golden Quill 2019 en Suspense Romántico

Ganador del Premio I Heart Indie 2019 en Suspense Romántico
Finalista del Premio Maggie a la Excelencia 2019
Finalista del Premio Stiletto 2019

CABAÑA 2 (STEELE SHADOWS SECURITY)
Finalista del National Readers Choice Award 2020
Finalista del HOLT Medallion 2020

THE CAVE
Finalista del Book Buyers Best 2020
Finalista del Carla Crown Jewel 2020

DIRTY BLONDE
2.º puesto en el concurso It's a Mystery 2017



¡CONECTEMOS!



Consigue acceso anticipado, ofertas exclusivas y un vistazo a los entresijos del mundo de Amanda.

Suscríbete al boletín de Amanda y recibe novedades, promociones por tiempo limitado, notas personales y las historias que hay detrás de cada libro, todo en tu bandeja de entrada.

https://www.amandamckinneyauthor.com/contact

CABAÑA 2

Él vive según una rutina. Ella vive por instinto. Pero cuando un asesino regresa para terminar el trabajo, Axel y Erika tendrán que unir fuerzas en este thriller romántico que te mantendrá en vilo.

Estar siempre preparado: ese es el lema de Axel Steele. Mientras sus hermanos se dedicaban a repartir puñetazos y correr riesgos, Ax era el tranquilo, el planificador, el que evitaba que todo se desmoronara. Exmarine de operaciones especiales con una necesidad imperiosa de control, Ax vive según una rutina... hasta el día en que encuentra a una mujer atrapada en el bosque, desesperada por que alguien la proteja.

Con tatuajes tan atrevidos como su actitud, Erika Zajac es todo lo que él no es: de espíritu libre, imprudente e imposible de ignorar. Guarda el tipo de secretos por los que la gente acaba muerta. Pero Ax es un hombre acostumbrado a la presión.

A lo que no está acostumbrado... es a *ella*.

Mientras los enemigos de Erika estrechan el cerco y las tensiones familiares enterradas durante años amenazan con estallar, Ax se encuentra en medio de una tormenta que no puede controlar. Y

puede que la mayor amenaza de todas no sea el hombre que la persigue,

sino la mujer que lo desafía a volver a sentir.

1

ERIKA

Me ardían los pulmones mientras subía la montaña a la carrera, el pulso tan fuerte que ahogaba el zumbido de los insectos a mi alrededor. El sudor me resbalaba por la cara. No me lo limpié; me daba igual. El entrenamiento cruzado no era para blandengues.

El sendero Red Rock era famoso por sus subidas empinadas y sus zigzags brutales. Me habían dicho que era la montaña con más desnivel de la zona. Lo que no me habían dicho era que los «senderos para correr» no eran más que un camino pedregoso abierto en medio de un bosque espeso.

Los cuádriceps me ardían.

Al diablo contigo, montaña, repetía una y otra vez, con el corazón a punto de estallarme en el pecho. Una ráfaga de aire fresco otoñal me golpeó como una ola gigante, empeñada en hacerme retroceder. *Te veo, universo, y te doblo la apuesta.*

Apreté aún más.

Vamos, vamos, tú puedes.

Las endorfinas me estallaron en las venas y me impulsaron los últimos metros hasta que por fin coroné la cima.

Me doblé en dos, jadeando, y miré el reloj.

Récord batido.

Solté una risa que sonó maníaca y me enderecé. Lo había logrado. Había superado mi mejor marca.

Me puse las manos en las caderas y giré despacio. La mirada se me posó en un glorioso arce azucarero, de un dorado resplandeciente bajo el sol de la tarde. Tracé su silueta luminosa en mi mente, como un pincel sobre un lienzo, fijándome en los diversos tonos, las texturas, todo confluyendo en un despliegue deslumbrante.

Un cuervo graznó y su inquietante canto me devolvió al momento presente.

Fruncí el ceño.

¿Dónde demonios estaba?

Media hora antes, había decidido desviarme del sendero y abrirme mi propio camino montaña arriba para ponerme a prueba. El problema era que no había marcado la ruta.

Miré hacia el sol menguante, suspendido sobre un pico en la distancia. El crepúsculo se acercaba y calculé que me quedaba aproximadamente una hora de luz.

Aunque no sabía dónde estaba, sabía que bajar era la mejor forma de orientarme. Tras unos tragos de agua, empecé a descender. Pasaron los minutos y me fui dando cuenta de lo sola que estaba. Ni voces, ni risas, ni corredores ni excursionistas. Ni rugido de motores, ni motos de montaña, ni risas de niños, nada.

La brisa se había calmado, y con ella, al parecer, todas las criaturas a mi alrededor.

Miré por encima del hombro, con un cosquilleo de nervios en el estómago. ¿Cómo me había alejado tanto del sendero? Por mucho que me gustara decir que no era propio de mí ser tan irresponsable, tomar decisiones sin pensarlas era prácticamente mi modus operandi. Mi hermano lo llamaba impulsividad temeraria. Mi psicóloga lo llamaba inquietud.

Me habían llamado excéntrica, beatnik, voluble, hija de las flores, y mi favorita: Boho de Beverly Hills. Yo prefería espíritu libre. Tomaba la vida como venía, día a día, una noción absurda y ajena a mi crianza elitista.

Día a día se convirtió en mi mantra el día que cumplí dieciséis, robé la tarjeta de crédito de mi padre y cogí el primer vuelo a Europa con solo equipaje de mano. Había conseguido pasar por Grecia, Bulgaria, e iba camino de Estambul cuando me topé con un joven guapo, aunque de aspecto adusto, enviado por mi padre para recogerme y mandarme a casa. Su último y mejor becario formado en Harvard, según descubrí. Tras unas noches enseñándole algo más que los monumentos, le dejé que me recogiera y emprendí el viaje de vuelta, dejando a Jake-el-becario con el corazón roto y mi minicrisis en el retrovisor. Llegué a casa con las tarjetas de crédito bloqueadas y una nota que me decía que me buscara un trabajo de verdad.

En lugar de eso, cambié el reloj Cartier que mi padre me había regalado por mi decimotercer cumpleaños por un Volkswagen hatchback oxidado y crucé la frontera, lo que me valió fluidez en español y una intoxicación alimentaria de las buenas.

Nunca volví a aceptar ni un céntimo de él, ni uno solo de la fortuna Zajac.

El terreno se volvía más rocoso, más empinado, y no reconocía nada de aquello. Me abrí paso entre la maleza mientras las sombras del sol poniente se mecían de un lado a otro con una brisa que no sentía. El mundo se oscurecía a mi alrededor, y con cada paso me sentía más ansiosa.

Clang, clang, clang...

Me quedé inmóvil, con los oídos aguzados ante el sonido agudo que rompía el espeluznante silencio del bosque.

Clang, clang, clang...

Era un golpeteo de metal contra metal, en perfecta repetición, en algún punto a lo lejos.

¿Qué demonios hacía un ruido de metal contra metal en medio de la nada?

Ni mis sueños más salvajes ni mis pesadillas más aterradoras podrían haberme preparado para lo que sucedió a continuación.

Me desvié del rumbo —como la idiota que era— y seguí el sonido. Quizá me llevara hasta alguien que pudiera indicarme cómo volver al inicio del sendero.

Clang, clang, clang...

El bosque se abrió a un claro con una gran roca en el centro. El golpeteo era cada vez más fuerte, y estaba cada vez más convencida de que venía de bajo tierra.

El pulso se me aceleró mientras miraba el círculo de bosque que bordeaba el claro, sumido en sombras.

Clang, clang, clang...

Me acerqué a la roca, con el corazón martilleándome en el pecho, me puse de puntillas y miré por encima. Oculta contra la roca había una pequeña trampilla cubierta de hojas secas y ramitas.

Clang, clang...

El ruido venía de lo que hubiera detrás de esa puerta, de lo que estuviera encerrado en las profundidades.

Volví a mirar alrededor y saqué el móvil del bolsillo de las mallas.

Sin cobertura.

Volví a concentrarme en la puerta, mordiéndome el labio inferior.

Clang, clang...

Aparté la aprensión —porque Dios sabía que se me daba bien eso—, me guardé el móvil en el bolsillo y trepé por la roca. Un fino rayo de sol brillaba como un faro sobre la puerta. Como un imán que me atraía hacia ella.

Muy bien, universo, pensé mientras barría los escombros y dejaba al descubierto un candado de metal reluciente, *me has traído aquí.*

El golpeteo se había detenido para entonces, y me descubrí desesperada por volver a oírlo. Desesperada por asegurarme de que lo que hubiera allá abajo estuviera bien.

La cerradura era de llave, no de combinación. Había forzado varias cerraduras en mi vida, sobre todo cuando me había olvidado las llaves antes de salir de fiesta. ¿En qué iba a ser esto diferente? Con una urgencia creciente, me puse a buscar algo para forzarla.

Nueve ramitas, una piedra fina y un crepúsculo que ya se había adueñado del bosque después, la cerradura cedió con un fuerte chasquido, solo superado por el vuelco de mi corazón.

Me temblaban las manos mientras quitaba el metal brillante y lo dejaba a un lado.

Fue entonces cuando me detuve. Quedarme o irme. Quedarme o irme, Erika.

Con una inspiración desafiante —porque solo los locos hacían caso a las voces de su cabeza— agarré el asa plana y delgada y levanté la puerta. El olor a humedad de la tierra mojada me golpeó en la cara mientras contemplaba la escalera de madera estrecha que se perdía en un agujero de oscuridad absoluta.

Lo primero que noté fue que la escalera parecía nueva y limpia. Eso, junto con la cerradura reluciente, confirmó mis sospechas de que, a pesar de lo remoto del lugar, alguien lo usaba con frecuencia.

O escondía algo en él.

Respiré hondo y me incliné.

—¿Hola?

Mi voz resonó por el bosque silencioso como una sirena de niebla que anunciaba mi posición.

No hubo respuesta desde el foso.

Me agarré a los bordes, metí la cabeza y volví a llamar. Nada.

Con la mandíbula apretada, me coloqué, bajé las piernas al agujero y di el primer paso, luego el siguiente, luego el siguiente. Con cada peldaño, el pulso me retumbaba y las rodillas me temblaban de verdad. Por fin, mis zapatos tocaron tierra.

De pie en el tenue charco de luz diurna que quedaba, me giré y parpadeé ante la oscuridad que me rodeaba.

Y en ese momento, no me cupo ninguna duda de que alguien, algo, estaba allí conmigo.

Una presencia.

2

AXEL

Una brisa fresca recorrió el bosque, y el intenso olor a pino me trajo viejos recuerdos de caza con mi padre, de barbacoas familiares, de fogatas.

Recuerdos.

El otoño solía ser mi estación favorita. Ahora era un recordatorio de finales, de follaje moribundo y de cómo la vida se escurría lentamente de árboles que antes rebosaban energía.

Los días eran más cortos, las noches más largas.

La oscuridad vencía a la luz.

Y nada era más oscuro que los últimos catorce días de mi vida, desde el momento en que Gage encontró a Phoenix desplomado en la silla de nuestro difunto padre con una bala en la cabeza.

Durante dos semanas, había alternado entre la UCI, sentado junto a mi hermano inconsciente que pendía de un hilo, y mi oficina, frente al ordenador para investigar, hackear, rastrear, intentar entender qué demonios había pasado.

Los médicos dijeron que había sido un intento de suicidio fallido. Mis hermanos y yo sabíamos que no.

Cuando la frustración, la falta de sueño y comida, y el agotamiento hicieron mella en mí (y estampé el ordenador contra la pared), Gage me exigió que me tomara un descanso. Así que me

había escapado al bosque a cazar solo con mi ballesta, la pistola, balas, agua, unas cuantas raciones de combate y un rollo de papel higiénico. Sin saco de dormir, sin manta. Sin gilipolleces.

Por primera vez, había dormido de verdad. Allí mismo, bajo las estrellas, como un bebé. Las doce noches anteriores las había pasado dando vueltas por la casa, intentando controlar la rabia y los pensamientos que no paraban de dar vueltas, que me decían que cogiera mi arsenal de armas y arrasara el pueblo exigiendo respuestas a preguntas que no eran más que mil millones de piezas de un puzle sin resolver.

Siempre fui el hermano Steele sereno, frío, imperturbable. El hijo estrella, el listo que analizaba antes de actuar. Pero la paciencia que me caracterizaba se estaba desvaneciendo, envenenada por la sed de venganza.

Me obligué a concentrarme mientras me recolocaba detrás del arbusto donde estaba agazapado.

Las hojas susurraron sobre mi cabeza, ese ruido blanco que rompía el pulso de la naturaleza. Verdadero silencio. El que la mayoría de la gente nunca vería, nunca oiría, por su incapacidad para quedarse quietos, una habilidad que yo había dominado hacía mucho.

Permanece quieto. Durante horas. Días, incluso. Espera hasta que te olviden. Espera hasta que el ritmo de la naturaleza se asiente a tu alrededor. Espera hasta que tu objetivo aparezca.

Entonces ataca.

Un depredador de emboscada atrapa a su presa mediante el sigilo o la estrategia, no con velocidad o fuerza. Yo dominaba todos esos aspectos. Nunca me rendía, daba igual la amenaza. Vida o muerte era un concepto que no existía en los Marines, porque la muerte siempre estaba a una bala de distancia.

Sobrevivir era ser letal. Sobrevivir era ser el mejor.

Y yo era el puto mejor. Nadie me igualaba a la hora de acechar a un objetivo.

Allí, en medio del bosque, me senté y esperé, vestido de camuflaje de pies a cabeza, con botas ATAC cubiertas de tierra y barro seco sobre cada centímetro de piel expuesta. Me fundía con el

entorno y solo el blanco de mis ojos podía delatarme. Me había ganado la confianza de la naturaleza que me rodeaba. *Era* mi entorno.

Cuando el dolor de estar quieto tanto tiempo empezó a asomar, pensé en mi depredador favorito, uno de los depredadores de emboscada más mortíferos que existen. El dragón de Komodo. Estos reptiles de sesenta y ocho kilos acechan a su presa a veces durante días enteros. Un único objetivo, al acecho. La mayoría de los humanos no tienen esa clase de paciencia. Vivimos en una sociedad de gratificación instantánea donde esperamos los frutos de nuestro trabajo tras cualquier acción que nos hayamos convencido de que era buena. La necesidad de saciar nuestros antojos, alimentar nuestros impulsos —ya sea comida, drogas, sexo, dinero, elige tu veneno— lo supera todo.

Una vida gobernada por antojos e impulsos es una forma peligrosa de vivir.

Cuando el Komodo decide que es hora de atacar, el dragón no busca una muerte rápida como un león o una pantera. No va a por el cuello. Cuando este cazador ataca, inflige heridas masivas con un método de «agarrar y desgarrar», que destroza y eviscera tu piel como si fueran hilos de queso. Es un ataque brutal y consciente. Podrías escapar, y la mayoría lo hace, pero ese momento fugaz de esperanza es solo temporal. Porque el Komodo ha inyectado un veneno mortal en tu torrente sanguíneo que te garantiza una muerte lenta y agonizante, llena de dolor abrasador, náuseas y alucinaciones durante horas.

Pero no ha terminado.

El Komodo te acecha en secreto, sigiloso, rastreando a su presa herida durante kilómetros antes de, por fin, por fin, darse el festín.

Compromiso.

Paciencia.

Venganza.

Yo tenía las tres de sobra.

El viento fresco arreció y levantó un tornado de hojas muertas que giraban en el aire y bloqueaban mi objetivo de forma esporádica. Parpadeé, volví a enfocar y ajusté la ballesta que había

apoyado entre dos ramas. Apreté el agarre mientras afinaba la mira. Los dedos empezaron a hormiguearme, el pulso amenazaba con acelerarse por la descarga de adrenalina que acompaña al momento de alcanzar tu objetivo.

Mi objetivo ese día —un ciervo de cola blanca de treinta y seis puntas— seguía pastando, ajeno al depredador que lo acechaba entre los árboles. Avanzó y un tronco me bloqueó el disparo.

Entrecerré los ojos, no solo con fastidio, sino también con admiración. Era su modus operandi. En cuanto el ciervo entraba en mi punto de mira y me daba un segundo para enfocar, volvía a moverse. Cada *maldita* vez.

Me moví sobre las puntas de los pies, cerré los ojos, respiré hondo y volví a fijar la vista en el objetivo.

Compromiso, paciencia.

Sin piedad.

3

ERIKA

Dos días después…

La oscuridad me envolvía como un manto espeso que me cubría el cuerpo y me robaba la vista, un sentido que nunca volvería a dar por sentado. Estaba tan oscuro en aquel pozo que casi podía *sentir* la negrura. Una presencia, ni muerta ni viva, que se movía a mi alrededor. Que se burlaba de mí. Como el mismísimo diablo, aunque ahora sabía que el diablo era muy real y caminaba entre nosotros.

Flexioné las muñecas contra las esposas metálicas y me estremecí de dolor por las heridas abiertas de mis intentos de escabullirme. Las esposas estaban sujetas al extremo de una pesada cadena metálica anclada a la fría y húmeda pared de piedra. Otro par me aprisionaba los tobillos, con cadenas tan cortas que no podía estirar las piernas ni ponerme de pie. Aunque me dolía llevar tanto tiempo encogida, el dolor me recordaba que seguía viva.

El hombre había bajado por la escalera detrás de mí y, antes de que pudiera reaccionar, me golpeó la nuca con la culata de una pistola. Caí de bruces contra la tierra. Vomité con el impacto.

No hubo palabras, solo movimientos rápidos mezclados con ráfagas de aire que apestaban a whisky barato y sudor mientras me quitaban las llaves y el móvil y me arrastraban por el suelo, aturdida.

Después de encadenarme las muñecas y los tobillos, me dejó allí golpeada y magullada.

Ni siquiera le vi la cara.

Nunca olvidaré el chasquido de aquel candado al cerrarse, el punto final de mi captura. Y cuando oí sus botas alejarse con pasos pesados, supe que iba a pasar allí abajo un buen rato. Así que, en ese momento, me hice una pequeña marca en la muñeca con la uña.

Día 1.

Todo quedó en silencio, y cuando percibí el dulce aroma metálico de la sangre, *supe* que no estaba sola. Que el golpeteo que había seguido hasta el agujero y la presencia que había sentido al bajar de la escalera provenían de alguien, de *algo.* Y ese alguien, o algo, estaba herido. Gravemente. No fue hasta que olí el hedor agrio del sudor y el tufo rancio de la orina que me di cuenta de que llevaban allí mucho más tiempo que yo.

Había esperado horas —*horas*— antes de reunir el valor para decir algo.

—*Hola* —susurré por fin con un hilo de voz apenas audible, mientras el estómago se me hacía un nudo. No porque temiera que mi captor me oyera, sino porque me daba más miedo lo que pudiera responderme.

No obtuve nada. Ninguna respuesta, ningún movimiento, nada.

Así que lo repetí, más alto. —*Hola, ¿puedes oírme?*

Nada.

—*Por favor* —supliqué—. *Quizá podamos ayudarnos.*

Nada.

Decidí entonces que lo que fuera que había en la esquina frente a mí estaba muerto o incapacitado… y probablemente muy cerca de la muerte. La verdad, no sabía qué escenario me asustaba más.

¿Sería yo la siguiente?

A medida que se arrastraban las horas de silencio en la oscuridad total, mi mente empezó a jugarme malas pasadas. Veía cosas, oía

cosas, sentía cosas a mi alrededor. Un miedo paralizante nacido de mi propia imaginación. ¿Qué había en aquel pozo conmigo? ¿Un niño —lo que me provocaba una mezcla de rabia y puro terror— o era una mujer adulta, o un hombre? ¿O algún animal? Quizá un perro. Asesinado y desollado vivo.

Fuera lo que fuese, había perdido mucha sangre.

Fue entonces cuando empezaron los ataques de pánico. Ataques debilitantes que me dejaban exhausta, sin aliento y paralizada en el suelo durante horas.

Pasé el día siguiente luchando con las esposas y las cadenas de metal oxidado, tanteando dónde las habían clavado en la roca. Recorrí a ciegas la fría pared con las manos, buscando algo —*cualquier cosa*— que sirviera de llave o de arma. Al final, encontré dos piedras pequeñas y finas pegadas a la pared. Rompí a sollozar sin control.

Esperanza. Eso era lo que me habían dado aquellas dos piedras. El don inestimable de la esperanza.

Con energía renovada, empecé a afilarlas frenéticamente frotándolas entre sí. Mi plan era fabricar un pincho para forzar las esposas o matar a mi captor si se acercaba demasiado. Froté aquellas piedras una contra otra hasta que se me destrozaron las uñas y las yemas de los dedos quedaron en carne viva, llenas de ampollas.

Después de hacerme la segunda marca —Día 2— en la muñeca, estaba hecha un desastre. Mi larga trenza rubia estaba apelmazada de sudor, tierra y lágrimas secas desde hacía mucho. Me sentía débil, con la mente fluctuando entre la neblina y un estado de hiperalerta que me ponía la piel de gallina. Ya no sentía las yemas de los dedos, aunque las piedras seguían tan romas como una cuchara. Pero era *algo.* Algo que hacer con mi tiempo. Una luz.

Esperanza.

Había cavado un pequeño agujero en el suelo para usarlo de letrina cuando lo necesitaba, lo cual no era a menudo, gracias a Dios. No recordaba si había dormido. Si lo había hecho, solo fueron momentos fugaces en los que el cuerpo había sucumbido al agotamiento tras múltiples bajones de adrenalina. Había visto a mi

captor dos veces desde que me arrojaron a aquel infierno. Las dos veces me dio agua y una barrita de proteínas. En realidad nunca lo vi, solo la silueta oscura de un hombre recortada contra una linterna colocada estratégicamente. Aunque no era más que un contorno, había memorizado cada centímetro de él, desde su metro ochenta de estatura hasta su cuerpo musculoso y atlético, que me decía que era alguien que cuidaba su apariencia, su salud.

Luego se marchaba sin decir una sola palabra. Sin violación, sin tortura, sin burlas.

Me mantenían cautiva por alguna razón, eso me había quedado claro. Me daban comida y agua suficientes para sobrevivir, pero nada más.

¿Por qué?

Había dedicado cada segundo de cada día a memorizar todo lo que me rodeaba: el olor, la textura, la temperatura, el sonido de sus botas contra la tierra cuando volvía. Intentaba juntar pistas que me ayudaran a entender mi situación.

Había aprendido a distinguir el día de la noche por los ruidos que llegaban de fuera de la trampilla. Si aguzaba el oído, podía oír pájaros durante el día, y a veces hasta ardillas. Por la noche, el silencio era paralizante.

Cuando no estaba frotando las piedras, me obsesionaba con la otra presencia en la estancia: la que no podía ver, no podía oír, que nunca me respondía. Solo aquel *olor.*

En un momento de debilidad, volví a llamarlo, pero no hubo respuesta. Le dije que saldríamos de esta juntos.

Aun así, ninguna respuesta.

Entonces—

Pum, pum, pum.

Botas en el piso de arriba.

Mierda.

El corazón me golpeaba contra las costillas.

Ahora no, me supliqué, *no*—

Me pegué a la pared de roca y me hice un ovillo, boqueando en busca de un aire que no parecía llegarme a los pulmones.

Con todas mis fuerzas quise fundirme con la oscuridad, y presioné aún más contra la pared, con la certeza inexplicable de que esta visita sería diferente.

4

ERIKA

La trampilla se abrió con un chirrido y un haz cegador de su linterna atravesó la oscuridad. El golpeteo constante de sus botas en los peldaños resonaba como una advertencia. Después, pasos sobre el suelo de tierra. El cuerpo me temblaba violentamente mientras su silueta recorría la habitación, con la linterna dejando un estrecho rastro de luz a su paso.

Estaba a punto de verlo.

Fuera lo que fuese lo que había aquí abajo conmigo, por fin iba a verlo.

El corazón me martilleaba en el pecho. Apreté en la palma la piedra más afilada que había tallado. Se me abrieron los ojos de par en par, aunque el cerebro me decía que apartara la mirada. No sabía si podría *soportarlo*. No sabía si quería ponerle cara a esa criatura que me había hecho compañía durante cuarenta y ocho horas.

—Siéntate —ordenó con voz grave, áspera e inquietantemente calmada.

A cámara lenta, lo vi levantar la linterna.

Y me quedé paralizada.

Bajo el haz fluorescente y cegador yacía una mujer joven, vestida únicamente con un sujetador y unas bragas mugrientos, encadenada a la pared igual que yo. Solo que su piel pálida y sin vida mostraba

cintas rojas que le surcaban los brazos y las piernas donde la habían rajado. Tenía el rostro magullado y ensangrentado, el cabello apelmazado contra la cabeza.

Estaba encadenada a un poste de metal que discurría junto a la roca, y a lo largo de él había miles de marcas de donde había golpeado las cadenas, antes de caer de nuevo, evidentemente, en aquel estado inerte.

Tenía los ojos cerrados.

Se me revolvió el estómago.

—Siéntate —exigió con asco.

Como no se movió, le dio una patada.

Como un animal muerto, el cuerpo se desplomó con la patada y volvió a su posición bamboleándose.

—*Mierda* —murmuró mientras se arrodillaba junto a ella—. He dicho que te sientes.

Miré horrorizada cómo se le abría lentamente un ojo, luego el otro.

Cuando se aseguró de que seguía viva, se puso de pie y sacó el móvil y algo más del cinturón. Desplegó el artilugio negro.

Se me abrió la boca cuando la luz del móvil iluminó aquel cuerpo frágil mientras él lo colocaba sobre el trípode que acababa de montar.

Un soporte para cámara. El tipo estaba a punto de grabar lo que fuera a hacerle.

Las lágrimas me escocieron en los ojos, de miedo, conmoción, horror, absoluta incredulidad.

Sacó una pistola del cinturón. Al activar el vídeo, la luz le iluminó el antebrazo y dejó a la vista una *V* negra tatuada.

Jadeé, paralizada, mientras visiones de mi pasado me estallaban en la cabeza.

—Setenta y dos horas… —dijo al tiempo que retrocedía y levantaba la pistola.

Tomé aire para hablar, para gritar, para hacer *algo*, pero no me salió nada.

—… plazo cumplido.

El disparo resonó en las paredes.

La cámara se apagó.
Y supe que me quedaban exactamente veinticuatro horas.

5

AXEL

Apunté mi flecha al centro del corazón del ciervo.

El bosque enmudeció a mi alrededor.

Con la ballesta firme sobre el hombro, bajé la barbilla y afiné la puntería. Mi dedo buscó el gatillo.

Fiel a su estilo, el ciervo se balanceó un poco, un desafío constante, pero no le quité el ojo al corazón.

Mi dedo empezó a apretar el gatillo.

El ciervo se quedó paralizado. Cada músculo de su cuerpo robusto y esculpido se tensó mientras alzaba la cabeza.

Mi corazón dio un vuelco. Tenía el tiro perfecto.

Ahora.

Ahora, Axel, ahora es el momento.

¡Ahora!

La bestia giró la cabeza en mi dirección.

Alcé la mirada de su corazón y me topé con un par de ojillos negros y brillantes.

El pulso me latía con fuerza mientras nos mirábamos.

Mi dedo se aflojó.

La ballesta bajó.

Perdí el tiro.

El ciervo se giró y saltó con gracia hasta que esas 36 puntas desaparecieron en las montañas.

Dejé caer la ballesta y me quedé mirando el bosque.

¿Qué. *Coño.* Fue Eso?

¿Por qué no apreté el gatillo?

Lo tenía. Al escurridizo cabrón que había estado observando durante meses, justo en el centro de mi mira.

Me entraron ganas de perseguirlo, ¿pero para qué? Había tenido el tiro. Eso era todo.

Y había elegido no disparar.

¿Por qué?

Levanté la barbilla al tiempo que se me activaba el sexto sentido. Fruncí el ceño y me giré justo cuando una piedra pasó silbando por el aire y me rebotó en la frente.

—Cobarde —dijo Gage con una sonrisa mientras salía de la maleza con una camiseta roja brillante y pantalones tácticos. Tenía los ojos cansados y ensombrecidos, reflejo del infierno que todos habíamos estado viviendo las últimas dos semanas.

—¿Era Cassi? —preguntó mientras avanzaba pesadamente por la maleza.

Cassi era el nombre que le había puesto al ciervo cuando comencé a cazarlo hacía meses.

—Sí.

—¿Por qué no disparaste?

Irritado, aseguré la ballesta en la mochila y me la colgué a los hombros.

—No estaba despejado —mentí.

—Mentira —Gage arrugó la nariz y dio un paso atrás—. Apestas.

Me bebí una botella de agua de un trago y se la lancé a la cabeza.

—Gracias. Y estás perdiendo facultades, Gage. El viejo Erikson podría haberte oído acercándote por el bosque. Demonios, hasta Sake podría haberte oído.

—¿Qué tiene que ver Sake con esto?

Sake era el nombre de un calamar —sí, literalmente, un calamar — que Gage compró después de tomar demasiados *sakes* en un

restaurante japonés durante un permiso. Adoraba a esa maldita cosa y la tenía en un acuario en la biblioteca porque creía que le gustaba estar rodeada de libros.

—Porque Sake no puede oír —expliqué—. Estoy diciendo que hacías tanto ruido que—

—¿Qué quieres decir con que no puede oír?

—Los calamares son sordos, idiota.

—¿Qué? ¿En serio?

—Totalmente en serio.

—Nunca te cayó bien y ella lo sabe. Podrías haber dicho una serpiente de cascabel o algo así.

—Las serpientes de cascabel no son sordas.

—No tienen orejas.

—Sí tienen oídos, solo que no tienen orejas externas. Tienen pequeños agujeros a los lados de la cabeza con oídos internos completamente formados… Dios, ¿te dormiste en la escuela?

—Sabes que sí.

—Bueno, vuelve e intenta acostarte con una profesora de ciencias esta vez.

La pulla no tuvo el efecto esperado porque Gage finalmente había encontrado una mujer con la que sentar cabeza.

—Hablando de dormir con mujeres inteligentes, ¿has salido del dormitorio últimamente?

La sonrisa tímida que cruzó el rostro de Gage me pilló desprevenido. Mi hermano estaba enganchado. Estaba locamente enamorado de una fiscal llamada Niki cuya vida había salvado dos semanas antes.

Pateó una piedra.

—Niki vuelve al trabajo hoy, así que…

—Así que, ¿la verás menos ahora?

Un gruñido y una clara negativa a mirarme a los ojos.

Arqueé las cejas.

—Gage…

Se aclaró la garganta.

—Gage… no me digas que le pediste que se casara contigo.

—¿Qué? —giró la cabeza hacia mí como si hubiera estallado una bomba—. No —se rio—. Dios, Dallas me despellejaría. Tengo que esperar al menos unos meses.

Tenía razón. Nuestra sobreprotectora madrastra siempre metía las manos en nuestros asuntos, siempre cuidándonos, vigilándonos. Y desde que se había quedado viuda, su necesidad de estar en nuestras vidas solo era superada por su necesidad de bolsos nuevos.

—¿Qué pasa entonces? —le pregunté a mi hermano—. ¿Qué me estás ocultando?

Miró hacia los árboles por un momento antes de decir:

—Estoy pensando en mudarme con Niki.

Me quedé con la boca abierta. Desde que dejamos el ejército y volvimos a nuestro pequeño pueblo natal, vivíamos en el complejo, juntos. Ni se planteaba otra cosa. La casa era tan enorme que cada uno tenía su propia ala. Estábamos juntos. Saliendo del fango juntos.

—No me mires así.

Salí de mi estupor, recordándome que todos teníamos que crecer y abandonar el nido en algún momento.

—Lo siento —le agarré el hombro—. No, es bueno para ti. Ella es buena para ti.

—Gracias. Y sí, lo es. Ella ha... ha estado ahí para mí desde... ya sabes.

Sí, lo sabía. Y también conocía las pequeñas punzadas de celos que había sentido al enterarme de que mi hermano tenía a alguien que lo ayudara a superar las últimas semanas.

—Sabes, Ax, ya no estamos fuera trescientos días al año —continuó—. Ahora tenemos una base de operaciones, una vida diferente.

Me cambié el peso de un pie a otro, sin saber adónde quería llegar, pero con la clara sensación de que no quería seguirlo.

—Sabes... no está mal tener a alguien —añadió.

Lo miré fijamente.

—Solo digo que deberías intentarlo, eso es todo. Encontrar a una buena mujer. Sentar cabeza.

Encontrar a una buena mujer. Como si fuera tan fácil.

Yo era una persona analítica hasta la médula. Podía resolver cualquier problema. Cualquier cosa que me lanzaran, encontraría la forma más rápida y eficiente de solucionarla. Los hechos —hechos en blanco y negro— eran lo mío. Las mujeres —un tono constante de gris— eran una historia completamente diferente. Sabía cómo tratar a una, manejar a una y satisfacer a una, ¿pero emociones? ¿Relaciones? Los altibajos de la psique femenina no eran una montaña rusa en la que me apeteciera subirme. Las mujeres no eran criaturas en blanco y negro. Las mujeres eran un caleidoscopio de arcoíris en remolino que cambiaban, se mezclaban y se transformaban constantemente de un día para otro. No podía seguirles el ritmo. Bueno, en realidad sí, claro que podía; simplemente no quería.

Resoplé y pasé junto a él.

—¿Qué demonios, tío? Pareces una tarjeta de felicitación. Venga. Y recoge los huevos del suelo antes de irte, calzonazos.

Se rio entre dientes y echamos a andar juntos.

—¿Has venido hasta aquí para decirme que eres un hombre nuevo, Gage?

—No, he venido a arrastrarte a casa.

Se me tensó la mandíbula. *Casa.* El único lugar donde no quería estar.

—No, gracias, hermano. Me queda otra noche aquí fuera.

—Tío, los árboles ya están sufriendo bastante.

Sonreí.

—Por la contaminación del aire... apestas tanto que...

—Lo pillo. Lo pillo.

—Además, mañana por la mañana tenemos una reunión de seguimiento.

Me detuve en seco.

—No me estás arrastrando a casa por una reunión de seguimiento, Gage.

Se volvió hacia mí con los ojos entrecerrados en una mirada que ya conocía, y que me encogió el estómago.

—Ax. Ha habido novedades.

6

AXEL

—Habla.

—Recibimos el informe oficial de balística del laboratorio estatal de criminalística —echamos a andar por el bosque —. No nos dijo mucho que no supiéramos ya. Confirmó que la bala era del calibre .380, probablemente disparada con una Ruger, según las marcas del percutor en el casquillo. Un disparo, una bala, con un ángulo de ciento setenta grados, directamente al cerebro de Phoenix.

—De acuerdo, así que coincide con el arma que tenía en la mano cuando lo encontraste. ¿Las marcas del casquillo coinciden con esa arma?

—Según el informe, sí.

Negué con la cabeza.

—Y las huellas dactilares del cargador también coinciden con el arma que sostenía —continuó Gage.

—¿Están seguros?

—Sí. El arma era suya, las huellas eran suyas. Ya está confirmado.

Mierda. —¿El teniente Colson va a hacer que Cross examine el arma?

Gage asintió.

—Extraoficialmente, sí. El tipo está hasta arriba de trabajo, pero dijo que le daría máxima prioridad en cuanto la recibiera.

Wesley Cross, exmarine, era el experto en balística del pueblo reconvertido en fabricante de armas, y el tipo al que recurría la policía local para obtener información «extraoficial». Nadie era mejor que Cross a la hora de analizar armas. Ni siquiera los frikis del laboratorio estatal de criminalística.

Me pasé los dedos por el pelo. Cayeron algunas hojas.

—¿Has dicho un ángulo de ciento setenta grados?

Hubo un momento sin contacto visual.

—Sí.

Solté un suspiro. Esta nueva información «confirmada» no auguraba nada bueno para nuestra teoría de que nuestro hermano mayor *no* había intentado suicidarse. Había esperado un ángulo más pronunciado, uno que indicara que a mi hermano le habían disparado mientras alguien se cernía sobre él. Que todo había sido una trampa. Pero este ángulo no era concluyente para esa teoría. Era plausible que Feen se hubiera disparado a sí mismo en ese ángulo, pero también que lo hubiera hecho otra persona.

Cerré los ojos y evoqué la escena de dos semanas antes. La tenía grabada a fuego en el cerebro. Desde la habitación oscura con solo el resplandor de los ordenadores, hasta mi hermano, desplomado sobre la silla de nuestro padre con un único reguero de sangre que le bajaba por el cuello, hasta Gage volviéndose loco a su lado.

La escena gritaba suicidio. Sugería que mi hermano no había podido soportar el desgaste emocional por la muerte de nuestro padre un año antes y había decidido acabar con su vida: se metió un arma en la frente y apretó el gatillo. Pero Gage, Gunner y yo conocíamos la verdadera historia. La verdadera historia era que Phoenix había estado hasta el cuello investigando la teoría de que nuestro padre no había muerto de un ataque al corazón como decía el informe de la autopsia, sino que Duke Steele, exdirector de la Agencia de Seguridad Nacional, había sido asesinado tras ser descubierto mientras rastreaba en secreto a un asesino internacional.

Pero, según la policía, la escena de mi hermano y las pruebas apuntaban a que quería acabar con su propia vida. El caso que estaban montando sugería que Phoenix se había convertido en una persona diferente después de que mataran a papá —esto era cierto —. Se había obsesionado con su teoría de que papá había sido asesinado. Luego, unos días después del primer aniversario de la muerte de papá, Phoenix cogió su Ruger, la llevó al despacho de papá y apretó el gatillo. Las pruebas inmediatas respaldaban esta teoría.

El informe toxicológico confirmó que no había rastros de drogas en el organismo de Feen, lo que descartaba una de nuestras teorías: que tal vez lo habían drogado.

Todas las señales apuntaban a que Phoenix Steele se había disparado a sí mismo.

Igual que todas las señales apuntaban a que papá había muerto de un ataque al corazón.

Solo que nada de eso era cierto. Todos lo sabíamos.

La policía local ya había cerrado el caso de papá, y no tenía ninguna duda de que harían lo mismo con el de Feen antes de que acabara la semana. Así que mis hermanos y yo decidimos dejar que la policía local hiciera su trabajo, que llegara a las conclusiones que quisiera, mientras nosotros rastreábamos en secreto al hombre que estaba atacando a nuestra familia.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Igual. Los tubos de drenaje están controlando la hinchazón. Podría salir bien o mal.

—¿El médico dijo cuánto tiempo piensan mantenerlo sedado?

—No. Tengo la sensación de que las cosas están demasiado en el aire ahora mismo.

La bala había atravesado el cuadrante superior derecho de la frente de Feen, le había fracturado el cráneo y se había incrustado en el cerebro. Una resonancia magnética determinó que la bala se alojó instantáneamente, sin rebotar dentro del cerebro, lo que sin duda habría causado la muerte súbita. Esa fue la primera de una entre un millón. La segunda fue que ningún fragmento ni esquirla del cráneo perforó el cerebro, lo que habría causado más daño. La

tercera de una entre un millón fue que Feen era el cabrón más fuerte del planeta y ni siquiera una bala en el cerebro podía derribarlo.

Tratándose de una herida de bala en la cabeza, Feen había tenido toda la suerte posible, aunque no lo pareciera desde fuera. Nuestro hermano mayor permanecía en la UCI, en estado crítico, en coma inducido con drenajes, cables y vías intravenosas que le entraban y salían por cada centímetro del cuerpo.

Mi hermano había sufrido un paro cardíaco tres veces desde que Gage lo encontró hacía dos semanas.

Y había vuelto de cada uno.

Decir que tuvo suerte es quedarse corto. Cuál sería su calidad de vida después de esto era la gran pregunta. Nos habían preparado para todo, desde el «estado vegetativo» hasta que Feen despertara con la capacidad mental de un niño de un año y pasara el resto de su vida volviendo a aprender los conceptos básicos, si su cerebro se lo permitía. El lado derecho del cerebro controla la atención, la memoria, el razonamiento y la resolución de problemas. Así que eso era a lo que nos enfrentábamos. Pero no pasaba nada, Feen no era muy bueno en la mitad de esas habilidades de todos modos. La conclusión era que, junto con el tejido cerebral muerto que se había extraído, una resonancia magnética confirmó daño cerebral, así que sabíamos que las repercusiones eran seguras. Simplemente no sabíamos qué tan graves.

Sería otra «una entre un millón» que Feen despertara y recuperara una vida normal.

Me gustaban esas probabilidades.

Desde ese día, toda la familia había hecho turnos para estar con él en el hospital. Turnos rotativos de cuatro horas hasta que uno de nosotros consideraba que otro necesitaba unos días de descanso, como yo entonces.

Mi siguiente turno era a la mañana siguiente.

—¿Qué hay de Wolf? —pregunté, refiriéndome a nuestro hacker interno, un exmarine reconvertido en jefe de seguridad de Steele Shadows—. ¿Ha conseguido algo sobre el Knight Fox?

—No desde que destrozaste el ordenador estampándolo contra la pared.

—Ya dije que lo sentía.

—Él también lo sintió. ¿Tienes idea de cuántos sistemas de seguridad había instalado en ese trasto? En fin, te encargó uno nuevo. Llegó ayer. Hoy debería estar listo para que retomes la investigación donde la dejaste.

Lo había dejado topándome con un muro a cada paso mientras rastreaba al escurridizo Knight Fox, el alias del hombre que creíamos que había matado a papá e intentado matar a Phoenix. En las últimas dos semanas, algo había quedado claro: no nos enfrentábamos a un aficionado. El Knight Fox borraba sus huellas con maestría. Tanta maestría, de hecho, que ese era su único error hasta la fecha. Muy pocas personas dominaban el código informático como él. Nuestro padre, yo y nuestro jefe de seguridad, Wolf, éramos tres de ellas. También teníamos fichada a una pequeña red de genios de la programación e íbamos descartando nombres de esa lista. Era interminable. Y no terminaría nunca. No hasta que encontráramos al responsable de atacar a nuestra familia.

7

AXEL

Gage y yo caminamos en silencio, chapoteando en un arroyo al pie de la montaña. El sol de la tarde se había ocultado tras la cima, con el crepúsculo pisándole los talones. La brisa había arreciado y traía consigo un aire frío.

Estuve atento por si aparecía Cassi, quizás para redimirme. Pero si algo sabía de ese ciervo, era que pasaría mucho tiempo antes de que volviera a mostrar su cornamenta cerca de la casa.

Cassi había captado mi atención cuatro meses antes, cuando Wolf lo detectó en una de nuestras cámaras de seguridad. Su nombre era diminutivo de Casiopea, un guiño a las marcas blancas de su pecho, idénticas a la constelación. Mis hermanos no las veían, pero yo sí, con toda claridad. Y a medida que Cassi desarrollaba su cornamenta, las marcas se volvían más prominentes, como una obra de arte en pleno pecho.

Hipnotizado por la bestia, había empezado a observar a Cassi desde el día en que Wolf lo descubrió. Anotaba sus rutas diarias, sus rutinas, sus hábitos. Cassi era un alfa en toda regla: seguro de sí mismo, fuerte, una fuerza silenciosa con la que había que contar. Algo en ese animal me recordaba a mí mismo.

Con el tiempo, Cassi se había convertido en el ciervo más grande que había visto en mi vida, y posiblemente en un récord de los

Steele.

—¿Sabes dónde estamos? —A pesar de estar en plena forma, mi hermano parecía quedarse sin aliento mientras subíamos la empinada montaña. Seguro que había estado gastando toda su energía en el dormitorio. Bastardo con suerte.

Sorteé un desnivel rocoso en el terreno, agarrándome a un árbol joven para impulsarme. Gage me imitó y casi se da de bruces. Sonreí. Estar enamorado ya lo estaba ablandando.

—Estamos fuera del Sendero Red Rock —dije, señalando con la cabeza la abertura entre los árboles que reconocí a lo lejos.

—Va a oscurecer pronto. ¿Cuánto falta para llegar a tu camioneta?

—Unos tres kilómetros. ¿Necesitas que te lleve a cuestas?

Eso me valió otra piedra en la cabeza.

En lugar de devolverle otra, me detuve en seco, al igual que Gage.

Mi instinto se agudizó; cada centímetro de mi cuerpo se puso en alerta al instante.

Mi hermano y yo cruzamos una mirada mientras aguzábamos el oído, concentrándonos más allá del viento que susurraba entre las hojas.

—¿Oyes eso?

—Sí —dije, sacando la SIG de la funda en mi cinturón.

—Es una mujer. Gritando.

—Sí. La oigo.

Giramos y seguimos el sonido, abriéndonos paso entre la espesa maleza, mirando en todas direcciones. Con las armas en la mano, avanzamos hacia el ruido; mi pulso acelerado me decía que algo iba mal.

Los gritos cesaron.

Nos agachamos y nos quedamos inmóviles.

Pasaron dos minutos largos mientras la naturaleza retomaba su curso a nuestro alrededor.

Los dedos empezaron a hormiguearme sobre la empuñadura del arma. Alguien estaba en apuros: una mujer.

Otro grito, esta vez un sollozo. Me levanté y avancé hacia el sonido, más rápido esta vez. No oía a Gage detrás de mí, pero sabía que estaba ahí.

Llegamos a un claro y nos detuvimos a escuchar.

Otro grito ahogado. Giré la cabeza hacia el sonido y fijé la vista en una gran roca en el borde del claro.

—¿Listo? —Gage escudriñaba el bosque que nos rodeaba.

Asentí y tuve que contenerme para no echar a correr hacia la roca. Una ráfaga de viento fresco me recorrió la espalda, como una mano que me empujaba hacia delante. Que me guiaba.

Con las armas en alto, cruzamos la línea de árboles y nos acercamos a la roca; luego dimos media vuelta para cubrirnos las espaldas. Gage se quedó en posición mientras yo trepaba y me deslizaba al otro lado, donde encontré una trampilla oxidada.

—Hay un sótano subterráneo aquí —dije. Me arrodillé y puse la mano en la trampilla.

—¿Un qué?

—Una puerta. Cerrada con llave.

—¿Aquí afuera?

—Sí. La estoy viendo.

Un grito escalofriante surgió de más allá de la puerta. Los ojos de mi hermano se encontraron con los míos, muy abiertos, en máxima alerta. Echó otro vistazo alrededor y vino a mi lado junto a la puerta.

Examiné la cerradura mientras la mujer gritaba súplicas inaudibles al otro lado del metal. El pulso se me aceleraba. Le di vueltas al candado entre las manos.

—Espera, déjame a mí... —Gage cogió una ganzúa del llavero que colgaba de mi mochila y empezó a forzar la cerradura.

La mujer estaba histérica, y a pesar de mi capacidad para mantener la calma bajo presión, se me erizó el vello de la nuca con cada grito. Alcé la vista hacia el cielo, que se oscurecía, y una sensación de urgencia me atravesó.

—Al diablo con esto. Hazte a un lado —dije.

—No hablas en serio.

—Hazte a un lado.

Gage se apartó mientras yo levantaba el arma y reventaba la cerradura de un disparo.

Los gritos cesaron.

Me temblaba la mano mientras retiraba los pedazos rotos de la puerta.

—Cúbreme —dije por encima del hombro.

Gage asintió.

El olor al abrir la puerta era nauseabundo. Un olor con el que me había topado docenas de veces durante rescates de rehenes en el extranjero. Una oleada de adrenalina me recorrió el cuerpo. Nunca sabías lo que ibas a encontrar tras ese olor, pero la mayoría de las veces era una de las pocas cosas que me quitaban el sueño.

El agujero negro en la tierra quedó en silencio, completamente inmóvil, como si hubiera sido un fantasma el que gritaba.

Mi hermano desvió la mirada de su vigilancia del bosque.

—¿Qué profundidad tiene?

—Diría que unos cuatro metros y medio.

Llamé a gritos, pero solo me respondió el silencio.

Agarré los bordes del agujero.

—Voy a bajar.

8

AXEL

Gage asintió.

—Te cubro la retaguardia.

Saqué una linterna de la mochila, la encendí y me la metí en la boca. Con la SIG en una mano, me apoyé en el marco de la puerta y bajé por la escalera.

Estaba negro como boca de lobo, así que agucé el oído, tal como nos habían entrenado.

El pozo estaba en silencio. Ni un solo movimiento, ni siquiera la respiración agitada de quien había estado gritando a pleno pulmón.

Aterricé en el suelo de tierra y levanté la linterna junto con el cañón del arma. Recorrí las paredes de roca grises y húmedas; un haz de luz que cortaba la oscuridad.

Un pie pálido e inerte apareció a la vista, cubierto de tierra y sangre seca. Mi dedo se deslizó sobre el gatillo mientras los recuerdos de mi vida pasada me aceleraban el pulso a toda velocidad. Tenía las piernas hechas jirones, las venas oscuras contra la piel grisácea. La mujer yacía de costado con nada más que un sujetador y unas bragas, los brazos cruzados sobre el pecho en un último intento desesperado de proteger su cuerpo de la tortura que había soportado durante varios días, supuse. Bajo una maraña de

pelo rubio apelmazado, su expresión estaba congelada en una súplica vacía.

Le habían disparado entre los ojos.

Esta no era la mujer que había estado gritando momentos antes.

Seguí barriendo con la luz las paredes, girando ciento ochenta grados sobre los talones, hasta que una zapatilla de correr manchada se reflejó en el haz.

El corazón me dio un vuelco cuando la mujer apareció ante mí.

Estaba apretada contra la pared. La luz se reflejó en unos ojos azul hielo del tamaño de pelotas de golf, contra una piel pálida cubierta de tierra y un pelo rubio platino enredado con hojas. Me miraba fijamente, inmóvil, con una mezcla de estupor, miedo y recelo. Mi mirada se desplazó hacia la sangre seca que teñía los grilletes de metal sujetos a sus muñecas y tobillos. En una mano, aferraba una piedra fina y roma como un niño aferraría su osito de peluche favorito.

—Hola. Vas a estar bien. —Sin apartar la linterna ni la mirada de ella, deslicé el arma de vuelta a la funda—. Voy a sacarte de aquí.

Me acerqué más e incliné la luz para no cegarla, aunque sabía que lo único que veía de mí era una silueta grande y negra.

La mujer estaba aterrorizada. Y con razón.

—¿Cómo te llamas? —pregunté mientras me acercaba poco a poco.

Sus labios se separaron, pero no salieron palabras. Se quedó paralizada, con los ojos siguiendo cada uno de mis movimientos. Era una mirada que había visto muchas, muchas veces.

—Tío, ¿estás bien?

Sus ojos se desviaron un instante hacia la voz de mi hermano, fuera de la puerta, y luego volvieron a clavarse en mí.

—¿Tío?

—¿Cómo te llamas? —repetí con suavidad mientras me ponía en cuclillas frente a ella.

Parpadeó y, de pronto, como si le hubieran inyectado epinefrina, su pecho arrancó con respiraciones profundas y rasposas.

—Erika —soltó con voz desesperada y ronca—. Me llamo Erika… Me llamo Erika —repitió, más alto, como si se recordara a sí misma

que no estaba soñando.

—Erika, vale, es un nombre precioso. Voy a sacarte de aquí. ¿Te parece bien?

Asintió frenéticamente, pero su cuerpo no se movió, ni un solo estremecimiento, y eso me preocupó.

—¡¿Tío?!

—Estoy bien —respondí en voz alta pero serena para no asustarla —. Vamos a necesitar un médico.

—… ¿Cómo—

—Una de dos.

—… Entendido.

—Voy a echar un vistazo a las cadenas, ¿te parece bien?

—Sí —se le quebró la voz—. Él tiene llaves. Hay una llave para ellas.

—No te preocupes, no las necesitaremos.

Le levanté la mano. Estaba helada. La piel desgarrada estaba infectada con Dios sabe qué. Me moví y empecé a avanzar en cuclillas hacia su pie.

—Espera. —Jadeó, con el horror pintado en el rostro.

Me quedé paralizado a medio paso.

—Para.

Levanté las manos con las palmas hacia fuera.

—Vale. ¿Por qué?

—Yo… —las lágrimas afloraron junto con el pánico en sus ojos—. Hay…

Seguí su mirada hacia el pequeño agujero que había cavado en la tierra. Se me hizo un nudo en la garganta. Lo disimulé con una sonrisa.

—No te preocupes por eso, cariño. No tienes por qué avergonzarte.

—Ladeé la cabeza con gesto pensativo, forzando una sonrisa amable—.

La verdad es que yo también tengo ganas de ir. ¿Te importa…?

El más leve atisbo de sonrisa apareció en sus labios, junto a la lágrima que le rodó por la mejilla. Mi maldito corazón dio un vuelco.

—Vale —le guiñé un ojo—. Vamos a sacarte de aquí y llevarte a un baño de verdad.

Asintió y empezó a tirar de los grilletes. Le puse la mano sobre la suya y esperé a que me mirara. Cuando lo hizo, se me cayó el alma a los pies.

Me devolvió la mirada con la primera señal de vida, una chispa en esos ojos aguamarina. Eran hipnóticos, como remolinos de fuego y hielo que me clavaron en el sitio y me convirtieron en un neandertal sin palabras.

Fue el primer momento en que me di cuenta de lo hermosa que era. Bajo toda esa suciedad y ese pánico, esta mujer era como encontrar una joya rara e inapreciable en medio del desierto. No pertenecía a este lugar. Ni a ningún sitio donde hubiera oscuridad.

—Yo me encargo —tuve que forzar las malditas palabras—. ¿Vale?

Volví a centrar la atención en sus muñecas, fijándome en los coloridos tatuajes de sus brazos, un contraste con aquel rostro angelical de duendecillo y la salpicadura de pecas sobre la nariz. Al principio, calculé que tendría unos veinticinco años, pero la historia que contaban sus ojos no era la de una veinteañera que empieza a abrirse camino. Me decidí por poco más de treinta.

Agarré mi ganzúa y empecé a trabajar en cada esposa, evitando las heridas supurantes mientras contenía la rabia que me hervía por dentro con cada una. Erika no se estremeció, no gimió, no se quejó; se limitó a mirarme con una expresión que hizo que la mano me resbalara varias veces.

Una bomba de relojería atada a un par de gemelos de cuatro años no logró romper mi concentración ni una sola vez. Una diosa silenciosa de metro cincuenta y siete y cuarenta y cinco kilos casi me impidió hacer mi trabajo.

Mi reacción ante ella me desconcertó, lo admito.

—¿Estás bien? —gritó Gage desde arriba; el más leve matiz en su voz me indicaba que estaba ansioso por saber qué estaba tardando tanto.

Con un *clic*, la primera esposa se abrió.

Erika hizo una mueca y se llevó el brazo al pecho, cerró los ojos y exhaló. Quería estrecharla entre mis brazos, sentir ese aliento contra mi pecho y decirle que todo iba a salir bien.

¿Qué me estaba haciendo esta mujer?

Apreté los dientes y me concentré en lo que tenía entre manos. —¿Cuánto falta para el médico? —grité hacia arriba.

—Calculo que 10 minutos, pero tienen que trasladarse en quads para llegar aquí. Los guardabosques están de camino.

La otra esposa cedió y pasé a los pies. Se había quedado completamente en silencio, inmóvil. La observé durante un minuto: el rostro inclinado hacia el techo, la inhalación honda, la exhalación honda. La palma supurante descansaba abierta sobre el muslo, la expresión serena con cada respiración profunda. Tardé un momento en darme cuenta de que estaba haciendo algún tipo de meditación.

Me eché hacia atrás sobre los talones y seguí observándola, asombrado por su autocontrol en medio de aquella pesadilla. Un hormigueo nació en lo más profundo de mí, algo muy dentro, mientras contemplaba cada respiración.

Me aclaré la garganta y volví al trabajo con las esposas. Dos menos, dos más.

—Lo vi —susurró finalmente, rompiendo el silencio. El tono de su voz me indicó que se refería al asesinato de la otra mujer en el pozo. La miré sin dejar de trabajar en su pie izquierdo.

—Se desvanecerá —dije.

—No lo creo.

Sí lo haría, quería decirle de nuevo. Los colores vívidos de ver a otro ser humano exhalar su último aliento se desvanecerían, pero la imagen permanecería, solo para revelarse en tu sueño más profundo, en bucle, por el resto de tu vida. Se imprimiría en tu alma, un breve momento en el tiempo, un instante, que cambiaría el curso de tu futuro. Que cambiaría quién eres hasta la médula.

No mentí. Sí, se desvanecería, pero siempre estaría ahí.

La muerte siempre encuentra la manera de persistir.

Las secuelas son eternas.

Y necesitaba apartar su mente de la pesadilla que estaba reviviendo.

—Háblame de tus tatuajes. El que está sobre tu muñeca.

Pasó un segundo mientras se miraba la piel; la pregunta tardó un momento en calar. —Es una constelación.

—Es Casiopea.

—Así es.

Asentí y bajé la mirada para no quedarme mirándola fijamente. A ella, la mujer con el tatuaje de Casiopea. Lo había notado casi de inmediato. ¿Qué probabilidades había...? El ciervo que había estado persiguiendo tenía un patrón similar en el pelaje, y lo había llamado Cassi.

De repente nada parecía una coincidencia. Era como si el universo hubiera conspirado para unirnos, lo cual era una *locura*, ¿verdad?

—Siempre me ha fascinado la astrología, la mitología griega —continuó, con la voz un poco más firme, agradecida de que la apartaran del momento—. La historia de Casiopea siempre se me quedó grabada. Una reina hermosa y envidiada de la que todos pensaban que lo tenía todo, pero por dentro no era más que una farsante insegura que anteponía la vanidad a todo lo demás. —Hizo una pausa—. La arrogancia, el estilo de vida exuberante, la condenaron a una eternidad de oscuridad.

—Pero en un giro irónico —añadí—, la constelación es una de las más reconocidas del mundo, admirada por casi todos y utilizada por muchos como mapa para orientarse. También forma parte de la Vía Láctea, del catálogo Messier, de cúmulos estelares y de restos de una supernova. Así que, incluso en su exilio, sigue siendo exquisita. —Mi mirada se encontró con la suya—. La verdadera belleza brilla incluso en los momentos más oscuros.

Parpadeó lentamente y la más tenue de las sonrisas le llegó a los ojos.

El rugido de los quads atrajo nuestra atención hacia la trampilla.

—Esa será la caballería. —La esposa se abrió y me moví hacia la derecha—. Ya casi estás fuera de aquí.

—El médico está aquí. Voy a bajar. —gritó Gage mientras su silueta oscurecía la abertura.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó, estudiando mi perfil.

—Axel.

—Axel —repitió en un susurro antes de cerrar los ojos y apoyar la cabeza contra la pared.

9

AXEL

Cuatro días después…

¡Pum, pum, pum!

El sonido de disparos a lo lejos me indicó que Gunner había vuelto a las andadas. Nuestro hermano mayor pasaba cada segundo libre en el campo de tiro desde la muerte de nuestro padre. Solo salía del complejo para cubrir su turno en el hospital o para comprar más munición. Pero lo entendía. Había algo en reventar el centro de una diana que calmaba como nada en el mundo.

Había sido un día repleto de reuniones y llamadas con clientes. El negocio iba viento en popa. Había muchos tarados sueltos, y en algunos casos, muchos panofóbicos paranoicos. Todo el mundo necesitaba protección, y Steele Shadows Security era la mejor del sector.

El sol poniente proyectaba sombras sobre el bosque a mi alrededor, llevándose consigo las temperaturas templadas. Estaba haciendo mi ronda nocturna por el perímetro de la propiedad. Unos días la hacía en todoterreno, otros a caballo. Aquel día había aparcado en el linde del bosque y decidí continuar a pie.

Necesitaba sentir los pies en tierra firme, que la sangre me corriera por las venas, aire fresco en los pulmones, y sacudirme un día monótono de trabajo entre llamadas y ordenadores en lugar de armas y radios. Aunque había pasado un año, no me había adaptado a mi nueva vida en el mundo de los negocios, y eso era quedarse muy corto.

Una ráfaga de viento pasó junto a mí, cargada de aroma a cedro. Miles de hojas cayeron a mi alrededor, y fue entonces cuando lo vi. Oculto tras una espesura de árboles, Cassi y sus treinta y seis puntas clavándome la mirada.

Casiopea.

Unos ojos azul hielo me cruzaron la mente como había ocurrido un millón de veces en los últimos cuatro días. Sobre todo después de recibir su tarjeta por correo.

Señor Steele,

Quiero darle las gracias por salvarme la vida. Aunque las palabras no bastan para expresar mi gratitud, espero que esto ayude.

Me dio esperanza en los momentos más oscuros, y quizás algún día haga lo mismo por usted.

«La verdadera belleza brilla incluso en los momentos más oscuros».

-Erika Zajac

Dentro del sobre había una piedra pequeña y fina, tallada en punta. Era la piedra que Erika había afilado mientras planeaba su fuga. La piedra que no necesitó usar porque aparecí yo. Y por si mi asombro

no fuera suficiente, en un lado tenía perforados cinco puntos formando la constelación de Casiopea.

Me había quedado con aquella cosa en la palma de la mano durante cinco minutos largos, boquiabierto.

Casiopea… los momentos más oscuros.

Como si me hubiera echado algún tipo de mal de ojo, hiciera lo que hiciera, bebiera lo que bebiera, no podía quitarme a Erika Zajac de la cabeza, que era precisamente la razón por la que tenía que conseguirlo.

Cassi agachó la cabeza, se dio la vuelta y echó a correr, desvaneciéndose entre las sombras.

Cabrón. A esas alturas, no sabía quién acechaba a quién.

Apreté la mandíbula y seguí adelante, recorriendo el límite de la propiedad, cada paso más rápido, más fuerte, sobre las agujas de pino que crujían bajo mis botas. Cada paso como el giro de una manivela que me tensaba más y más hasta el punto de estallar. Era un desastre. Un manojo de energía y ansiedad contenida, sin saber dónde canalizarla.

Quizás necesitaba algo más que el bosque para evadirme. Gage tenía una mujer ahora, Gunner el campo de tiro. ¿Y yo? Lo único que tenía era un ciervo de cola blanca escurridizo al que ni siquiera tenía agallas para disparar.

¿Qué *demonios* me pasaba?

Me puse a trotar, inspirando por la nariz, espirando por la boca, esquivando rocas, saltando troncos. Más rápido, más rápido. Enseguida me sentí de vuelta en el ejército, en una misión encubierta en el Corredor de Wakhan de Afganistán. Qué bien sentaba.

Dios, cómo echaba de menos el ejército.

Apreté el ritmo, con el sudor perlándome la frente. Cada vez más rápido, corrí por el terreno rocoso con mi camiseta, pantalones tácticos caqui y botas ATAC, fundiéndome con la naturaleza a mi alrededor.

Volví hacia mi todoterreno, me deslicé tras el volante y saqué el móvil.

Una foto de Erika Zajac llenaba la pantalla.

—Tiene *que* ser broma.

Giré la cabeza y vi a Gunner parándose a mi lado. Ni siquiera lo había oído acercarse por detrás, y eso era más alarmante que verlo fuera del campo de tiro.

Frunció el ceño.

—Es la segunda vez en dos días que te pillo investigando a esa mujer.

Cerré la búsqueda de internet que había olvidado cerrar y me guardé el móvil en el bolsillo.

—¿Qué haces aquí? ¿Te has quedado sin dianas?

—No sabía que te tocaba la ronda de perímetro esta noche.

—No sabía que la hicieras nunca.

—Yo no me pierdo las rondas de perímetro —dijo Gunner. Entornó los ojos, sombreados, y me miró de arriba abajo—. Para que lo sepas, es una heredera mimada de un imperio financiero, Ax, que hace poco había roto con un pez gordo de Wall Street. ¿O todavía no has llegado a ese artículo? Esa mujer se pasa su existencia superficial viajando por el mundo con el dinero de papá. ¿Has visto sus redes sociales? Es como una nómada rica sin una sola responsabilidad en el mundo.

Gruñí mientras agarraba el volante. Sí, según las múltiples búsquedas de Google que había hecho sobre Erika Zajac desde que la rescaté del sótano, Erika era la hija de veintinueve años de un inmigrante que había llegado a Estados Unidos con cinco años. A los veintidós, su padre pegó un pelotazo con unas acciones tecnológicas en las que había invertido y luego montó su propia firma de capital privado. El padre de Erika tenía oficinas por todo el país y era multimillonario. Había tenido cuatro esposas y cuatro divorcios sonados antes de estirar la pata años atrás. El hermanastro de Erika heredó la empresa y era figura habitual en las columnas de cotilleos. La familia Zajac era la viva imagen del sueño americano elitista: inmigrantes que se habían mudado a EE. UU. y les había tocado la lotería, por así decirlo, mientras la familia Steele pasaba sus días en las trincheras, protegiendo al país que hizo realidad su sueño. Dos perspectivas muy diferentes. Dos familias muy diferentes.

¿Y Erika y yo? Dos personas muy diferentes. Erika era un espíritu libre e impulsivo que parecía no tener los pies en la tierra en ningún aspecto de su vida. ¿Yo? Mi mundo entero funcionaba con horarios y caminos meticulosamente planificados. La espontaneidad y yo éramos como chupitos de tequila y lubricante comestible. No combinan. Créeme.

Erika Zajac y Axel Steele eran polos opuestos en todo. Y los opuestos *no* se atraen.

¿Verdad?

Gunner continuó:

—Pero está buena, eso te lo concedo. ¿Has hablado con ella?

—¿Hablar con ella? —dije un poco a la defensiva—. ¿Qué, llamarla?

—Eh, sí, ¿por teléfono?

—No, no la he visto ni he hablado con ella desde que los paramédicos la sujetaron a la camilla y desaparecieron por el sendero Red Rock.

—¿Has oído algo al respecto? ¿Quién lo hizo?

—No. Solo sé lo que ha salido en las noticias.

La noticia de dos mujeres encontradas encadenadas a la pared de un sótano había saltado a los medios nacionales. Era un caso horripilante y escandaloso que representaba la peor pesadilla de cualquier mujer, lo que lo convertía en carnaza perfecta para la prensa. La gente no se cansaba del tema. Los nombres de las víctimas no se habían hecho públicos en ese momento, lo cual resultaba curioso, y me hacía pensar que no era algo tan simple como un exnovio que hubiera perdido los estribos. La única forma en que supe el apellido de Erika fue sonsacándoselo a uno de mis colegas de la policía después de su tercer chupito de tequila. También me dijo que las autoridades no estaban ni cerca de atrapar al hijo de puta que lo había hecho.

—Bueno, déjalo estar, tío —Gunner se encogió de hombros.

—Mira quién fue a hablar.

Nos quedamos mirando el horizonte, pensando en todas las cosas que necesitábamos soltar, y en todas las que sabíamos que nos llevaríamos a la tumba.

—Vamos —me instó—. Jagg está de camino. Dice que necesita hablarnos de algo.

Arqueé una ceja. Cada vez que nuestro colega, un antiguo SEAL de la Marina reconvertido en detective estatal, decía que «necesitaba hablarnos», normalmente no era para hablar de fútbol americano.

Seguí el quad de Gunner a través del bosque, inspeccionando nuestro terreno a mi paso. Siempre vigilante, siempre alerta. Tomamos el sendero y serpenteamos por la ladera mientras las farolas se encendían, iluminando el largo camino de entrada asfaltado que ascendía en zigzag por nuestra montaña hasta el complejo. La casa principal apareció ante nosotros: una cabaña de troncos y piedra de setecientos cincuenta metros cuadrados con tres plantas, amplios ventanales tras múltiples terrazas y una elaborada rocalla. Las luces exteriores se habían encendido, bañando la casa y los pinos y robles que la rodeaban. Tanta grandeza nos incomodaba un poco a todos, pero a papá le gustaban las cosas buenas. Siempre le habían gustado.

Y en lo alto del camino de entrada, un Cadillac Escalade negro sin distintivos.

Con el ceño fruncido, me detuve junto a Gunner, que se había parado.

—¿Esperas a alguien?

—No. Supongo que tú tampoco.

Mi mano se deslizó hacia la SIG en mi cadera. Tras un rápido asentimiento —la comunicación no verbal por la que éramos conocidos mis hermanos y yo—, Gunner se adelantó y se internó en el bosque. No aparté la vista del vehículo mientras coronaba la colina, justo cuando Gage salía al porche delantero.

Gage delante, yo detrás, Gunner oculto flanqueando desde el este. Un hombre menos. Nos las arreglaríamos, como siempre.

Me detuve detrás del reluciente vehículo de cristales tintados y puse el quad en parking, bloqueándole la salida.

Nuestro misterioso invitado era famoso, rico, o estaba metido en un buen lío.

En ese momento no sabía que me iba a tocar lidiar con las tres cosas a la vez.

10

AXEL

La puerta del conductor se abrió y un tanque de hombre se desenrolló del Escalade. Llevaba gafas de sol Ray-Ban negras y tenía la cabeza calva y reluciente. Calculé que pesaba unos 104 kilos de puro músculo, y estaba cubierto de tatuajes.

El tipo era el estereotipo andante del aspirante a guardaespaldas. Probablemente un expolicía de patrulla que se hartó de trabajar de noche y decidió probar suerte en la seguridad privada con la esperanza de pasar sus días cerca de un buen par de tetas operadas y una cuenta bancaria aún más abultada.

Abrió la puerta trasera mientras me acercaba, fijándose en el barro de mi ropa, la mugre de mi piel y las hojas de mi barba.

—Señor Steele… —Un hombre salió del asiento trasero y lo reconocí al instante. El hermano de Erika Zajac.

No podía ser más que unos pocos años mayor que yo —quizás recién pasados los cuarenta—, con el pelo negro azabache peinado hacia un lado sin un solo mechón fuera de lugar. La luz de las farolas arrancaba destellos a un reloj incrustado de diamantes casi tan ostentoso como el traje de rayas azul marino que llevaba. Dinero. Quería que el mundo supiera que lo tenía.

Lo desprecié al instante.

Extendió la mano, suave, y me llegó el aroma de alguna colonia afrutada, probablemente elaborada en Italia y enviada en una caja de zafiro.

—Soy…

—Sé quién es —le estreché la mano—. Filip Zajac.

Arqueó una ceja. Sí, nada de *señor* por mi parte.

La puerta opuesta se abrió y salió otro hombre, este de unos setenta y tantos, con una mata de pelo plateado recogida en una coleta. Mismo traje, distinto color; mismo reloj, imitación. Mientras que Filip destilaba desesperación por conseguir aprobación y admiración, a este hombre le importaba un bledo. Era alto, musculoso y seguro de sí mismo.

No le quité ojo.

—Sí, así es, soy Filip Zajac, director ejecutivo de Zajac Investments.

Eres rico y quieres que te tome en serio. Entendido.

Le sostuve la mirada.

—Y este es mi socio, Harrison Reid.

Nos estrechamos las manos, un apretón firme y sólido. Harrison era quien movía los hilos entre bastidores, sin duda alguna.

Al percibir la tensión latente, Gage dio un paso adelante y se detuvo junto al Guardaespaldas de Alquiler.

Filip continuó:

—Ante todo, gracias por salvar la vida de mi hermana. Espero que le haya recompensado de alguna manera.

Asentí, pero sabía que este hombre no había aparecido en mi puerta solo para darme las gracias en persona.

—¿En qué puedo ayudarte, Filip?

—Necesito sus servicios, señor Steele.

—Ax.

—Ax. Bien.

—¿Tú, personalmente?

—Bueno, no.

—¿Qué servicios exactamente, Filip?

—Seguridad personal. Usted es el mejor.

—Los medios exageran.

—El detective Max Jagger recomienda encarecidamente sus servicios.

Lancé una mirada a Gunner, cuyo leve movimiento me indicó que no tenía ni idea de qué hablaba el tipo.

Filip continuó:

—Independientemente de la recomendación del detective Jagger, usted ya no solo salvó la vida de mi hermana, sino que, además, su reputación le precede. He oído que es el único hermano Steele que ha liderado múltiples operaciones de rescate de rehenes en el extranjero. Dicen que nadie rastrea a un objetivo como usted.

Entrecerré los ojos hasta convertirlos en rendijas. Filip había estado investigándome y eso no me gustaba.

—Llevo un año fuera del ejército —dije.

—Eso nunca te abandona —dijo Harrison con voz profunda.

Filip se irguió, asintiendo hacia su socio.

—Antes de emigrar a Estados Unidos, Harrison sirvió en las Fuerzas Armadas Polacas.

—Creo que has malinterpretado lo que hacemos aquí, Filip. No hacemos trabajo de reconocimiento ni nos dedicamos a búsqueda y rescate —lo observé de cerca, fijándome en cómo su dedo giraba sobre el borde de su grueso anillo de oro. En la vena que le palpitaba en el cuello.

—Necesito al mejor, Ax. Y ese eres tú. Mi familia y mi negocio han sido atacados. Me temo que lo que le pasó a mi hermana es parte de algo más grande…

El rugido de un motor atrajo nuestra atención colina abajo. Dos faros cortaron el crepúsculo mientras un Chevy Tahoe negro subía a toda velocidad por el camino de entrada. Me giré hacia las luces y me preparé al ver que no reducía la velocidad. ¿Quién había invitado a Mario Andretti a la fiesta? Ladeé la cabeza, desafiando al misil de casi dos toneladas sobre ruedas mientras mi mano se deslizaba hacia la SIG. A apenas metro y medio de mi cuerpo, el Tahoe giró y se detuvo derrapando junto al Escalade. La noche se estaba poniendo cada vez más interesante.

—Y lo necesito ahora —dijo Filip, con un desdén que ensombrecía su voz acomodada mientras observaba el otro vehículo.

Yo también observé el Tahoe, ahora oculto tras el Escalade.

Tras captar la silueta de Gunner deslizándose por el bosque para flanquear al recién llegado, centré mi atención en Filip.

—Pasamos por un extenso proceso de preautorización antes de aceptar nuevos clientes…

—Pagaré el doble de su tarifa.

—Filip…

—El triple.

—El dinero no es un motivador aquí.

—¿Qué tal salvar la vida de una mujer inocente?

Miré hacia el Tahoe de nuevo.

—¿Quién necesita exactamente nuestros servicios, Filip?

El clic de la puerta del coche al abrirse atrajo nuestra atención. Si la actitud tuviera un sonido, se definiría en el portazo de esa puerta.

Con el rabillo del ojo vi al Guardaespaldas de Alquiler moverse hacia lo que sonaba como un gorila de doscientos kilos pisoteando la grava. Lo que me encontré fue una gata salvaje de metro cincuenta y siete con una trenza rubia platino que le caía sobre el hombro y una pequeña flor amarilla prendida detrás de una oreja.

El tiempo se detuvo mientras veía acercarse a mí cada fantasía que había tenido en los últimos cuatro días.

Llevaba una camiseta ajustada con la Mona Lisa haciendo el signo de la paz, ceñida a dos pechos muy redondos. Mis ojos se deslizaron hacia la tinta de sus brazos, más colorida, *más sexy*, ahora que se había ido la suciedad y la mugre. Completaban esta yuxtaposición de hippie y chica mala unos vaqueros rotos y unas zapatillas deportivas rojas del color de esos labios hechos para susurrar entre las sábanas.

La perfección, salvo por el ceño fruncido en su hermosa cara de duendecilla.

Parpadeé.

Filip soltó un suspiro exasperado. —Ax, creo que conoces a mi hermanastra, Erika Zajac.

11

AXEL

—Veo que empezasteis sin mí. —Su voz era fuerte, segura y *cargada de intención*. Lo opuesto a cuando la rescaté del sótano. Su mirada se desplazó hacia mí, sus interminables pestañas aleteando sobre unos ojos de cervatillo hechizantes, y me quedé sin palabras. Durante un segundo, me quedé completa e idiotamente sin palabras.

—¿Qué parte de *«no te separes de mi parachoques»* y «no te pierdas» no entiendes? —le preguntó Filip en un tono condescendiente que debería haberle valido una bofetada en la cara, un contraataque que me habría encantado propinarle personalmente.

—La segunda parte. —Sus ojos azul bebé se volvieron hacia Filip —. Teniendo en cuenta que soy el tema de conversación, asumí que esperarías. *Hermano*.

—Ni siquiera he llegado a los detalles todavía, *hermana*.

Fruncí el ceño y salí de mi estupor. Era como ver a dos niños de primaria discutir en el patio de recreo. No quedaba nada bien.

Erika arqueó una ceja al tiempo que ladeaba su curvilínea cadera.

—Por detalles te refieres a intentar convencerlos de que estás aquí únicamente para garantizar que reciba la mejor protección

posible, y no porque quieras asegurarte de que tu negocio no reciba más mala prensa. Eliminas el problema, eliminas el cotilleo. ¿No es así?

Capté una mirada de Gage, y luego otra de Gunner, que había salido del bosque y disfrutaba tanto de la vista del trasero de Erika como del espectáculo de la noche.

Filip negó con la cabeza y se volvió hacia mí.

—Bueno, ahora que estamos todos aquí, ¿hay algún lugar donde podamos hablar? Estoy seguro de que aceptarás a Erika como cliente cuando te expongamos los detalles.

La verdad era que aceptaría a esa mujer en medio de un huracán de categoría cinco. Pero aceptarla como cliente era harina de otro costal.

Le hice un gesto a Gage, que se dio la vuelta y entró en la casa para avisar a los demás de nuestros invitados. Gunner estaba ocupado dándole al guardaespaldas de alquiler un repaso nada sutil.

—Adelante —dije.

La impresionante rubia se colocó junto a su hermano y él le plantó una mano en la cara.

—No. Erika, quédate aquí con Mack.

Mack. Por supuesto que se llamaba Mack.

Ella murmuró algo entre dientes y, presintiendo otra disputa familiar, bajé la mirada y retrocedí. Las disputas familiares en nuestra casa consistían en puños cerrados y labios partidos. Gracias a Dios no había hermanas, porque discutir con una mujer era algo que a ninguno de nosotros se nos daba bien. Como era de esperar, se desató una discusión a toda pastilla y me sorprendió que Erika se mantuviera firme contra su hermano avasallador. Él era al menos una década, tal vez incluso quince años, mayor que ella, y tenía la misma autoridad que una figura paterna. La vi levantar la barbilla, un gesto desafiante y jodidamente adorable, aunque tenía la sensación de que me patearía en los huevos si se lo decía.

Tras otro suspiro exasperado, Filip sacó una carpeta del Escalade y se volvió hacia mí mientras Erika seguía a Gage hacia la casa.

—Lo siento —dijo, con Harrison a su lado—. Es... es extremadamente difícil. Se fue de casa a los dieciséis, nos abandonó

a mí y a papá, y se largó por su cuenta. —Echamos a andar juntos por el camino de entrada—. Ni siquiera hemos hablado en años. Es una gitana moderna... hace lo que le da la gana y no sabe lo que le conviene, por eso estoy aquí. Es un blanco fácil para lo que tiene encima, si quieres mi opinión.

Cien preguntas me inundaron la cabeza en ese momento, pero me centré en su último comentario como un halcón en su presa.

—¿A qué te refieres con lo que tiene encima?

—Ya lo verás.

Mack se quedó en el camino de entrada, apoyado contra el Tahoe, hablando por teléfono. Me dieron ganas de quitárselo de un manotazo. El uso del móvil, para cualquier cosa que no fuera comunicación directa con otros miembros del equipo, estaba terminantemente prohibido mientras se protegía a un cliente.

Cruzamos la entrada cubierta y atravesamos las puertas de madera, donde Erika estaba contemplando un cuadro que había comprado recientemente en una exposición de arte local. Un paisaje otoñal lleno de luz, magia y colores que saltaban del lienzo con una vitalidad solo superada por el sol ardiente. Como Erika.

—Hermosa casa —comentó Filip, y mi atención volvió hacia él—. ¿Cuántas hectáreas tenéis?

—Mil doscientas.

Asintió, como si le pareciera una cantidad aceptable, y luego él, Harrison y Erika me siguieron por el pasillo que terminaba en la sala de conferencias. Nuestra casa estaba dividida en zona residencial y zona de trabajo.

Entramos en la sala de conferencias, donde Celeste, ex marine reconvertida en gerente de oficina de Steele Shadows Security, estaba abriendo las persianas para dejar entrar los últimos rayos del sol poniente. Con sus habituales vaqueros ajustados y chanclas, el largo cabello negro de Celeste caía suelto sobre una camiseta de Steele Shadows Security. La sureña con mala suerte en el amor había puesto dos condiciones cuando se unió a nosotros: acceso libre a nuestros campos de tiro a cualquier hora del día o de la noche, y nada de ropa de oficina. Ambas se le concedieron en el acto.

Con los años, Celeste se había convertido en la única mujer, además de nuestra madrastra, capaz de ponernos en nuestro lugar y meternos en vereda cuando más lo necesitábamos. Se había vuelto imprescindible para nuestro negocio: conocía personalmente a cada uno de nuestros clientes, los detalles más turbios de cada caso, y podía recitar cada atributo físico de cualquier persona que hubiera conocido. Era un archivador con patas. Tipos como nosotros necesitábamos a alguien así.

La habitación se llenó con el resplandor dorado del atardecer. Afuera, las colinas onduladas del jardín delantero se desvanecían en densos bosques. Era una vista impresionante, tal como nuestro padre había planeado cuando construyó el lugar. Transmitía una mezcla de serenidad e intimidación. Un mensaje de «estás en buenas manos» para nuestros clientes.

Filip se sentó en el centro de la mesa, Harrison junto a él. Erika se deslizó a su lado. En marcado contraste con la vista serena del exterior, Gunner se había apostado en la esquina del fondo, con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho. Su habitual pose estoica y estatuaria, que se había intensificado un millón por ciento desde que ocupó el puesto de Feen como CEO no oficial de Steele Shadows Security. Gunner no era un hombre de negocios, y desde luego no era el mejor recibiendo a clientes potenciales. Pero eso no era nada comparado con su incapacidad para ceder. Gunner tenía una forma de aplastar a la gente en cuanto cuestionaban sus tácticas de seguridad. O se hacía a su manera o nada. No quedaba nada bien ante un cliente potencial.

Gage se apoyó en la entrada, más relajado, pero sin bajar la guardia.

—¿Les apetece tomar algo? —Celeste sirvió un vaso de agua con hielo, con sus mejores modales de anfitriona.

—Sí, por favor. Gracias.

Repartió las bebidas mientras yo hacía las presentaciones.

—Filip, te presento a Celeste Russo, nuestra jefa de oficina —me volví hacia Celeste, que se había sentado frente a nuestros tres recién llegados—. Celeste, él es Filip Zajac, su hermana Erika y

Harrison Reid —me senté a la cabecera de la mesa—. Empecemos. ¿Qué os trae por aquí?

Celeste abrió su libreta.

Filip entrelazó las manos sobre la mesa.

—Como dije, el secuestro de mi hermana parece formar parte de algo más grande, y creo que sigue siendo un objetivo, igual que mi empresa.

Sentí una punzada de instinto protector, rápida, aguda y desconcertante.

—¿Sigue siendo un objetivo?

—Así es. Déjame empezar desde el principio. Horas después de que Erika desapareciera, recibí una petición de rescate de un millón de dólares...

—¿Cómo?

—Una llamada telefónica a la línea directa de la casa. La policía ha determinado que usaron un móvil desechable, imposible de rastrear.

—¿Reconociste la voz?

—No, usaban algún tipo de sintetizador de voz. Así que empecé a transferir fondos de inmediato, hasta que recibí una llamada de la policía local informándome de que habían encontrado a Erika. De que tú la habías encontrado.

Miré a Erika. Tenía la espalda rígida como un palo y la vista clavada en sus manos, cruzadas sobre la mesa. Sin expresión. Sin emoción.

Hermética.

—¿Tienes el informe policial completo?

—Sí —Filip sacó varios papeles de su carpeta de cuero y los deslizó frente a mí.

Revisé los documentos y me detuve en seco en la transcripción de la entrevista de Erika. Se me hizo un nudo en el estómago al leer que había pasado cuarenta y ocho horas en total oscuridad, encadenada a aquella pared, a quince metros bajo tierra. Pasé a su informe médico. Erika había sufrido deshidratación grave, tenía las costillas magulladas, múltiples contusiones en muñecas y tobillos de intentar liberarse de los grilletes, ampollas infectadas en las yemas

de los dedos y un corte en la cadera. Sus heridas emocionales probablemente eran otro cantar.

Sentí el calor subirme al cuello, una ira que no había sentido desde mis tiempos en el ejército, multiplicada por diez.

Cálmate, Ax.

Pasé los papeles a Celeste y me concentré en el mapa que incluía los cuadrantes del sótano. Con sus sesenta y cinco mil hectáreas de bosque denso, el Parque Red Rock era un destino turístico popular. Sin embargo, el sótano se encontraba en una zona remota del parque, vedada a los excursionistas. Durante mi propia investigación, había descubierto que el sótano formaba parte de una vieja cabaña de troncos demolida hacía décadas.

—¿Las cámaras de seguridad captaron algún vehículo en la zona? —pregunté.

—Muchos —intervino Erika—. Pero estamos a mediados de otoño, temporada alta de turismo en el parque. Están comprobando las matrículas.

Señalé el mapa.

—El sótano queda cerca de lo que parece un camino de servicio, aquí.

—Así es. Pero hay muchos puntos de acceso, cerrados solo con cadenas oxidadas. Muchas formas de entrar al parque.

—¿Hay cámaras en ese camino de servicio?

—No. Créeme, lo comprobé. Él...

—¿Tú lo comprobaste?

Arqueó una ceja.

—Por supuesto.

Por lo visto, Erika estaba metida hasta el cuello en su propia investigación. Las palabras de Filip, *difícil, desafiante*, me vinieron a la mente. Esto no pintaba bien.

Continuó:

—Creo que nuestro captor usó ese camino de servicio o uno de los accesos de alrededor. Estoy segura.

Nuestro captor. Se refería a la otra víctima, ya fallecida, y me pregunté si sufría el síndrome del superviviente.

Hojeé los papeles.

—Supongo que habrán rastreado el sótano en busca de huellas, indicios, ¿ADN?

—Sí —dijeron Erika y Filip al unísono.

Filip le lanzó una mirada y dijo:

—Todo lo recogido se ha enviado a analizar.

—Y el otro cuerpo —añadió Erika.

—¿Se ha identificado...?

—Jessa Watson —Jagg entró en la habitación como si tal cosa—. Perdón por llegar tarde. Una socialité de veintinueve años, heredera de la fortuna de la constructora de su padre. Acaban de hacer público su nombre —saludó con un gesto a Filip, Erika y Harrison—. Me alegro de veros de nuevo.

Me lanzó una mirada que me indicó que había mucho más que contar.

Volví a centrarme en Filip y Erika.

—Decidme por qué creéis que Erika sigue siendo un objetivo.

—Porque —dijo Filip sin vacilar— anoche alguien entró en su casa.

Jagg se removió a mi lado.

—Yo no estaba —dijo Erika—. Pero cuando llegué a casa, estaba todo patas arriba. Alguien había entrado por la puerta trasera y lo había revuelto todo.

—¿Faltaba algo?

—Joyas.

—¿Tienes cámaras de seguridad?

—No.

—Pero tiene que ser la misma persona —insistió Filip—. Vamos, ¿qué probabilidades hay de que no lo sea?

—Entonces, ¿crees que quien hizo esto volverá a por ella hasta que consiga el rescate?

—Así es. Creo que lo mejor es que desaparezca una temporada, que se mantenga alejada de los focos, de las redes sociales y del radar hasta que pillen a este tío.

Mi mirada se desvió hacia Erika, cuyos hombros estaban tan tensos como los de Harrison a su lado.

—Erika, ¿tú crees que ese es el caso?

—Creo que mi hermano tiene miedo de que *su* dinero esté en riesgo. Pero la policía determinó que el allanamiento de mi casa no estaba relacionado con lo que pasó en el sótano. Para ellos, es un caso cerrado.

Jagg carraspeó. El tipo estaba que reventaba con noticias que quería compartirme en privado.

Captando la indirecta, Celeste se puso de pie.

—Filip, Erika, señor Reid, ¿pueden acompañarme a la oficina un momento, por favor?

Gage cerró la puerta tras ellos. Gunner se separó de la pared y se reunió con nosotros en la cabecera de la mesa.

12

AXEL

—Habla —le dije a Jagg.

—El FBI está colaborando con la policía estatal en este caso, sobre todo yo, y esto es lo que sabemos hasta ahora. Jessa Watson fue secuestrada hace ocho días en un bar, tras una noche de copas con unas amigas.

—¿Un bar local?

—No, a unos cuarenta kilómetros al oeste de aquí. Las cámaras de vigilancia muestran al secuestrador hablando con ella antes de que subiera al coche por voluntad propia.

—Lo que significa que lo conocía.

—Eso parece. Veinticuatro horas después, sus padres, muy adinerados, recibieron una llamada anónima exigiendo que depositaran un millón de dólares en una cuenta, con la amenaza de matarla si no cumplían. El plazo era de cuarenta y ocho horas. Bueno, resulta que los Watson habían pasado por serias dificultades financieras a lo largo de los años y no tenían un millón de dólares guardado en una cuenta de ahorros. Se pusieron manos a la obra para reunir el dinero, vendiendo acciones, lo que fuera, pero no consiguieron el efectivo a tiempo. Doce horas antes de que venciera el plazo, les enviaron un vídeo de su hija, brutalmente golpeada, atada a las paredes de un sótano. El plazo venció y Jessa recibió un

balazo en la cabeza. Sus padres se enteraron por un vídeo en directo. Erika Zajac lo presenció todo. Y según todos los indicios, a Erika le quedaban veinticuatro horas.

—Pero la diferencia entre Jessa y Erika es que Erika no era el objetivo. Si lo que cuenta es cierto, se topó con esta pesadilla por casualidad.

—Exacto, y creo que es verdad. Quien secuestró a Jessa debió de ver a Erika husmeando por ahí, la encerró en el sótano y luego vio la oportunidad cuando descubrió quién era a través de su móvil.

—Filip mencionó que nos la recomendaste tú.

Jagg asintió.

—No creo que el allanamiento de su casa fuera casual...

—A diferencia de la policía.

—Exacto. Enviaron algunos objetos para analizar en busca de ADN, lo que llevará semanas, pero no creen que haya pruebas suficientes de momento para vincular los dos incidentes.

—Pero tú sí.

—La autopsia de Jessa Watson ha sido esta mañana.

Jagg sacó el móvil del bolsillo, abrió la galería de fotos y me lo mostró. Era el muslo de una mujer, con múltiples laceraciones sobre la piel amoratada y grisácea. Amplió la imagen. Debajo de todo, la letra V grabada en la piel.

—El forense casi lo pasa por alto, dado que se confunde con las otras laceraciones. Yo no.

—Y supongo que esto no es una carta de amor.

—No. La V es la marca de los V Negros, una banda infame que se está convirtiendo rápidamente en uno de los mayores quebraderos de cabeza del FBI. Llevo años siguiéndoles la pista a estos cabrones por la zona.

—He oído hablar de ellos —dije, cruzándome de brazos. No me gustaba el cariz que estaba tomando aquello—. Surgieron en Sudamérica. Llevan décadas operando; son peces gordos en el narcotráfico.

—No es un narcotráfico cualquiera; mueven parte de la cocaína más pura de Latinoamérica. Carísima. Han crecido de forma brutal en los últimos cinco años y han eliminado a la competencia. La DEA

calcula que controlan al menos el setenta por ciento del mercado de cocaína en América Latina.

—Y al eliminar a la competencia, supongo que no te refieres a que les dieron finiquito.

—Más bien los despacharon. Estos tipos son brutales. Van mucho más allá de la típica violencia de bandas.

Levantó otra foto, esta de una mujer y unos niños tendidos frente a una casa en llamas, con los ojos y las lenguas arrancados.

—Sospechaban que el marido de esta mujer había delatado a algunos miembros después de que lo detuvieran por agresión. Esta fue la represalia de la banda.

—Joder.

—Con esta gente no hay piedad. A cualquiera que los delate o se vuelva contra ellos lo torturan o lo asesinan sin contemplaciones.

—Y esto no pinta nada bien para Erika Zajac.

—Exactamente. Y no es solo que Erika presenciara uno de sus asesinatos, es que Erika escapó, gracias a ti, Ax. Quien mató a Jessa y retuvo a Erika ahora tiene precio puesto por el resto de la banda, a menos que la encuentre y la elimine. Piénsalo. Para ellos, es una chivata con patas.

—Mierda —soltó Gunner, pasándose los dedos por el pelo.

Jagg se volvió hacia Gage.

—¿Te acuerdas de Mickey Greco, el padre de acogida del tipo que fue a por tu chica, Niki, hace unas semanas? Hay un rastro de correos que lo vincula con ellos. Creemos que estaba intentando meterse en la cama con los V Negros.

Gage apretó los puños. El asunto le tocaba de cerca.

—Ese sótano tiene que ser una mina de pruebas de ADN. ¿Por qué no han pillado al tipo?

—Lleva tiempo. El equipo de la escena del crimen todavía está cribando la tierra, buscando cualquier cosa que pueda llevarlos hasta él.

—Espera un momento —dije, levantando una mano—. El FBI está en esto. ¿Por qué Erika no está bajo protección?

—Ya te lo he dicho, no hay pruebas suficientes para vincular el allanamiento de su casa con lo del sótano.

—Y una mierda —espeté.

Jagg levantó las manos: *lo sé.*

Me puse a dar vueltas por la habitación.

—¿Cuánto le falta al FBI para atraparlo?

—¿Te refieres al que va a por Erika en concreto?

—Sí.

Jagg soltó una risa.

—Van a por el pez gordo, Ax. Quieren al líder de los V Negros. Ya sabes cómo funciona esto.

—¿Y cuánto les falta para encontrar al pez gordo?

Jagg volvió a levantar el teléfono.

—¿Lo reconoces?

—El senador Inglewood.

—Exacto. El FBI tiene al senador bajo vigilancia secreta por sus presuntos contactos con los V.

—Estás de broma.

—No, esto va en serio. Tiene tentáculos. Creemos que los V se han infiltrado en los círculos más selectos del país, incluidos políticos. Pensamos que están metidos hasta en los ambientes más adinerados.

—¿Usando la cocaína?

—Así es como consiguen entrar, sí.

—¿El FBI cree que el senador Inglewood forma parte de los V Negros? ¿Que es un miembro de verdad?

—Es una línea de investigación que están siguiendo. Inglewood y muchos otros, incluidos altos ejecutivos de empresas del Fortune 500.

Me daba vueltas la cabeza. —Rescate, senadores, altos ejecutivos... la conexión es el dinero. La codicia. Uno de los siete pecados capitales. El dinero es la raíz de todos los males y también su perdición. Es una debilidad. Fácil de explotar.

—Para los V Negros, sí. Pero no es por eso por lo que recomendé a Filip que trajera a Erika aquí. —Jagg me clavó los ojos entrecerrados—. A quien está cazando a Erika no le importa el dinero, Ax. Le importa su propia vida. Si no consigue a Erika, los V

Negros no solo lo matarán a él, sino a toda su familia. Es un eslabón débil.

Se me encogió el estómago.

—Ax, este hombre cazará a Erika hasta su último aliento, porque si no lo hace, los V Negros se lo arrebatarán. Te enfrentas a alguien que se juega todo lo que tiene.

Cerré los ojos, intentando controlar el fuego que me ardía por dentro.

Si las dos últimas semanas habían demostrado algo, era que la voluntad de vivir era la fuerza más poderosa del mundo.

Y Erika Zajac estaba metida en un buen lío.

13

AXEL

Miré por la ventana a las cuatro siluetas recortadas contra el resplandor de las farolas. Celeste, Filip, Harrison y Erika, la diosa de mis sueños en los últimos cuatro días. Era deslumbrante. Piernas largas y esbeltas bajo unos Levi's gastados, caderas curvilíneas que se estrechaban en una cintura de avispa. Y ese cabello, una maraña de trenzas de oro blanco que quería enredar en mi puño mientras me la tiraba por detrás.

Contemplaba las montañas, fija en la última franja de luz posada sobre el horizonte. Se la veía fuerte, erguida, con los hombros hacia atrás. Controlada, salvo por los puños apretados contra esas caderas redondeadas.

Noté que no dejaba de recorrer las montañas con la mirada... ¿buscando algo?

¿A alguien?

Pero en lugar de preocupación, su expresión era resuelta. Decidida. Intrépida. Y la intrepidez era lo peor que podía pasar con un cliente.

Steele Shadows había atendido a varias socialités a lo largo de los años, con amenazas que iban desde exnovios obsesivos hasta asesinos en serie. Cada caso era diferente, pero las mujeres eran

todas iguales: niñas ricas y mimadas incapaces de tomar una decisión acertada ni aunque les fuera la vida en ello.

Erika se giró y, como un imán, me clavó la mirada a través de los cristales.

Y maldita sea si mi corazón no dio un pequeño vuelco.

Volvió a centrarse en su hermano Filip y en su socio, Harrison Reid, que salían al césped con Celeste a su lado. Enseñándoles el lugar, supuse.

Había algo detrás de la rivalidad infantil entre Erika y su hermano que no lograba identificar del todo. También me molestaba (y mucho) que Erika no creyera necesitar nuestros servicios, o bien que pensara que podía arreglárselas sola. No sabía qué era peor.

Entonces, ¿por qué estaba aquí? ¿Por qué había aceptado venir con su hermano, alguien a quien obviamente no soportaba, y recurrir a nosotros?

Las cosas no cuadraban y sabía que no me estaban contando todo, ni él ni ella, y eso no me gustaba nada.

Erika se giró y, de nuevo, nuestras miradas se cruzaron. Mechones rebeldes de cabello le bailaban sobre el rostro, mecidos por la brisa mientras nos mirábamos...

—¿Ax?

Aparté la mirada.

—Perdona, ¿qué?

Jagg lanzó una mirada fugaz a Erika antes de volver a centrarse en mí. Al detective no se le escapaba nada.

—Te decía que mi instinto me dice que esta chica está metida en un buen lío... pero que también es una baza.

—¿Una baza?

Asintió.

—Es testigo de un asesinato a sangre fría de los V Negros. Su testimonio podría desmantelar el grupo.

—Si sigue con vida.

—Si ayuda a atrapar al tipo que lo hizo.

—¿Adónde quieres llegar con esto, Jagg?

—Erika Zajac es la única que ha sobrevivido a un encuentro brutal con los V. La única que ha visto a uno y ha vivido para

contarlo.

—Espera. El informe policial dice que ella dijo que nunca llegó a verle bien la cara. Que nunca vio su rostro.

—Voces, Ax. Oyó su voz. Y no solo eso, puede que haya registrado más de lo que ella misma cree. Joder, tú sabes de sobra cómo funciona esto. Una víctima rescatada que ha estado sometida a estrés durante días puede ser incapaz de recordar nada hasta que se topa con algún detonante. Algo que le active la memoria. Ax, Erika podría ser el catalizador para hacer caer a toda una banda.

—Entonces, ¿qué? ¿Quieres que la lleve de vuelta al sótano? ¿A ver qué recuerda? ¿Qué me estás pidiendo?

Jagg metió la mano en el bolsillo y me entregó un papel. Sobre un fondo de brillantes colores otoñales se leía: Gala de la Cosecha de Otoño. Unas líneas más abajo decía:

El senador Inglewood le invita…

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Me estás jodiendo.

Noté que me ardía la cara de rabia.

—¿Quieres usarla de cebo?

Jagg adoptó una postura tan rígida como la mía. Exmiembro de los Navy SEAL, aquel hombre nunca se echaba atrás en una pelea, y tenía las cicatrices para demostrarlo.

—Relájate, Ax.

Su voz era calmada, pero con un tono de advertencia.

—Lo que digo es que es una oportunidad para activarle la memoria. Para hacer avanzar el caso. Para ayudar a atrapar a una banda peligrosa que no para de crecer. Sí, cabe la posibilidad de que haya miembros de los V Negros allí. De eso se trata precisamente. Es una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar.

—A costa de su vida, potencialmente.

Ladeó la cabeza.

—Se te está yendo la confianza, Ax. Estaría bajo tu protección.

—Tu manipulación calculada no funciona con este hermano Steele, Jagg. *El que está perdiendo facultades eres tú.*

Jagg suspiró y dio un paso atrás.

—Lo entiendo, Ax. Lo que no entiendo es lo que está sufriendo la familia de Jessa Watson. Lo que sufren tantos otros a manos de los V. Ese es mi trabajo, Ax. Ayudar a encontrar a estos tipos y llevarlos ante la justicia, y ayudar a que las familias que ni siquiera han empezado a recuperarse puedan pasar página. Sé que lo entiendes... especialmente ahora, Axel.

Bajé la mirada con el estómago revuelto. *¿Qué haría Feen? Si estuviera aquí, ¿qué haría Phoenix?* Lo sabía. Mi despiadado hermano mayor haría lo que hiciera falta para atrapar a un asesino.

—¿Erika siquiera sabe todo esto? ¿Sabe lo de los V Negros?

—No. Tanto ella como su hermano solo tienen información limitada. Sabe que esto forma parte de algo más grande, gracias a los interrogatorios del FBI. Sabe que hay otros homicidios relacionados y ha deducido que el senador Inglewood podría estar involucrado de algún modo. Eso es todo. Su hermano y yo fuimos quienes la convencimos de venir aquí.

—¿Qué pasa con el guardia de alquiler? —preguntó Gage—. ¿No puede él encargarse de esta mierda?

Jagg negó con la cabeza. —Filip lo contrató de una empresa de seguridad de mala muerte una hora después de recibir la llamada del rescate. No, ese tipo no puede con los V Negros. ¿Steele Shadows? —Me puso la mano en el hombro—. Probablemente su único adversario digno.

—¿Caballeros? —Celeste nos interrumpió con un tono forzado, como si le costara todo su orgullo dirigirse a nosotros de manera profesional. Filip y Harrison la siguieron hasta la sala, mientras Erika se quedaba rezagada en la entrada. Con la ceja arqueada, Celeste nos miró alternativamente a Jagg y a mí. La paciencia nunca había sido una de las virtudes de Celeste, especialmente cuando había un partido de playoffs en la tele.

—Hay algo más —dijo Filip, deteniéndose en la cabecera de la mesa.

Malditos «algo más».

—Quiero que Mack se quede con ella también.

—Ni hablar.

—No.

—De ninguna manera. Dijimos Gage, Gunner y yo al unísono.

—He pagado por sus servicios durante un mes.

—Si considera que Erika necesita protección adicional, podemos ofrecerle otras opciones, o puede buscar otra empresa, pero su guardaespaldas no se quedará en nuestras instalaciones.

Filip entrecerró los ojos; su paciencia también empezaba a agotarse. —Bien. Estará disponible si lo necesitan. —Filip consultó el reloj—. Vayamos al grano. ¿Aceptan a Erika o no?

—La acepta —dijo Jagg, acompañando a Filip y Harrison hacia la entrada antes de que pudiera darle un rodillazo en los huevos.

Me volví hacia Gunner, que dijo: —Aquí hay algo raro. Algo no cuadra. Alguien nos está ocultando algo.

—De acuerdo. Averigüemos lo que podamos sobre Filip, Renta, Harrison...

—¿Crees que su hermano ordenó que mataran a su propia hermana?

—Hermanastra, y no estoy diciendo eso. Solo digo que tenemos que examinarlo todo.

Gunner asintió, tan pensativo como yo.

—Y la empresa de Filip también. Zajac Investments.

Con el rabillo del ojo vi a Erika cruzando el vestíbulo.

Gunner se inclinó hacia mí. —Esto no me gusta, Ax. Ojo avizor. —Se dio la vuelta y pasó junto a ella mientras entraba en la sala como un tornado.

Erika se plantó delante de mí. —¿Me concede un momento, por favor?

Clavé la mirada en las motas azul intenso ocultas en sus iris.

—A mi hermano le gusta llevar la batuta, siempre ha sido así, y a mí me gusta dejarle creer que lo hace. Pero los dos sabemos que esta decisión es mía. Seré su clienta con una condición, señor Steele.

Quienquiera que fuese esta fierecilla, era lo opuesto a la mujer que me había escrito aquella carta dulce y sentida. Quizá se había

arrepentido. Diablos, quizá había decidido que no le caía bien después de pasar unos minutos conmigo. No podía culparla.

—¿Cuál es la condición, señorita Zajac?

—Voy a ir a esa fiesta esta noche.

Lancé una mirada a Jagg, que estaba cotilleando desde el vestíbulo.

—¿Qué fiesta?

—La Gala de la Cosecha de Otoño.

Apreté los dientes, deseando que me saliera fuego de los ojos para chamuscarle a Jagg el vello anormalmente largo de los brazos.

Ella chasqueó la lengua y recuperó mi atención al instante. —¿Y bien?

—Señorita Zajac, dadas las circunstancias...

—Dadas las circunstancias, lo más probable es que el asesino de Jessa esté en esa fiesta.

Culpa de superviviente. Erika la tenía, sin duda.

—Estará allí —alzó la barbilla—. Lo sé.

—Razón de más para mantenerse alejada, ¿no cree?

—No si lo reconozco. No si puedo señalarlo.

Eché un vistazo por encima de su hombro; Gunner y Celeste también fingían no estar escuchando.

—Voy a hacer esto con o sin usted, Axel.

Y lo haría. Vi la determinación en sus ojos. Esta mujer estaba empeñada en frustrar cualquier plan de mantenerse alejada del ojo público y, ya puestos, del peligro.

La ceja perfectamente perfilada de Erika se arqueó. Me estaba desafiando, y tuve la sensación de que la mayoría de los hombres a los que desafiaba no tardaban en rendirse ante ella.

—Axel...

—Ax.

—Ax... voy a ir, tanto si...

—Si va a esta fiesta por su cuenta, puede olvidarse de nuestra protección.

—Lo entiendo, por eso se lo estoy pidiendo. Escuche —cambió el peso de un pie a otro—. Creo que la amenaza sigue ahí, sí, y creo

que el allanamiento de mi casa estaba relacionado con el sótano. Entiendo por qué estoy aquí, a pesar de lo que usted piense.

—Es una pesadilla logística, Ax —murmuró Gunner desde la entrada, a lo que Erika respondió con frialdad:

—Mi funeral también lo será.

Apreté la mandíbula.

Ella continuó: —Puedo ayudar a atrapar a este tipo antes de que haga otra víctima.

La fulminé con la mirada mientras el nudo en el estómago se me apretaba. Erika no iba a ayudar a proteger a otra posible víctima.

Porque ella era la próxima víctima.

Pasé junto a ella. —Celeste. Apunta a Erika como clienta.

Celeste asintió y salió al vestíbulo.

—¿A qué hora es la dichosa fiesta? —murmuré mientras pasaba de largo junto a Jagg y empezaba a subir las escaleras.

—Dos horas.

—¡Celeste! Dile a Erika que la recojo en diez minutos.

—¿Para qué?

—Defensa personal.

—Ax, espera, venga, si acaba de llegar…

Apreté los dientes.

—¿En cuál, Celeste?

Oí su suspiro por encima del estruendo de mis botas.

—… Cabaña 2.

14

ERIKA

Tuve justo el tiempo suficiente para cambiarme de ropa antes de que Ax apareciera en la puerta de la Cabaña 2. Después de que mi hermano se marchara, satisfecho de que estuviera a buen recaudo, Celeste me había escoltado por un sendero iluminado y ajardinado hasta una pequeña hilera de cabañas apenas visibles entre los densos árboles. Me sorprendió lo acogedoras que eran. Había esperado un edificio de hojalata rodeado de trampas cazabobos y cables trampa. En cambio, encontré un lugar cálido y acogedor.

Después de guiarme por un sistema de seguridad que incluía un mando a distancia con más botones que un ordenador, un código de seguridad único y un collar SOS, Celeste se marchó con la advertencia de que Ax era extremadamente puntual, y una mirada que me decía que más me valía espabilar.

Siete minutos después, un fuerte golpe me sobresaltó: llamaron a la puerta, más bien como si la embistieran con un ariete. En lugar de esperar a que abriera, Ax volvió a su todoterreno, donde aguardaba impaciente a que me uniera a él para ir a un curso de defensa personal.

Conocía la reputación de los hermanos Steele de no mimar a sus clientes. Se tomaban su trabajo muy en serio, y según Celeste, mi

protección sería su máxima prioridad. Eso estaba bien, no había discusión al respecto, pero meterme en un curso de defensa personal diez minutos después de haber firmado el contrato me parecía un poco excesivo.

¿No podía una instalarse primero?

¿Era mucho pedir una copa?

Me puse una chaqueta ligera sobre la camiseta de tirantes rosa y los pantalones cortos de yoga —porque ¿qué te pones para una clase de defensa personal?— y me tomé un segundo para mirarme en el espejo y alisar la trenza que me caía sobre el hombro.

Ax ni siquiera me miró cuando subí al todoterreno. Estaba irritado y no se molestó en disimularlo.

Sabía que había sido osado por mi parte exigir asistir a una fiesta, y más osado aún darle un ultimátum a mi nuevo guardaespaldas. Pero seguramente no era la primera vez que una mujer le plantaba cara y le daba opciones entre las que elegir. Aunque, viendo a Ax ahora, con todo ese aire de chico malo y esos ojos capaces de derretir un glaciar, quizás las únicas opciones que había recibido en su vida eran «mi cama o la tuya».

Había pensado en Ax —soñado con él— innumerables veces desde que me sacaron del sótano, y admito que me molestó no recibir respuesta después de enviarle la tarjeta. Me aseguré de poner mi dirección de remitente en el sobre. Pensé que al menos recibiría un agradecimiento. Pero no me esperaba que me afectara tanto que no lo mencionara ahora que estábamos cara a cara. Nada. Ni una palabra.

Quizás nunca la recibió. Quizás le pareció una tontería.

Quizás la piedra que tanto significaba para mí estaba en el fondo de un barranco.

Me avergonzaba. Sentía como si hubiera expuesto un trozo de mi corazón y ya me lo hubieran rechazado. Me prometí que no lo mencionaría, a menos que él lo hiciera. Pero sabía que nunca lo olvidaría: el momento en que Axel Steele se arrodilló frente a mí en aquel sótano, todo sombras y destino, con ojos que prometían más que mi libertad. En el instante en que lo vi, algo se removió en lo más profundo de mí.

Parecía recién salido de una zona de guerra, con tierra, mugre y barro embadurnados en la cara, hojas secas esparcidas en el pelo, una ballesta colgando de una mochila casi invisible contra su ropa. Era enorme, con hombros anchos y macizos, brazos como cañones y piernas como troncos de árbol. En ese momento, era tanto bestia como hombre. A través de la mugre, sin embargo, aquellos brillantes ojos verdes resplandecían como esmeraldas, casi salvajes, clavándome en el sitio más que las cadenas de mis brazos y piernas. Nunca, jamás olvidaré ese momento.

No supe hasta el día siguiente que el hombre que me había salvado era Axel Steele, multimillonario exmarine de operaciones especiales reconvertido en empresario. (Básicamente, la fantasía erótica de cualquier mujer).

Pensé que nunca volvería a verlo.

Y entonces lo vi, y fue como si el mundo se hubiera inclinado sobre su eje.

Fue interesante ver al «Ax de Negocios» frente al «Ax Héroe», sentado a la cabecera de una mesa de juntas, sopesando si yo era lo suficientemente digna de sus servicios. Desprendía una embriagadora mezcla de autoridad y confianza en sí mismo tan sutil como una bomba nuclear, y una seguridad que hacía que todos en la sala lo miraran e hicieran exactamente lo que él decía. No alardeaba, no exhibía sus músculos, no acaparaba la conversación ni levantaba la voz. Ese no era Ax.

El respeto le llegaba fácilmente. De forma innata.

Conocía su tipo. Los hermanos Steele eran machos alfa esculpidos que habían pasado la vida luchando contra los malos y protegiendo a las mujeres. Eran alérgicos al compromiso con patas. Mujeriegos con patas.

Afrodisíacos con patas.

Si te iba ese rollo. ¿Yo? Caí redonda, de bruces en un charco de mi propia desesperación.

Por eso precisamente necesitaba centrarme en lo importante, y no en el trasero perfectamente formado de Ax. Porque tenía otras cosas en mente además de no meterme en líos.

Pasamos junto a una piscina olímpica, un patio con su propia cocina y televisores de pantalla plana. Después, una cancha de baloncesto, pistas de tenis y dos jaulas de combate tipo MMA. Todo iluminado contra la creciente oscuridad.

Era una guarida de soltero llevada al extremo.

Corrección: guarida de soltero multimillonario llevada al extremo.

El naranja intenso se desvanecía en un cielo oscuro donde las estrellas apenas comenzaban a titilar. Steele Shadows Security estaba en medio de la nada, en lo profundo de las montañas Ozark, con iluminación de seguridad y paisajística interminable que reflejaba los colores otoñales del entorno. Era distinto a todo lo que había visto.

Había oído que rara vez salían de su complejo, y ahora entendía por qué.

Ax se detuvo bajo un árbol, apagó el motor y bajó.

Supuse que debía seguirlo. También supuse que esa actitud desdeñosa hacia mí iba a sacarme de quicio en poco tiempo.

—¿Interior o exterior?

Estudié el gran edificio metálico sin ventanas y el ring de lucha enjaulado junto a él.

—Los dos parecen horribles.

—Interior entonces.

Ax se adelantó y empujó una gruesa puerta metálica; al otro lado me asaltaron la música rock a todo volumen y ese olor agrio a «gimnasio».

—Vaya.

Recorrí con la mirada la enorme sala: un suelo de hormigón interminable salpicado de rings de lucha, pesas libres, un circuito de obstáculos con pinta de cámara de tortura y máquinas que rivalizarían con cualquier gimnasio del Upper East Side de Nueva York. Tres tíos corpulentos como tanques estaban entrenando. Me llamó la atención un *« que te jodan»* en la esquina, donde dos tipos que no llevaban más que mallas de licra se enzarzaban en un combate cuerpo a cuerpo. Sin casco, sin protecciones, sin guantes, solo protectores bucales azul brillante.

Hay que proteger esos dientes. El cerebro no tanto, pero ¿los dientes? Indispensables.

—Toallas ahí, agua ahí —Ax señaló un estante contra la pared mientras bajaba el volumen de la música atronadora en un panel de botones parpadeantes y pantallas que mostraban varias vistas del gimnasio, tanto del interior como del exterior. El austero edificio metálico parecía un viejo garaje desde fuera, pero por dentro tenía todos los lujos de una nave espacial. Me pregunté si sería intencionado.

Me quedó claro que los hermanos Steele no escatimaban en gastos. En nada.

Ax pasó junto a mí y se dirigió al ring donde los animales estaban peleando. Lo seguí de nuevo. Observamos un rato, los dos hombres ajenos a nuestra presencia. Ambos estaban cachas —cachas de portada de revista masculina— y medían más de metro ochenta. Uno tenía el pelo oscuro y despeinado, con tatuajes amenazadores por todo el cuerpo; el otro iba bien afeitado, bronceado y reluciente de sudor.

Se me aceleró el pulso al verlos. Nunca me gustaron las peleas. Siempre me inquietaban, me revolvían un poco el estómago. Dado mi pasado, no era una reacción inesperada.

—¿Quiénes son estos tipos? —pregunté mientras uno le clavaba una rodilla en el estómago al otro.

—Parte de nuestro equipo.

—¿De Steele Shadows Security?

Un rápido asentimiento.

—¿Son guardaespaldas?

—Sí.

—Vaya. No sabía que tenías tantos empleados. ¿Todos encuentran trabajo aquí en Berry Springs?

—No. Entrenamos aquí, principalmente, y luego los enviamos a una de nuestras oficinas por todo el país.

—¿Cuántas oficinas tenéis?

—Unas cuantas. ¡Wolf! —gritó Ax por encima de la música, dándome a entender que nuestra conversación había terminado.

El bronceado echó un vistazo y el tatuado lo pilló con un gancho de derecha. Y vuelta a pelear.

Ax negó con la cabeza.

—¡Wolf!

Tatuaje inmovilizó a Ken y por fin se dio cuenta de que estábamos allí.

—Vaya, hola, jefe.

Tatuaje se acercó pavoneándose, sin apartar los ojos de mi cuerpo.

—¿Nueva?

Arqueé las cejas.

—Sí...

—Erika...

Ax y yo dijimos a la vez.

—Este es Wolf —Ax señaló al tipo tatuado con la cabeza—. Jefe de seguridad. Wolf, esta es Erika Zajac, una nueva clienta en la Cabaña 2.

—Buena cabaña.

Me recorrió el cuerpo con la mirada, deteniéndose en mis tatuajes. Testosterona a tope, supuse, o quizás un mujeriego descarado como todos los demás en Steele Shadows.

—Empezamos con defensa personal —dijo Ax, acercándose más a mí.

—Ah, bueno, has venido al lugar indicado —Wolf por fin miró a Ax—. ¿Dónde nos quieres?

—Espera... —me volví hacia Ax—. Pensé... ¿no vas a...?

—Wolf es uno de los mejores profesores de defensa personal que hay.

Miré la colchoneta, ahora vacía. Ken se había secado y se dirigía a las pesas libres.

—¿Qué pasa? ¿Te asusta un poco de sudor? —Wolf agarró una toalla y empezó a secarse—. Vale, me limpiaré y hasta puede que me ponga un caramelo de menta para ti —me guiñó un ojo.

—Qué amable —los nervios me atenazaron el estómago.

—Cuidado con sus muñecas y tobillos —le dijo Ax a Wolf.

—Están bien —dije.

—Muy bien —Ax señaló la colchoneta con la cabeza—. Vamos, cariño —levantó las barandillas acolchadas para mí.

—Vuelve a llamarme cariño y puede que te demuestre cuánta defensa personal ya sé —me deslicé bajo la barandilla.

Wolf se rio y le hizo un gesto con las cejas a Ax, que no parecía nada divertido.

15

ERIKA

Ax se quedó al margen, con el rostro duro, el cuerpo rígido, los brazos cruzados sobre el pecho, completamente concentrado en nosotros como lo haría un entrenador con su equipo. Me hacía sentir incómoda, como si me estuviera juzgando.

—Lección uno. Mantén la concentración en todo momento. ¿Entendido? —dijo Wolf mientras yo volvía a mirar a Ax, que tenía la mirada clavada en Wolf—. Nunca te distraigas.

Giré la cabeza hacia un fuerte estruendo al otro lado de la sala, y antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, perdí el equilibrio por el placaje que acababa de recibir. Se me cortó la respiración al estrellarme contra la lona, con un cuerpo pesado encima del mío. Todavía me daba vueltas la cabeza cuando Wolf se apartó y se puso de pie de un salto.

—¿Qué demonios ha sido eso? —Parpadeé, giré la cabeza hacia el Ken que se reía con sorna en la esquina y luego fulminé con la mirada al cuerpo que se cernía sobre mí.

Wolf se puso las manos en las caderas. —Nunca te distraigas, Erika. Estaba justo delante de ti, literalmente diciéndote que te concentraras, en medio de un ring cuyo único propósito es la pelea. Sabías que estabas aquí para entrenarte en defensa personal; sabías que algo iba a pasar, y no solo eso, soy un completo desconocido.

¿Por qué confiar en mí? Un ruidito y perdiste la concentración. Apartaste la mirada y te dieron una paliza.

Con un resoplido —y una mirada fulminante dirigida a Ax— me puse de pie.

—En cualquier escenario, especialmente si es nuevo, mantén siempre la concentración. Cuando estés corriendo, haciendo senderismo, en el aparcamiento, caminando de un edificio a otro, concentración total en el momento presente, todo el tiempo. Nada de móvil, nada. ¿Tengo tu completa atención ahora, señorita Zajac?

—Erika. Y total. —Entrecerré los ojos y me apoyé sobre las puntas de los pies.

—Bien. Vale, empecemos. Recuerda siempre que tienes múltiples armas mortales contigo en todo momento. Nunca estás sin un arma. Tú, Erika, eres letal.

Resoplé.

—No es broma. Piensa en tu cuerpo como un arma. Tus manos, brazos, piernas, pies, boca, dientes, cada parte de ti puede usarse de alguna manera para matar a tu atacante. Eres fuerte. Poder femenino, ¿verdad?

Ladeé la cabeza. —¿Por qué sonreíste cuando dijiste eso?

—Solo intento cabrearte.

—A estas alturas ya estoy más que cabreada.

—Bien. Usa eso, y usa tu cuerpo. ¿Vale?

Asentí, las mariposas en mi estómago convertidas ahora en una bandada de pájaros. Luché contra las ganas de volver a mirar a Ax. Maldito hombre. Me estaba robando la concentración.

Wolf se frotó las manos y estiró el cuello. —Vale, primero empezaremos con el escenario más común. —Caminó a mi alrededor. —Quieta.

Me quedé inmóvil.

Desapareció a mi espalda. —Digamos que has olvidado tu lección de concentración y estás charlando por el móvil como una idiota mientras caminas hacia tu coche, o vas corriendo ensimismada escuchando el último podcast de autoayuda…

—¿Porque solo las mujeres escuchan podcasts de autoayuda?

—Tú lo has dicho, no yo. En fin, te has despistado. Él lo ve y se aprovecha.

Dos cañones tatuados se envolvieron alrededor de mi torso y me inmovilizaron los brazos. —Ahora, te tengo bastante bien pillada, ¿no?

Así era, y resultaba aterrador.

—La clave aquí es usar lo que tienes. Cuando te agarran por detrás en un abrazo de oso, deja caer tu peso.

—Vale…

—… Ahora, Erika.

—Oh, eh, ¿ahora mismo?

—Sí, ahora mismo. Dobla las rodillas y déjate caer. Tu objetivo aquí es volverte más difícil de manejar, de mover, de llevarte. Dobla las rodillas, baja el culo y retuércete. Forcejea.

Hice lo que me indicaba y, efectivamente, sentí que su agarre empezaba a debilitarse.

—Ahora, ve a por mis pelotas. Lanza el talón hacia atrás.

Lancé el talón hacia atrás y me soltó.

Me giré. Wolf sonrió. —Me habrías dado. Buen trabajo.

—Gracias —chillé, notando cómo me subía la adrenalina.

—Quédate ahí. —Se colocó detrás de mí otra vez y me rodeó el cuello con el brazo.

—Da miedo, ¿eh?

Intenté asentir, pero tenía la cabeza inmovilizada.

—De nuevo, concentración. No dejes que el miedo te domine. ¿Qué arma tienes ahora mismo que puedas usar?

—Mis manos —dije con dificultad.

—Bien. Exacto. Imagina tus propias manos —tus armas— como ganchos de hierro que agarran las mías y las arrancan hacia abajo, lejos de ti. ¿Estás lista?

Su agarre empezó a apretarse alrededor de mi cuello, y el pecho empezó a oprimírseme. Eché un vistazo a Ax. Tenía los músculos del cuello tan tensos que se le marcaban bajo la piel. Una vena larga y gruesa le palpitaba en medio de la frente. Parecía una bomba a punto de detonar.

—Sí.

—Vale, adelante.

Mientras Wolf apretaba, dejé caer mi peso y empecé a arrancarle las manos; su agarre alrededor de mi cuello se fue aflojando. Me soltó y retrocedió.

—Buen trabajo.

Con el corazón latiéndome con fuerza, practicamos algunos otros escenarios de ataque por la espalda y noté que Ax había empezado a caminar de un lado a otro, como un tigre enjaulado. Su mirada era salvaje, iracunda. Aterradora.

—Ahora, túmbate.

Jadeando y sudorosa, fruncí el ceño. —¿Tumbarme?

—Esto es defensa personal, no una peli porno —Wolf ladeó la cabeza hasta encontrar mis ojos—. Aunque ahora mismo no suena nada mal.

Un gruñido grave junto al ring.

Wolf sonrió sin apartar la mirada de mí.

—Al suelo.

Me agaché sobre la colchoneta.

—Del todo.

Con el rabillo del ojo vi que Ax aceleraba el paso, yendo y viniendo cada vez más rápido. Al tumbarme boca arriba, le eché un vistazo. Ahora Ax tenía la atención puesta en Wolf, no en mí. Wolf no se dio cuenta o no le importó mientras se colocaba a horcajadas sobre mí. Intenté prestar atención a lo que decía, pero el calor empezó a subirme a las mejillas cuando su entrepierna presionó contra la mía. Con Ax observando desde fuera del ring, aquello parecía el prólogo de un trío erótico.

El corazón empezó a latirme desbocado mientras Wolf se inclinaba, diciendo algo de que mi cuerpo volvía a ser un arma, pero no podía oírlo con la sangre rugiendo en mis oídos.

Giré la cabeza buscando a Ax, que había desaparecido. Justo entonces, un destello desde un lateral y Wolf salió catapultado de encima de mí; su cuerpo voló por los aires. Jadeé, me incorporé y vi a Wolf y Ax rodar por el suelo entre puñetazos y patadas. Ax lo inmovilizó casi al instante y le rodeó el cuello con las manos a su

jefe de seguridad. La mirada hostil y salvaje de Ax me provocó un escalofrío en la espalda. Me miró y dijo:

—Por encima de todo —masculló con los dientes apretados—. Conoce siempre tu entorno.

Wolf se quitó a Ax de encima de un empujón, sonriendo, y arqueó una ceja.

—Creo que hemos terminado aquí, señorita Zajac.

Ignorándolo, Ax se acercó a zancadas y me ayudó a levantarme de la colchoneta con movimientos bruscos e irritados, sin mirarme a los ojos en ningún momento. No sabía qué decir.

Wolf se rio entre dientes mientras se alejaba.

—Ve a prepararte para tu fiesta —gruñó Ax mientras me lanzaba una toalla y salía del ring, aún sin mirarme—. Te recojo en treinta minutos.

—Pero no sé cómo volver...

—Yo la llevo —gritó Wolf por encima del hombro, riéndose.

—*No* —espetó Ax—. Celeste se encargará.

Vi a Ax salir disparado del edificio mientras Celeste entraba, preguntándome qué demonios acababa de pasar.

16

ERIKA

Sentía mariposas en el estómago mientras me recogía el pelo en un moño alto y suelto. No tenía tiempo ni paciencia para alisar aquel desastre ondulado y encrespado en que se había convertido tras mi clase de defensa personal. Así que me hice unas trencitas a los lados y lo recogí. Me puse unos pendientes, me retoqué el brillo de labios rojo y di un paso atrás para ver el resultado.

El maquillaje había cumplido bien su función: disimulaba las ojeras y los moretones que aún se desvanecían en mi barbilla desde que me caí en el sótano. Como sabía que asistiría a la gala pasara lo que pasara, había metido en la maleta un vestido largo y ajustado, de manga larga y color gris metálico, para ocultar las marcas de las muñecas y los tobillos, junto con unos tacones negros de quince centímetros.

Gris metálico, a juego con mi estado de ánimo. Sin espalda, para recordarles a todos que sabía defenderme sola.

Miré el reloj: las 19:04.

Veinte minutos.

Resoplé. No necesitaba veinte minutos para arreglarme. Nunca los había necesitado. Ese tipo de comportamiento egocéntrico era propio de mi madre y mis madrastras. Las tres. En su mundo, veinte

minutos era lo que tardaban en ponerse una sola pestaña postiza. De pequeña, los preparativos y el acicalamiento que tenían lugar a puerta cerrada en la finca Zajac llevaban horas y horas, y requerían a varios miembros del servicio, mientras yo permanecía escondida en mi habitación, cubierta de un arcoíris de colores, haciendo lo único que me hacía sentir… yo.

Inspiré hondo y luego solté el aire, intentando controlar la ansiedad que empezaba a apoderarse de mí. Cogí mi bolso Chanel y entré en el salón de la Cabaña 2.

Me detuve a contemplar los cuadros que colgaban de las gruesas paredes de troncos. Paisajes pintados con esmero, cada uno capaz de transportarte a un instante, con la visión del artista tan cuidadosamente plasmada que sentías que estabas allí. O que no deseabas otra cosa en el mundo que estar allí. Me atrajo uno de un amanecer, tan luminoso, tan lleno de la promesa y la esperanza de un nuevo día. No había firma en la parte inferior, y me propuse preguntarle a Celeste. Recorrí con el dedo los rayos de sol, donde dos pájaros azules se recortaban contra la luz.

Con un nudo en la garganta, me aparté y deambulé por el salón, deslizando los dedos por las paredes, luchando contra los recuerdos que amenazaban con paralizarme a cada minuto que pasaba. Los recuerdos que había intentado apartar con todas mis fuerzas durante los últimos trece años.

Volví a mirar el reloj: más mariposas, así que me dirigí a la cocina y encontré una buena botella de tinto encima de la nevera. La verdad es que en ese momento habría dado un trago de aguardiente con tal de calmar los nervios que me recorrían el cuerpo. Serví, di un sorbo y me apoyé en la encimera, preguntándome qué me depararía la noche.

Llámalo intuición femenina, pero sabía que mi captor estaría en esa fiesta. Siempre supe que volveríamos a vernos. Y con suerte, el cabrón estaría entre rejas para cuando se descorchara la última botella de Brut barato, y yo iría camino de casa.

Una victoria que llevaba trece años gestándose.

Di un largo trago y fijé la mirada en las estrellas que empezaban a titilar en el cielo.

Como un tráiler en bucle, los recuerdos se colaron en mi mente, igual que habían hecho a cada hora durante los últimos seis días.

—911, ¿cuál es su emergencia?

Parpadeé, paralizada por el shock, de pie en la entrada del callejón. El resplandor amarillo orina de la farola rota bañaba su cuerpo junto al contenedor de basura; su vestido azul, ahora empapado de sangre.

—¿Hola? 911, ¿cuál es su emergencia?

—Necesito ayuda —las palabras me salieron en un susurro entrecortado—. La han matado. La han matado. Necesito ayuda. Está muerta.

El teléfono se me cayó al suelo mientras el mundo giraba a mi alrededor.

—La han matado—

17

ERIKA

Las luces se reflejaban en las paredes, sacándome de mi pesadilla. Parpadeé para apartar las lágrimas y di otro trago de vino. Un rugido grave rompió el silencio cuando un Chevy con los cristales tintados se detuvo junto al porche y el motor se apagó.

Seis minutos de adelanto. No debería haberme sorprendido. Caminé hacia la puerta principal y empecé a trastear con una de las mil cerraduras que había a lo largo del marco, pero tras unos cuantos pitidos rápidos, las cerraduras se retrajeron a la vez y la puerta se abrió.

Ax se quedó paralizado, parpadeó, sus ojos esmeralda abriéndose de par en par al mirarme. Mi expresión era un espejo de la suya. El armario de metro noventa estaba plantado frente a mí con un traje de diseño azul marino, zapatos Oxford negros y corbata rosa. Su pelo, normalmente revuelto, estaba recién lavado, las puntas aún húmedas de la ducha. La barba, perfectamente recortada en una sombra incipiente. Limpio, elegante y enloquecedoramente sexy. Si Ax se sentía incómodo, no lo demostraba. El rudo exmarine estaba tan a gusto con su traje Gucci de diseño como con el uniforme de combate y las botas ATAC.

Era deslumbrante.

Me recorrió de pies a cabeza con la mirada, despacio, sin pudor alguno, cada centímetro de mi piel ardiendo bajo el calor de sus ojos.

El repentino acelerón de mi corazón me pilló desprevenida. Aparté la mirada y di un paso atrás.

—¿Quieres pasar?

Cerré la puerta tras él. Nos quedamos un momento, su mirada sobre mí como fuego.

—Así que, eh... —tartamudeé. La tensión sexual entre nosotros me había dejado fuera de juego.

—Necesito revisar la cabaña —dijo, pero volvió a vacilar, incapaz de apartar la mirada.

Me sonrojé.

—De acuerdo, adelante.

Cuando Ax se alejó, llevándose el calor consigo, solté el aire. Acababa de darme cuenta de lo mucho que me atraía.

Mierda. Esto no era bueno.

Lo observé mientras inspeccionaba puertas y ventanas, revisando meticulosamente cada rincón. Su mirada de halcón se detuvo en la copa de vino sobre la encimera de la cocina y luego se desplazó hacia mí.

Sonreí y me encogí de hombros con inocencia.

—Son más de las cinco.

—¿Está bien?

—¿El qué?

—El vino.

—Ah. Sí. Gracias.

Volvió a concentrarse en las paredes.

—Déjale una lista a Celeste con lo que necesites, ella lo conseguirá.

Fruncí el ceño. ¿Pensaba que porque no era una botella de vino de cien dólares no me iba a parecer aceptable? ¿De verdad me veía como una niña mimada de manual? Entonces caí en la cuenta. A Ax no le gustaba «mi tipo». Probablemente por eso nunca respondió a mi carta. No le interesaban las niñas ricas y consentidas. Lo que él no sabía era que yo era todo lo contrario a mi educación elitista.

Ax revisó la terraza, luego volvió a entrar e inspeccionó el marco de la puerta, junto a la hilera de cuadros.

Estudié tanto a mi guardaespaldas como los cuadros.

Al notarme, Ax miró por encima del hombro.

—¿Quién es el artista? —pregunté, fingiendo que mi atención solo había estado en el arte.

—¿Qué?

—Los cuadros de las paredes.

—Un artista local.

—Son preciosos.

Me miró un momento, con esa maldita mirada penetrante que me encendía por dentro, y luego pasó junto a mí y desapareció en el dormitorio. Lo seguí.

Después de revisar las ventanas, Ax entró en el baño y se quedó clavado en el sitio al ver un par de bragas de encaje asomando por un lado de mi maleta.

Sonreí con suficiencia. El tipo era capaz de desactivar un artefacto explosivo improvisado bajo fuego intenso, ¿pero un par de bragas? Lo dejaban paralizado.

—Son bragas —dije con una sonrisa—. Las mujeres las usamos debajo de la ropa.

—Las bragas me resultan familiares. Una sola maleta, no.

Me reí. Ax me lanzó un guiño devastadoramente sexy —mi corazón dio un vuelco— y luego rodeó la maleta para revisar la ventana detrás de la bañera con patas. Decidí que quería las dos cosas, a él y un baño de burbujas, en ese mismo instante.

¿Cuánto vino había tomado?

Revisó el armario.

—¿En serio? ¿De verdad solo tienes una maleta?

—El resto están en mi Maybach, con mis diamantes —me burlé —. Doce maletas en total, todas Louis Vuitton. Vintage.

—Los Chevys te llevan más allá del asfalto, las Samsonite te ayudan a quitarte esa espinita que llevas clavada.

—Estaba bromeando —entrecerré los ojos—. ¿Y qué espinita?

—La verde.

Dinero. Ax me calaba hasta el fondo, hasta la última inseguridad, y eso me hacía sentir muy vulnerable, lo cual me irritaba.

Pasó junto a mí con un arrogante *«Con permiso»* y se dirigió hacia el salón con paso chulesco.

Lo seguí.

—¿Tienes algún problema conmigo que yo desconozca? Señor Steele.

Bueno, el vino había hecho efecto.

—Es Ax.

—Axel.

—Solo Ax.

—Ax.

Miró el reloj.

—Tenemos que irnos.

—Espera —cogí mi copa de vino de la encimera—. Responde a mi pregunta. ¿Cuál es tu problema conmigo?

Llámame niña mimada. Te reto.

Dejó escapar un suspiro de sutil fastidio. —No habrá ningún problema siempre y cuando hagas lo que te diga, y no lo hagas, según el caso.

Lo miré por encima del borde de mi copa y me bebí el resto del vino de un trago. Porque podía. Y eran más de las cinco.

Me observó, nada impresionado por mi numerito infantil.

Dejé la copa y casi vomito.

Touché, universo, touché.

—¿Quieres que traiga la botella? —dijo impasible.

—¿Porque soy alcohólica como todos los ricos?

Volvió a mirar el reloj, recordándome que él estaba al mando y que no tenía tiempo para mis gilipolleces. —Antes de irnos, tenemos que hablar. Como decía, no tendremos ningún problema siempre y cuando hagas lo que te diga...

—Y no hagas...

—Exacto. Esta noche, en la fiesta, te quedas conmigo, pegada a mí, y Erika, nunca jamás te alejes de mi lado. ¿Entendido?

—Sí, entiendo.

—¿De verdad? Porque debes tener claro que firmaste un contrato por nuestros servicios, señorita Zajac. Y a riesgo de equivocarme, supongo que no eres de las que suelen acatar órdenes. De nadie.

Tragué saliva, sintiendo como si mi vestido se deshiciera partícula a partícula con cada una de sus palabras. No me gustaba que me calara con tanta precisión.

Continuó: —Mientras estés aquí, en Steele Shadows Security, acatarás órdenes. *Mis* órdenes. Si no lo haces, pasará una de dos cosas: o rescindimos tu contrato, o te vas por tu propio pie. ¿Entendido?

—Pensándolo mejor, Ax, trae esa botella de vino.

18

AXEL

Con una copa de vino tinto en la mano y una actitud a juego, Erika posó su palma en la mía y dejó que la ayudara a subir al asiento del copiloto de mi camioneta. Mis ojos se recrearon en la piel pálida y suave de su espalda desnuda, enmarcada por el vestido sin espalda. La curva de su espalda como una flecha que me guiaba hacia su trasero deliciosamente redondo.

Como si necesitara ayuda para localizar esas curvas.

Casi me la había tirado en el suelo de madera en cuanto abrió la puerta.

Erika era una visión capaz de poner de rodillas a cualquier hombre, pero solo cuando vi el atisbo de un tatuaje en su costado perdí toda noción del tiempo y el espacio.

Pecas, curvas, tatuajes.

Mierda.

Casi pierdo el control al ver a Wolf lanzarla por la colchoneta. El contacto de su piel con la de ella encendió un instinto protector en mí como una descarga eléctrica.

No era la primera vez que dábamos lecciones de defensa personal a nuestras clientas, pero sí la primera que casi combustiono por dentro mientras observaba. Nunca había reaccionado con tanta

hostilidad. Tanta posesividad. No soportaba la idea de que las manos de otro hombre tocaran a Erika. Me volvía violento.

Me estaba descolocando. Y estar descolocado no era normal para este hermano Steele.

Me deslicé detrás del volante, encendí las luces largas y enfilé el camino de salida.

—¿Quién es ese? —Erika se volvió hacia la camioneta negra que salía de un camino lateral.

—Mi hermano.

—¿El gemelo?

—No, Gunner.

—¿Qué hace?

—Nos acompaña.

Erika volvió a girarse, y me llegó el aroma de su perfume. Algo cítrico que me recordaba a arenas blancas y playas azul zafiro. Algo que me hacía imaginarla en bikini... y ese bikini en el suelo de mi habitación.

Bajé la ventanilla y redirigí mis pensamientos de adolescente calenturiento a donde debían estar: en asegurarme de que esta maldita fiesta saliera lo mejor posible.

—En cuanto lleguemos, darás una vuelta, intentarás observar a la mayor cantidad de gente posible para ver si reconoces a alguien, y nos largamos. Treinta minutos como mucho.

—¿Treinta minutos? No hablas en serio.

—Escucha, esta noche no se trata de socializar. Solo vas a comprobar si reconoces a alguien. En mi opinión, eso no debería llevarte ni treinta minutos.

—¿Has ido alguna vez a un baile de máscaras?

—¿De máscaras?

—Sí. —Metió la mano en su elegante bolso y sacó una máscara negra con —Dios me ayude— encaje negro y plumas doradas. Se la puso.

Se me hizo un nudo en la garganta del tamaño de una pelota de béisbol, casi tan grande como lo que se me estaba formando en los pantalones.

—La gente lleva máscaras en los bailes de máscaras.

Parpadeé. —¿Qué? ¿Cómo es que me entero ahora de este pequeño detalle?

—Porque sabía que vetarías la idea en cuanto te lo dijera.

—Y tendrías toda la razón, porque aunque demos por hecho que esté allí, ¿cómo vas a reconocerlo con media cara tapada?

—Precisamente por eso creo que es más probable que aparezca —dijo Erika quitándose la máscara—. Podrá cazar tras una máscara.

—Bien. —Apreté el volante con fuerza—. Necesito que seas totalmente sincera conmigo de ahora en adelante, ¿entendido?

Miró por la ventana, lo que confirmó todas mis sospechas de que esta mujer me estaba ocultando algo.

—¿Lo entiendes, Erika? Sincera. Con todo.

—Entendido.

—Muy bien, ahora háblame de tu hermanastro.

—¿Qué pasa con él?

—No soy psicólogo, pero no parece que vosotros dos tengáis la mejor relación.

Resopló y se tomó un momento para ordenar sus pensamientos. Definitivamente había más en esta historia.

—Tenemos el mismo padre, pero madres diferentes. Nací cuando Filip tenía doce años, y sinceramente, no creo que le cayera bien desde el primer día. Después de que mi madre se fuera, las cosas empeoraron, por decirlo de alguna manera. Creo que en la mente de Filip, yo era una huerfanita con la que se vio obligado a vivir. Papá empezó a preparar a Filip para hacerse cargo del negocio familiar en cuanto cumplió los dieciséis...

—¿Y tú?

—No tenía ningún interés en las finanzas. Créeme.

Esperé, deseando oír cuáles eran sus intereses. Me descubrí queriendo saber qué le gustaba escuchar, cuáles eran sus comidas favoritas, cómo le gustaba pasar los días de lluvia.

—Entonces —continuó—, me fui de casa a los dieciséis. Papá murió poco después, y Filip se hizo cargo de la empresa, trabajando codo con codo con Reid.

—Te has saltado algunas cosas.

Se encogió de hombros, de nuevo sin mirarme a los ojos. —Fui un poco rebelde, supongo.

—¿Adónde te fuiste?

—Con familia.

Su respuesta de una sola palabra estaba tan cargada como una ametralladora. Antes de que pudiera indagar, continuó: —En fin, después de que me fui, Filip y yo dejamos de hablarnos. Él se hizo cargo del negocio de papá, duplicó el tamaño de la empresa y todo fue maravilloso en el mundo.

—¿Y no aceptaste ningún puesto en la empresa?

—No. Fui a algunas fiestas. —Sonrió.

—Bueno, pues eso es todo.

—¿Qué pasa?

—Eclipsaste a todos. Por eso no le caes bien a tu hermano.

—Ja. Qué gracioso. Yo no eclipsé a nadie.

—Con un vestido así, seguro que sí.

Sonrió y se sonrojó.

Me gustó.

—Apuesto a que si hubieras prestado atención, habrías notado cuántos hombres te miraban.

—No con estos juanetes.

Arqueé las cejas.

—¿Juanetes, eh?

—Sí, horribles. Como nueces a los lados de los dedos gordos.

Sonreí al ver que una leve sonrisa también asomaba en sus labios. Aunque Erika tenía motivos de sobra para ser engreída, era autocrítica y, más bien, parecía luchar contra algún tipo de inseguridad muy arraigada. Una inseguridad que necesitaría mucho más que una botella de vino para salir a la luz.

—Bueno, a pesar de las bolas de bowling en tus pies, tu hermano no te habría convencido de venir con nosotros si no le importaras, ¿verdad?

—Me convenció el detective Jagger. A mi hermano solo le importa el negocio. Le aterra que el tipo me secuestre y le pidan otro rescate. No es por mí, es por el dinero, lo único que le importa a Filip.

—¿Cuánto tiempo lleva Harrison en la empresa?

—Desde el primer día.

Cruzamos un puente cubierto de un solo carril; el agua corría bajo él tras la lluvia reciente. El camino giró y serpenteó por un valle estrecho encajado entre dos montañas imponentes.

Erika se inclinó hacia delante y frunció el ceño ante el denso bosque que nos rodeaba.

—¿La gala se celebra en un hotel famoso tan apartado? Eso no…

Antes de que pudiera terminar, la camioneta tomó una curva cerrada que daba paso a farolas titilantes. El largo y empinado camino asfaltado estaba flanqueado por todos los coches de lujo imaginables, con el brillo plateado de la luna reflejándose en las carrocerías recién pintadas.

—Vaya.

Pasamos junto a un letrero de madera que decía Bienvenidos al Hotel Media Luna. Debajo, colgado: Cerrado, Evento Privado. Y más abajo, tres calabazas de Halloween con ojos redondos brillantes y colmillos.

—¿Qué es este lugar?

—Inquietante.

Con los ojos muy abiertos, Erika me miró mientras ascendíamos por la empinada ladera. Rodeado de kilómetros y kilómetros de bosque, el enorme y antiguo hotel apareció ante nosotros, con sus luces titilando en la oscuridad. La fachada tenía una entrada circular cubierta bajo columnas que se elevaban hasta un bar en el balcón del cuarto piso, donde gárgolas de piedra vigilaban la propiedad. Fardos de heno, espantapájaros y calabazas decoraban los escalones de la entrada, donde los más ricos de la zona se mezclaban con vestidos relucientes, copas de champán de tallo largo y elegantes máscaras que les cubrían el rostro. Las velas parpadeaban en las ventanas.

Inquietante, y muy apropiado para lo que nos esperaba esa noche.

Pasamos la entrada circular donde había un reluciente Cadillac Eldorado de 1959 aparcado.

—¿Adónde vas?

Frené cuesta abajo y, tras echar un vistazo rápido al retrovisor, giré hacia un aparcamiento con el cartel Aparcamiento de Empleados.

Erika miró por encima del hombro.

—¿Dónde está Gunner?

—Por ahí. Quédate.

Giró la cabeza bruscamente hacia mí, y oí obscenidades amortiguadas mientras yo cerraba la puerta. Sonreí al rodear el capó.

Abrió de golpe la puerta del copiloto.

—No soy un perro.

—Díselo a tus pies.

Eso le arrancó una risita.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Estás lista?

—Sí.

Erika enlazó su brazo con el mío, y sentí una oleada sorprendente de orgullo. Un orgullo que, me di cuenta, no había sentido en mucho tiempo. O quizás nunca. Erika no solo era hermosa; era su forma de moverse. Había en ella una elegancia discreta que, de algún modo, encajaba a la perfección con los intrincados tatuajes que le coloreaban la piel. Era diferente. Única.

Fascinante.

Empezamos a subir la colina.

—Recuerda, no te separes de mí. ¿Entendido?

—Sí —un suspiro exasperado—. Dios mío, que sí, Ax.

—Solo quiero asegurarme. Entiendes que no vamos de incógnito ni nada parecido. Que esto no es una operación encubierta superguay de película de espías de bajo presupuesto. Tú eres tú, yo soy tu acompañante, y estamos aquí con el único propósito de ver si algo te resulta familiar y puede darnos una pista en este caso. Eso es todo.

—¿Sabes que puedes ser un poco condescendiente?

Me detuve en seco y me volví hacia ella.

—Erika, no me ando con juegos cuando se trata de mi trabajo. Viniste a nosotros buscando protección, y aquí mando yo. Puedes

irte cuando quieras, pero hasta ese día, las decisiones las tomo yo. Y me tomo muy en serio este trabajo: protegerte.

—Deberías plantearte unas vacaciones. Unas vacaciones *largas*.

—Dios —murmuré, y pasándole el brazo por los hombros, tiré de ella para que caminara conmigo—. Vamos.

—No soy tan idiota como crees, Ax. No voy a entrar ahí a interrogar a todo el mundo. Pero tampoco voy a quedarme de brazos cruzados. Sé que puedo ayudar, y lo haré.

Vi ese destello combativo en sus ojos que ya había visto otras veces. Y no pude evitar preguntarme… ¿por qué? ¿Por qué no dejaba esto en manos de las autoridades? ¿Por qué estaba tan empeñada en encontrar a ese tipo ella misma?

Erika Zajac guardaba secretos.

Y yo necesitaba averiguar cuáles eran.

19

ERIKA

Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no agarrarme al brazo de Ax al entrar en el hotel. Me sentía como si me hubiera tomado diez cafés solos seguidos de tres tequilas. Una ansiedad terrible. Sabía que sentiría aprensión al saber que podría encontrarme cara a cara con el mal de mi pasado, y del presente, de hecho. Pero lo que no esperaba era sentir miedo. Ese miedo visceral, intenso y penetrante que amenazaba con paralizarme a cada paso. Y el hotel espeluznante no ayudaba en nada.

Recorrí con la mirada las máscaras; algunas se volvieron hacia mí mientras Ax garabateaba nuestros nombres en la hoja de registro.

¿Qué haría si lo veía?

Que Ax temiera que me volviera loca no estaba muy lejos de la verdad, pero algo me decía que, incluso si eso pasaba, si arruinaba esta «operación encubierta superguay», estaba en buena compañía. Vamos, estaba segura de que estaría a salvo hasta en el apocalipsis zombi con Ax a mi lado.

Así que respiré hondo, obligué a mis hombros a relajarse y dejé que mi mano colgara del antebrazo musculoso de Ax, imitando a las mujeres que iban del brazo de sus maridos… o de sus padres, vete tú a saber.

Una cosa era segura: todas las galas benéficas elegantes eran iguales, con la misma gente estirada, sus coches relucientes y sus risas enlatadas. Lo único diferente de esta fiesta era la ubicación. Era como si hubiera entrado en una película de terror de los años cincuenta. Era evidente que el hotel había sido renovado, pero los propietarios habían optado por mantener el mismo ambiente oscuro y anticuado, con muebles y accesorios antiguos por todas partes. Esta atmósfera inquietante se veía agravada por la cantidad de velas altas que proyectaban sombras oscuras en las paredes, como fantasmas que se mecían de un lado a otro. Al igual que en la entrada circular, más calabazas de Halloween con sonrisas malévolas, calabazas ornamentadas y follaje otoñal decoraban el vestíbulo.

—Oh, querido Axel, qué placer verte.

Una mujer con la cara llena de bótox —imposible determinar su edad— se acercó y extendió su brazo delicado y frágil. Una larga sarta de perlas le rodeaba las muñecas, a juego con las que llevaba en los dedos.

—Lamento mucho lo de tu hermano, y por supuesto lo de tu padre.

Alcé la vista hacia Ax, consciente del fallecimiento de su padre pero no del de su hermano.

—Gracias, señora Bluestein —respondió él. Su respuesta fue tan estoica como su postura—. Le presento a Erika Zajac.

—Dios mío, mira ese tatuaje.

Los ojos de la mujer se desviaron hacia la rosa de mi muñeca y apartó la mano. Se me escapó una media sonrisa ante su disgusto. Todos eran iguales. Compadecían a una joven que se había tatuado como si hubiera estado bajo los efectos de alguna droga psicodélica nueva, o la hubieran obligado a punta de pistola. Conocía a la señora Bluestein, una ama de casa de mente estrecha cuya idea de pasarlo bien era seguir a su personal por su mansión multimillonaria señalando cosas que podían «mejorar».

—Zajac… Qué apellido tan interesante tienes…

—Es polaco.

—Oh. Polaco.

Me miró de arriba abajo y arqueó una ceja.

—¿Y a qué te dedicas, señorita Zajac?

—Es mi novia a tiempo completo. Discúlpenos, señora Bluestein.

No pude evitar sonreír mientras Ax me alejaba de allí.

—Gracias.

Él inclinó la barbilla.

—Dinero rancio, mentalidad rancia.

Pasó un momento.

—Leí lo de tu padre, y lo siento. Pero, ¿tu hermano? ¿Qué…?

—Nos estamos ocupando de ello.

Fruncí el ceño. «Nos estamos ocupando de ello». Era una respuesta tan extraña que lo dejé pasar. Era evidente que no quería hablar del tema, y yo no quería presionarlo. La noche ya estaba bastante cargada de emoción.

No avanzamos ni diez pasos más antes de que nos interceptaran de nuevo. Por lo visto, Axel Steele era muy conocido en la comunidad. Recorrí con la mirada la multitud de máscaras, buscando el motivo de nuestra presencia allí. El silencio del sótano, el olor, los recuerdos que se materializaban en mi cabeza como una pesadilla borrosa.

Él estaba allí. Lo sabía.

Me volví hacia Ax, que había sido arrastrado a otro círculo de chismosos. Este, sin embargo, era un grupo de hombres y una mujer, todos enmascarados excepto uno. Observé cómo el hombre se centraba en Ax, con esa atención que apenas disimulaba el intento de hacerte creer que eras la única persona en la sala. La pose, el Rolex reluciente, la fluidez de su risa.

Un político, sin duda.

Y, como era de esperar, Ax le plantó cara.

—Erika —Ax se volvió hacia mí mientras me acercaba—. Te presento al senador Inglewood y a su esposa, Marianne, y al jefe de gabinete del senador, Antonio Pérez.

Se volvió hacia el senador.

—Esta es Erika Zajac.

Sentí un cosquilleo de nervios en el estómago. Me había enterado de que Inglewood estaba siendo «investigado» por una

posible conexión con el incidente.

Un escalofrío me recorrió la espalda como dedos helados. El mundo pareció detenerse a nuestro alrededor mientras nos estrechábamos la mano, y el corazón se me aceleró en el pecho. Pero fue la mirada sin rostro de su jefe de gabinete la que seguía atrayendo mi atención. Una máscara de lobo, negra, que le dejaba al descubierto la parte inferior del rostro. Piel tersa y bronceada, labios finos y curvados dirigidos directamente hacia mí. Mientras que Inglewood aparentaba sesenta y tantos años, el hombre enmascarado parecía mucho más joven, quizás cuarenta y pocos. Sus ojos se desviaron hacia Ax antes de volver a posarse en mí.

—Encantado de conocerla, señorita Zajac.

El senador Inglewood me soltó la mano. Un arañazo con costra en la base del pulgar me llamó la atención.

La mano de Ax se posó en la parte baja de mi espalda.

La esposa de Inglewood, toda ella perfección con su piel inmaculada y sus modales impecables, me estrechó la mano con delicadeza.

—Un placer conocerla, señorita Zajac.

—Igualmente.

—Entonces, dígame, ¿qué…?

El senador Inglewood interrumpió a su esposa y señaló los amplios ventanales.

—La fiesta está en la terraza trasera. ¿Vamos?

Marianne enlazó su brazo con el mío y me guio a través del vestíbulo, con Ax, el senador Inglewood y Antonio Pérez pisándonos los talones.

—Qué tiempo tan agradable hace, ¿verdad? —dijo—. Se espera lluvia en las próximas semanas. Mis crisantemos bien que la necesitan...

Mientras Marianne parloteaba sobre su jardín, salimos a la amplia terraza de piedra con vistas a unas colinas onduladas que se perdían en el bosque.

—Senador, Marianne...

—Disculpe, querida.

Asentí cuando Marianne se alejó junto con su marido y Pérez.

20

ERIKA

La fiesta estaba en pleno apogeo y la campaña de Inglewood no había escatimado en gastos.

Las estrellas centelleaban sobre docenas de guirnaldas de luces entrelazadas entre los robles que rodeaban la terraza. Mesas redondas con manteles blancos y velas a juego se repartían por el espacio. Una banda tocaba jazz suave en una esquina, junto a una barra bien surtida. Los camareros servían platos de exquisiteces de temporada y copas de champán. Los hombres alardeaban en sus trajes caros; las mujeres deslumbraban con sus vestidos de diseñador.

—¿Un martes normal en tu casa cuando eras pequeña? —me susurró Ax al oído.

—No, mi padre habría tenido más gente —bromeé.

—Por supuesto.

—¿Te fijaste en el corte en la mano de Inglewood?

Ax me guió hacia la esquina y se detuvo junto a la gruesa barandilla de piedra que bordeaba la terraza.

—Sí.

—Podría ser de Jessa, o incluso mío.

Ax se colocó entre la multitud y yo, arrinconándome. Tenía una vista completa de la fiesta, y a mí, bien protegida detrás de él. Cada

movimiento de Ax estaba calculado, cada giro de cabeza, todo centrado en mi protección. Y lo hacía con tanta facilidad, tanta gracia, que era casi imperceptible.

—¿Qué sabes de su jefe de gabinete? —pregunté.

—¿Aparte de su interés inmediato en ti?

—Exacto.

—Seguro que los federales están investigando todo lo que pueden sobre él, hasta la talla de su ropa interior.

—Me dio escalofríos.

—Se interesó en una mujer hermosa —lo dijo con un tono tan neutro y directo que me hizo preguntarme si era ridículo tomarlo como un cumplido—. ¿Te llamó la atención algo?

Me giré hacia la multitud.

—No. Todavía no.

Los esmóquines hacían imposible comprobar el tatuaje de la V negra que había visto en el antebrazo de mi captor. Las máscaras hacían imposible reconocer un perfil.

—¿Champán? —Una camarera rubia oxigenada con un vestido negro ceñido que apenas le cubría el trasero se acercó a Ax. Yo era invisible para ella. Noté el brillo en sus ojos mientras lo estudiaba, cómo se relamía sutilmente. La mujer se habría servido a sí misma en esa bandeja si hubiera podido, eso era obvio. Lo que no era obvio era si Ax se lo permitiría... o si ya lo había hecho.

Me entregó una copa y luego tomó una para él.

—Gracias —dijo.

La camarera le guiñó un ojo y se alejó, sin dignarse siquiera a mirarme.

—Salud —dijo, y chocamos las copas.

Lo observé por encima del borde de la copa mientras bebía. No culpaba a la camarera. Axel Steele era una fuerza imparable que dominaba ambos mundos mientras estaba allí plantado con su traje de diseñador, su barba incipiente y el cabello castaño lo suficientemente despeinado como para que todos supieran que le importaba un bledo. Una mezcla embriagadora de elegancia y rudeza. Si la rubia hubiera sabido de la pistola oculta en su cadera, se habría arrodillado allí mismo.

Me di cuenta entonces de que ni siquiera sabía si Ax tenía novia. O varias, ya puestos. Por supuesto que sí. Era imposible que un hombre con ese aspecto, con ese dinero, especializado en salvar damiselas en apuros, no tuviera mujeres en su cama.

De todos modos, daba igual.

Porque yo tenía mis propios secretos.

Miró su reloj.

—Nos quedan exactamente diecisiete minutos aquí.

—¿Tan mal lo estás pasando?

—Soy así de puntual.

—Neurótico.

—Metódico.

—Lo que digo es que podrías relajarte un poco. ¿No puedes al menos intentar disfrutar mientras estamos aquí?

Siguió recorriendo la terraza con la mirada.

—Por supuesto que no —negué con la cabeza y miré a la multitud—. Mira, allí, ese tipo. Máscara dorada con cuernos ridículos, traje de imitación, coleta, whisky con hielo mientras todos los demás beben champán, y un tabaco de mascar en la boca del tamaño de una nuez. *Ese* tipo sí sabe cómo relajarse.

El hombre de los cuernos dorados se giró hacia mí con una sonrisa en los labios.

—Parece que le gustaría relajarse contigo.

—Yo no bebo whisky.

—Tequila.

—¿Qué?

—Es tequila. No whisky.

—¿Cómo lo sabes?

—El color.

Entrecerré los ojos.

—Es marrón.

—El Babe Ruth de allí está bebiendo un tequila extra añejo, que se envejece durante más de tres años, lo que le da un color caramelo oscuro, y es una de las bebidas más caras de aquí.

—Eres una enciclopedia andante.

—Y no es un traje de imitación. Por el ligero fruncido en los hombros, diría que lleva un traje vintage italiano hecho a mano, solo disponible bajo pedido. Es un nuevo rico que quiere encajar, y se esfuerza al máximo para demostrarlo. Pero el tabaco en la boca me dice que aún no ha dejado atrás sus raíces sureñas, que creció en una caravana en medio del campo.

—¿Cómo sabes todas estas cosas?

—Es simple, Erika. Presto atención.

—Deberías poner esa atención en Jeopardy.

—Prefiero usarla para salvar la vida de alguien. —Me miró de reojo.

—Oh, touché, señor Steele.

La comisura de su labio se curvó.

Me apoyé en la barandilla y recorrí la multitud con la mirada por centésima vez. —Nada... No veo nada que me haga recordar una maldita cosa —murmuré.

—Deja de mirar a la gente.

—¿Qué? Para eso estamos aquí, a menos que me esté perdiendo algo...

—No, no me refiero a eso. Me refiero a que escuches a tu instinto cuando los mires.

Pensé en la sensación que tuve cuando el senador Inglewood me estrechó la mano.

Continuó: —Los seres humanos tenemos sistemas de seguridad innatos. El problema es que la mayoría no los usa. En lugar de eso, nos dejamos consumir por cualquier antojo, deseo o pecado que nos obsesione en ese momento. Ignoramos el sentido común. Lo veo constantemente con las víctimas.

—A veces está bien dejarse llevar, Ax. Quedarse despierto hasta tarde, tomarse una copa de más, llamar al trabajo para decir que estás enfermo y ver fútbol todo el día.

Negó con la cabeza. —Eso es exactamente lo que digo. Todo el mundo escucha a su ego, se deja llevar por él y desconecta su instinto de supervivencia más básico. Si a eso le sumas vivir en una sociedad donde dependemos de cosas falibles como la tecnología para que lo haga todo por nosotros, diablos, es un milagro que la

mayoría logremos cruzar la calle. —Me miró y luego volvió la vista hacia la multitud—. Ese día que fuiste de excursión por el sendero Red Rock. El día que encontraste la trampilla. Tu instinto te decía que no te acercaras, que no la abrieras, ¿verdad?

Bajé la mirada y recordé los nervios que me recorrieron al ver la puerta más allá de la roca. Recordaba los nervios incluso antes de entrar en el claro.

—Quizá no fue una voz en tu cabeza que te dijera claramente que volvieras, pero lo sentiste en el cuerpo. Probablemente en el estómago. ¿Me equivoco?

Asentí.

—¿Te gustaría saber por qué, Erika?

Di un sorbo. —Tengo la sensación de que me lo vas a decir de todas formas.

—El cuerpo humano se divide en dos sistemas, el simpático y el parasimpático. El simpático es el de lucha o huida. Así que cuando tienes una reacción inmediata a algo, ya te sientas asustada, nerviosa, aprensiva, emocionada, atraída o lo que sea, el sistema simpático libera adrenalina, que acelera el ritmo cardíaco y los niveles de glucosa, y aleja la sangre del intestino. Esa reducción del flujo sanguíneo es la sensación de mariposas en el estómago. En algunos casos, en situaciones de atracción o emoción, se libera dopamina y produce la misma sensación. Pero ese día, fue el miedo y el nerviosismo lo que te revolvió el estómago. —Bebió mientras entraba en su zona de confort, su verdadera zona de confort: una conversación intelectual. Aportar datos para respaldar una afirmación. Continuó.

—¿Esa sensación que sentiste justo antes de abrir la trampilla? Eso, eso, Erika, era tu instinto de supervivencia en acción. El sexto sentido de tu cuerpo que te gritaba. Pero ¿te detuviste? ¿Volviste atrás? —Me miró un momento—. No. Porque tu ego, la parte más poderosa y destructiva del cuerpo humano, te decía que satisficieras tu curiosidad. Dejaste que tu ego ignorante se apoderara de ti. Tu ego era más fuerte que tú.

Fue como un puñetazo en el estómago. Quería rebatirle, pero la verdad era que tenía razón.

—Presta atención, Erika. —Su mirada se clavó en la mía—. De ahora en adelante, tienes que estar más atenta. A dónde estás, adónde vas, a quién ves y con quién estás.

Había cautela en su tono, una advertencia que me hizo preguntarme qué me estaba ocultando.

Nuestros ojos se encontraron y la intensidad me revolvió el estómago. Sabía que no era solo el haber estado a punto de morir lo que activaba mi sistema simpático, sino también un hombre llamado Axel Steele. Mi reacción al hombre que tenía al lado era tan poderosa como cuando mi vida corría peligro. Era un pensamiento desconcertante, perturbador.

Y en ese momento supe que estaba metida en un lío.

Como si me leyera el pensamiento, dejó la copa de champán y me tomó la mano.

El pulso se me aceleró por la dopamina que inundaba mi sistema (por lo visto).

Me alejó de la barandilla.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Dijiste que necesitaba relajarme. —Me llevó a la pista de baile.

—No. No, yo no bailo, Ax. —Mis ojos se desviaron hacia las elegantes parejas que se mecían con gracia al ritmo de la banda de jazz—. Y además, dijiste que la prioridad número uno de la seguridad personal es no perder nunca de vista el objetivo...

Me hizo girar con una fuerza que me dejó la cabeza dando vueltas. Su mano atrapó la mía, la levantó y atrajo mi cuerpo hacia el suyo. Nuestros cuerpos chocaron y el aliento se me escapó de los labios con un gemido. Me miró desde arriba, a centímetros de mi cara. El corazón me dio un vuelco mientras lo miraba, indefensa ante su agarre, indefensa ante esos ojos, indefensa ante lo que me hacía sentir entre sus brazos.

—Dije que no perdiera nunca la concentración. —Sus caderas se apretaron contra las mías—. Y esta noche eres mía.

Su agarre se intensificó mientras me hacía girar y nos dejamos llevar por un ritmo que seguía la música. Me guiaba con la soltura y confianza de alguien que había pasado toda su vida llevando mujeres por una pista de baile. Era otra sorpresa más del rudo

leñador que había pasado la mayor parte de su vida cazando a los más buscados de Estados Unidos.

Él guiaba, yo seguía, y le dejé que me hiciera girar por la pista como si lo hubiéramos hecho un millón de veces. Nos miramos a los ojos mientras el calor de su contacto me recorría como rayos de sol bajo sus dedos.

Mi mirada se desvió hacia sus labios. Quizá fue el champán, o las docenas de luces titilantes que se reflejaban en esos ojos tormentosos, pero en ese momento lo único que quería era besarlo. Que él me besara.

Mis ojos se encontraron con los suyos y no cabía duda de que me había leído el pensamiento.

Mariposas, mientras se inclinaba.

Cerré los ojos.

Y entonces...

¡Crack!

Los cuerpos cayeron al suelo a nuestro alrededor entre alaridos y gritos caóticos. Se me cortó la respiración cuando mi cuerpo golpeó el suelo de la terraza mientras otro disparo retumbaba en el aire. El cuerpo de Ax cubrió el mío mientras todo entraba y salía de cámara lenta. El pilar de piedra que se hacía añicos a centímetros de mi cabeza, los disparos que resonaban por el bosque. Los gritos, Dios mío, los gritos.

Y el charco de sangre caliente que empapaba el suelo debajo de mí.

21

ERIKA

—¿Estás herida?

Parpadeé, tratando de enfocar a Ax; sus palabras llegaban y se desvanecían como si lo oyera desde debajo del agua.

Sentí sus palmas acunando mis mejillas mientras poco a poco recuperaba la consciencia.

Los gritos habían cesado. A mi alrededor había movimiento, gemidos y sollozos, pero los gritos se habían disipado junto con los disparos. Una quietud se apoderó de nosotros, un silencio espeluznante que nunca, jamás olvidaré.

—Erika —la voz de Ax sonaba desesperada—. Necesito que me respondas. ¿Estás herida?

Mis dedos se movieron en la sangre tibia que se extendía sobre el suelo de piedra bajo mi cuerpo. Al ver que no podía pronunciar palabra, Ax me revisó frenéticamente.

Lo que había sucedido me golpeó de pronto, como un mazazo.

Alguien nos había disparado —*a mí*.

Y entonces, como una fuerza imparable, comenzó el ataque de pánico.

Pulmones constreñidos. Corazón desbocado. Calor. Tanto calor, como si alguien hubiera derramado gasolina sobre mi piel y

encendido una cerilla.

El pulso se me disparó en el pecho, junto con la sensación repentina de asfixia; el oxígeno a mi alrededor era demasiado escaso para mis jadeos. Luego, claustrofobia por estar inmovilizada contra el suelo.

—Quítate de encima —logré decir, abrumada por el pánico—. ¡Quítate de encima! —grité, golpeando y pateando a Ax presa de una histeria desenfrenada. En lugar de apartarse, me sujetó los brazos a cada lado de la cabeza, clavándome con la mirada con más fuerza que con el agarre de mis muñecas.

—Respira —exigió.

Me retorcí contra él, sacudiéndome como un animal.

—Para. Mírame, cariño. Erika. Mírame.

Sus palabras fueron como una luz en la oscuridad. El sudor me rodaba por la cara mientras intentaba obligar a mi mente a concentrarse en él.

—Mírame, cariño, estoy aquí mismo.

Entrecerré los ojos ante la borrosidad; mi mirada saltaba de un lado a otro por la hilera de luces sobre nosotros.

—¡Mírame!

Mis ojos por fin encontraron los suyos.

—Bien. Respira. Ahora, respira, Erika.

Tomé aire con un temblor, las lágrimas a punto de brotar.

—Exhala… Buena chica, otra vez, mírame.

Respiramos juntos, con los ojos fijos el uno en el otro; yo, en una especie de estado semiconsciente mientras Ax me guiaba a través de la neblina. Lo sentí: el poder de su calma, el consuelo de su voz, la fuerza de saber que estaba completamente a salvo debajo de él.

Juntos respiramos como uno solo.

Mi pulso comenzó a calmarse; el sudor sobre mi piel empezaba a enfriarse.

La intensidad de su rostro se suavizó. —Buena chica. Buena chica. Sigue respirando.

Oí la voz de Gunner, débil, como si saliera de una caja de hojalata.

Ax se llevó el dedo a un auricular que ni siquiera había notado que llevaba. —Diez cuatro, veinte segundos. —Se volvió hacia mí—. Bien, necesito sacarte de aquí, ¿de acuerdo?

Inhalé y asentí.

—Bien. —Miró a izquierda y derecha y luego volvió a concentrarse en mí—. Quiero que mantengas los ojos arriba y al frente, ¿entiendes? *No* mires alrededor. *No* mires hacia abajo. ¿Entendido?

—Sí.

—A la de tres, nos levantamos y corremos como alma que lleva el diablo. Me seguirás, ¿entiendes?

—Sí —asentí febrilmente—. Sí.

—Bien. —Sonrió—. Puedes con esto, cariño. Vamos a sacarte de aquí.

El corazón se me aceleró de nuevo.

Ax debió de verlo en mi cara porque dijo: —Erika. Necesito que te quedes conmigo ahora mismo. A la de tres. Uno… —Se levantó de encima de mí—. Dos… —sus manos me agarraron los hombros—. Tres. —Me levantó del suelo como si fuera un muñeco de trapo. Nos lanzamos hacia un lado; el cuerpo de Ax me protegía mientras cruzábamos la terraza a toda velocidad.

Había cuerpos por todas partes. Me fijé en los ojos inexpresivos de una mujer; la sangre serpenteaba desde su cuerpo hasta donde había estado el mío. La sangre que había debajo de mí era suya.

El tirador había errado el tiro.

Tropecé con el vestido.

—Quédate conmigo, Erika. —Ax me atrajo hacia él y prácticamente me lanzó fuera de la terraza hacia una acera estrecha que bordeaba el lateral del hotel. Las sirenas aullaban a lo lejos, y de nuevo noté lo inquietantemente silencioso que estaba todo a mi alrededor salvo por eso. Era como si los animales del bosque hubieran dejado de moverse, como si la brisa se hubiera detenido. El mundo se había parado, dejando solo el peso inconmensurable de la tragedia suspendido como una manta espesa en el aire.

Ax avanzaba a mi lado, tirando de mí como si hubiera recorrido esa ruta mil veces.

Una pequeña luz me hizo fijarme en una camioneta frente a nosotros que ni siquiera había visto. La puerta se abrió y me empujaron dentro, seguida de Ax.

—¿La han alcanzado? —preguntó Gunner con calma mientras los neumáticos lanzaban piedras al aire.

—No.

Me guiaron el cuerpo hacia el suelo y me empujaron la cabeza sobre el regazo de Ax.

—Toma el paso sur —dijo Ax, igualando el tono calmado de su hermano.

Gunner aceleró y, tras un fuerte *estallido* seguido del sonido de una cadena arrastrándose por el costado de la camioneta, descendimos hacia el bosque después de atravesar una verja. Las sirenas chillaban en el aire a nuestra espalda.

Me aferré a las piernas de Ax; mi cuerpo se sacudía con cada bache mientras mi mente intentaba encajar las piezas de lo que acababa de suceder.

—¿Lo viste? —le preguntó Ax a su hermano mientras me acariciaba la cabeza.

—No. Estaba al suroeste, en algún lugar del bosque. Probablemente un acantilado o un risco. Por el eco, diría que a unos cien metros.

—De acuerdo. Una mira nocturna...

—Sin duda. ¿Cuántos cuerpos?

—Dos. Uno en el estómago, el otro en el torso.

Se me cayó el alma a los pies. Pillé a Gunner mirándome de reojo.

Dos cuerpos.

Dos cuerpos *más*.

Un minuto después, nos detuvimos.

—Nos vemos en la casa.

—Gracias, hermano.

Ax abrió la puerta y me agarró la mano. Mientras me ayudaba a bajar de la camioneta, yo no apartaba la vista de donde veníamos.

Dos cuerpos más*.*

La sangre me hervía, con planes dándome vueltas en la cabeza, demasiados, y ninguno que cuajara. Miré a mi alrededor intentando orientarme. Estábamos en medio de la nada, rodeados de pinos altísimos y maleza espesa que se perdía en la oscuridad de la noche. Sin carretera, sin voces, sin sirenas, sin gritos. Solo la camioneta negra de Ax, casi invisible entre los arbustos.

—¿Cómo...? ¿Cuándo moviste la camioneta?

—Yo no —recorrió el bosque con la mirada mientras me hablaba —. Fue Gunner. Sube.

Después de cerrarme la puerta, se deslizó tras el volante. La camioneta cobró vida con un rugido sordo y, con solo las luces de posición como guía, nos adentramos en el bosque. Ramitas y ramas arañaban el costado de su camioneta nueva. Ni se inmutó. Salvo por la mandíbula apretada y alguna mirada al retrovisor, estaba en otra parte, con la mente a mil por hora, igual que yo.

—¿Quiénes eran? ¿Los dos? —pregunté con la voz temblorosa por la adrenalina.

—Un hombre que bailaba con la mujer a nuestra izquierda. Y la mujer, Doris White, que bailaba con su marido, con quien llevaba cuarenta y tres años casada, a nuestra derecha.

—¿Las dos personas que recibieron los disparos estaban justo a cada lado de nosotros?

—Sí.

—Yo era el objetivo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces entenderás por qué tengo que hacer lo que tengo que hacer —puse la mano en la manija—. Para. Para la camioneta. Tengo que volver. Voy a volver...

—Ni se te ocurra —la advertencia furiosa vino acompañada del clic del seguro.

—Ax...

—Mi trabajo es protegerte. Todo lo demás viene en segundo lugar.

—Ax, no lo entiendes, déjame...

—Pues explícamelo, Erika. ¿Qué es lo que no entiendo? —cuando no respondí, añadió—: La policía está allí y han movilizado todos los

recursos disponibles. Lo encontrarán.

Resoplé y miré por la ventana, con el asco, el desdén y el desprecio por la pasma revolviéndome las tripas. Ax no tenía ni idea de cuánto me habían fallado la policía y «todos los recursos disponibles» en el pasado.

Y esto iba a terminar.

Esta noche.

Tras un bache fuerte, salimos del bosque a un camino de tierra estrecho. Unas nubes densas habían tapado la luna y la noche era negra como la tinta. Encendió las luces.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de la cabaña.

Ax se salió del camino, giró a la izquierda, luego rápidamente a la derecha, y el bosque se abrió a un pequeño claro donde la Cabaña 2 se alzaba al fondo, iluminada por una luz dorada en el porche y luces tenues en el interior. Se detuvo y aparcó.

—Voy a volver —le informé.

—Has perdido la cabeza —salió de la camioneta y dio un portazo.

Yo salí de la mía.

—Entra en la cabaña, Erika —estaba a mi lado en un instante, pero no porque quisiera, sino porque me cubría del bosque que teníamos detrás. Me aparté.

—Voy a volver a ese hotel, Ax. Ya van tres muertes relacionadas con esto. Jessa, y ahora esas dos pobres personas que bailaban a nuestro lado —giré casi tan rápido como mi mente—. ¿Dónde está mi coche?

Me agarró el brazo.

—Suéltame —espeté—. ¿Dónde está mi coche...?

Antes de que pudiera terminar, me levantó en volandas y me echó sobre su hombro. La cabeza me rebotó contra su espalda y el vestido se me subió por los muslos.

—¡Ay! Eso dolió.

—Qué pena.

—¡Bájame! —forcejeé contra él como un mapache en una trampa, inútilmente—. ¿Dónde está mi coche?

—Tu Tahoe está en nuestro garaje y las llaves en nuestra caja fuerte.

—Llévame. Ahora. Las quiero.

—No —subió los escalones de la cabaña pisando fuerte.

Tras unos pitidos, la puerta se abrió. Mis pies golpearon el suelo con un ruido sordo, lo que me cabreó aún más.

—Escucha, Ax, no pienso quedarme aquí retenida. Es mi decisión. No tuya, no de mi hermano, de nadie más que mía —entrecerré los ojos y acorté la distancia entre nosotros—. Si no me llevas a por mi coche, volveré al hotel andando —lo aparté de un empujón y salí por la puerta.

—Erika.

Su voz retumbó en el silencio, y el tono atronador me erizó el vello de la nuca. Mi instinto fue detenerme, pero me obligué a seguir caminando.

¿Qué demonios estaba haciendo? Los dos sabíamos que no iba a volver caminando al hotel con un vestido de noche y tacones de quince centímetros. Solo sabía que me sentía atrapada, encadenada, y que, fiel a mi naturaleza, quería huir.

Huir, huir, huir, como siempre hacía.

No lo vi, no lo oí, pero de repente supe con certeza que Ax estaba justo detrás de mí.

—Vete. Déjame en paz —me adentré en el bosque dando pisotones, como una niña pequeña en plena rabieta—. Vete.

—¿Quieres cruzar las montañas caminando en mitad de la noche? Adelante. Pero si lo haces, tienes que entender que estarás sola. Yo me retiro.

Me detuve.

—Me. Retiro —repitió, frío como el hielo.

Me di la vuelta. Ax no era más que una silueta oscura frente a mí, un contorno amenazante recortado contra las luces de la cabaña. Apenas se distinguía el blanco de sus ojos, pero la hostilidad era palpable.

—¿Te retiras?

—Así es. He terminado. Tus llaves estarán en el contacto cuando vuelvas.

Parpadeé. —De acuerdo, entonces. Eso es todo. Y me parece bien.

Había sobrevivido toda mi vida sin la ayuda de ningún hombre, y desde luego podía volver a hacerlo. Me di la vuelta y me alejé, abriéndome paso entre la maleza.

Pasó un minuto entero.

Finalmente...

—*¡Maldita sea!* Su grito resonó por el bosque—. Para, Erika. Para y date la vuelta.

Cuando lo hice, estaba allí, de nuevo, a cinco centímetros de mí, con la furia ardiendo en sus ojos.

—No estoy de humor para esto, y no pienso aguantar tus niñerías, Erika. Volverás a la cabaña, o te llevaré yo mismo a rastras.

Empecé a decir algo, pero me cortó.

—No. Camina.

—¿Por qué? ¿Por qué no me dejas marchar?

La dureza de su mandíbula se perfilaba a la luz de la luna mientras me miraba fijamente.

—Porque, Erika, te están cazando.

Y esa era precisamente la cuestión.

Solo que él no lo sabía.

22

ERIKA

Ax recorrió la habitación, comprobando metódicamente las ventanas, las cerraduras —por segunda vez esa noche— mientras me contaba todo sobre los Black Vs para convencerme del lío en el que realmente me había metido.

Lo que él ignoraba era que yo ya lo sabía todo.

Y también ignoraba que la venganza es mucho más poderosa que el dinero y el poder.

Un trueno retumbó a lo lejos.

—¿Por qué no me lo contaste desde el principio? —pregunté mientras me quitaba los tacones.

—No necesitabas saberlo. Tenía que entender mejor a qué nos enfrentábamos antes de contarte toda la historia. Ahora la conoces y necesito que saques la cabeza del culo y te des cuenta de que la amenaza es real. Que entiendas que las decisiones del día a día recaen en mí, y siempre van en tu beneficio. Llevo toda la vida haciendo esto. Necesito que lo aceptes.

Asentí. Entendía perfectamente lo que significaba prepararte toda la vida para algo.

—Ahora, Erika… —Sus ojos se entrecerraron—. Ahora necesito saber qué *me estás* ocultando *tú a mí.*

Se me formó un nudo en la garganta y me obligué a no apartar la mirada.

—No sé de qué hablas —mentí.

—No me vengas con esas.

23

AXEL

La observé cambiar el peso del cuerpo, la sutil contracción de su mandíbula. El esfuerzo que hacía por mantener el contacto visual. Si esto no daba frutos, al menos tendría que darle a Erika una lección sobre cómo engañar a un detector de mentiras. Pero algo iba a salir de esta conversación, porque no pensaba irme hasta que Erika Zajac me contara lo que me estaba ocultando.

Finalmente, echó la cabeza hacia atrás y exhaló.

—¿Qué quieres saber?

Saqué una botella de vodka del armario.

—Todo —dije, y la puse delante de ella.

—¿Porque el vodka es la llave que abre los secretos polacos?

—Deja de irte por las ramas.

Su rostro se relajó y, tras tomarse un chupito sin inmutarse, me pasó la botella. Hice lo mismo y casi lo escupí en el fregadero. Nunca entendí el atractivo de un licor que sabe a alcohol de farmacia.

Una vez cumplido ese ritual de camaradería, comenzó.

—Sabes que me fui de casa de mi padre a los dieciséis. Pues me mudé con mi abuela, la madre de mi padre, que lo había traído a Estados Unidos cuando era un bebé.

—¿Dónde está tu madre?

Resoplé.

—En una villa en el sur de Francia. Se divorció de mi padre cuando él se hizo rico, se quedó con la mitad de su dinero y se largó del país. A mí me dejó atrás.

—Eso tuvo que dejarte marcada.

Me encogí de hombros.

—La verdad es que no. Mi abuela era mi madre. Yo la llamaba Baba —el cariño brilló en sus ojos—. Recuerdo que, incluso siendo tan pequeña, me contaba historias de Polonia y de sus primeras visitas a Estados Unidos. Decía que era la tierra de las oportunidades. Es curioso crecer aquí y ver a la gente faltarle el respeto a la bandera estadounidense y a todo lo que representa, cuando tanta gente sueña con vivir en este país.

Por desgracia, yo conocía ambas caras de esa moneda. Conocía la belleza y las oportunidades del país. Pero toda fantasía tiene un lado oscuro, un mal, y como director de la NSA, mi padre había visto más que suficiente corrupción interna y había perdido la vida por ello. Sí, lo sabía todo sobre el Sueño Americano y sobre los secretos que este mataría por proteger.

Erika continuó:

—Mi abuela y mi padre se distanciaron cuando él empezó a ganar dinero. Había cambiado. Lo había visto con mis propios ojos. Se convirtió en un hombre de negocios codicioso y manipulador. Baba nunca aceptó ni un céntimo de él. La respetaba muchísimo. Así que, a pesar de mis dieciséis años de vida lujosa y mimada, cuando me mudé con Baba, descubrí lo que era ser pobre. La madre de un rico empresario —que nunca habría tenido las oportunidades que tuvo si ella no hubiera hecho sacrificios por él— vivía en un apartamento de una sola habitación sin aire acondicionado ni televisión por cable, y apenas con qué comer. Fue un shock, como poco. Pero salimos adelante, y éramos felices. Cuando me mudé, Baba trabajaba en un supermercado durante el día y de camarera por las noches. Un año después, había ahorrado lo suficiente para abrir su propio restaurante —una sonrisa suavizó su rostro. Estaba orgullosa de su abuela, la única figura femenina en su vida, por lo visto—. Yo era cocinera y camarera en el restaurante cada segundo

que no estaba en el instituto. Baba siempre intentaba que me tomara tiempo libre, que descansara. Siempre me decía que aprovechara el momento. Todo lo que tenemos es el ahora, decía. Vive cada día al máximo. Y lo hacía. A mi manera. A la suya.

—¿Y tu hermano?

—Habíamos dejado de hablarnos. Éramos Baba y yo, luchando por llegar a fin de mes, mientras papá y Filip se dedicaban a comprar yates. Y me daba igual. Me encantaba. Me encantaba la sensación de trabajar duro por lo que conseguías. Eso te llena de orgullo. Por fin sentí que valía algo, irónicamente. Era feliz —su rostro se ensombreció—. Hasta el día que cambió nuestras vidas para siempre.

Quería separarme de la encimera, cogerle la mano durante el resto de lo que sabía que iba a ser una historia terrible. Pero intuía que eso no era lo que ella quería. Necesitaba desahogarse.

Se tomó otro chupito de vodka.

—Estábamos cerrando el restaurante una noche, el veintidós de abril para ser exactos. La parte trasera del edificio daba a un callejón largo que llevaba a un pequeño tramo de bosque. Era cerca de medianoche, y —entrecerró los ojos e inclinó la cabeza hacia el techo mientras los recuerdos se la llevaban lejos— había luna llena, un millón de estrellas en el cielo. Recuerdo fijarme en lo grande que era, apreciarla, sentirme agradecida —negó con la cabeza y bajó la mirada—. Entonces recuerdo que tres tipos que salieron de la nada captaron mi atención. Supe de inmediato que estábamos en peligro.

—Tu sexto sentido.

—Supongo que sí. Agarré a Baba del brazo. Había algo en su forma de caminar, una especie de andar chulesco con los ojos clavados en nosotras. Ahora que lo pienso, creo que esperaron a que saliéramos. Y entonces se pusieron pasamontañas negros —tragó saliva—. Tiré de Baba, pensando que podríamos llegar a la calle, pero nos alcanzaron —se le quebró la voz y las mejillas empezaron a enrojecérsele—. Nunca lo olvidaré, Ax, nunca lo olvidaré. Baba se volvió hacia mí con la mirada más dulce y tierna en los ojos. Ahora que lo pienso, creo que sabía lo que estaba a punto de pasar. Se quitó del dedo un anillo que siempre llevaba. Lo llamaba su anillo del

pájaro azul. Tenía tres piedrecitas azules en la parte de arriba. Me lo puso en la palma de la mano. Guarda esto siempre, dijo. Es un pedazo de mí, de tus raíces. Siempre estoy contigo —a Erika le tembló el labio y se me hizo un nudo en el estómago—. Baba me cogió la cara, acunándome las mejillas entre sus manos, y dijo: tienes una vida larga y hermosa por delante. Estaré ahí contigo. Me haces tan feliz, mi niña. Siempre estoy contigo —las lágrimas le corrían por las mejillas y caían sobre el terciopelo gris de su vestido —. Entonces me dijo que corriera a la comisaría, a unas manzanas de allí. Recuerdo que me apretó la cara con más fuerza, el pánico de repente en sus ojos. Me eché a llorar en ese momento. Me dijo que corriera otra vez, mientras ellos la agarraban, y lo hice. Pero no sin antes ver el brazo de uno de los tipos, y la V negra tatuada en él — Erika se tapó la boca con la mano y miró por la ventana. Ya no estaba en la habitación conmigo, estaba allí, de vuelta a aquella noche—. Corrí —susurró—. Llorando a mares y aferrándome a ese anillo. Estaba casi en la calle cuando me di cuenta de que llevaba el móvil encima. Me paré, marqué el número de emergencias y, no sé por qué, volví corriendo al callejón…

Se tapó la cara con las manos y rompió a sollozar sin control, como si se hubiera desbordado un dique. Me di cuenta de que era algo de lo que nunca hablaba. Lo mantenía encerrado en lo más profundo de su alma, y solo se manifestaba de formas que probablemente ni ella misma percibía. Dios, cómo la entendía.

Me aparté del mostrador, la estreché entre mis brazos y la dejé llorar contra mi pecho mientras le acariciaba el pelo.

Levantó la cabeza. El dolor en sus ojos era comparable al de mis hermanos cuando veían caer a sus compañeros en el campo de batalla.

—Lo vi... —Se le quebró la voz al dejar salir todo aquello—. Vi su cuerpo sin vida.

Se aferró a mi camisa, tirando de ella, y empezó a gritar. Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras la estrechaba con fuerza, deseando arrancarle la furia y hacerla mía. Apretó mi camisa y me golpeó el pecho con los puños. Luego vinieron las respiraciones cortas y ásperas, seguidas de jadeos.

Lo reconocí al instante. Estaba a punto de sufrir otro ataque de pánico.

—Tranquila, cariño —le susurré al oído—. No dejes que te atrape. Estás bien, respira hondo. —La guié hasta el frío suelo de la cocina y me senté a su lado—. Inhala —susurré, guiándola—. Exhala... eso es... otra vez. —Le doblé las piernas y le apoyé las plantas de los pies en el suelo—. Pon la cabeza entre las piernas. Respira. Concéntrate en la respiración. Estoy aquí contigo.

Le acaricié la espalda desnuda; su piel ardía al tacto. Cerré los ojos y respiré con ella, deseando que su cuerpo se relajara.

Inhala, respiramos juntos, *exhala.* Una y otra vez, hasta que, finalmente, la habitación quedó en silencio.

La punta de mi dedo recorrió su columna hasta el suave terciopelo de sus caderas. Era tan pequeña, tan vulnerable. Tan indefensa en ese momento.

Cruda.

Hermosa.

Tan, tan hermosa.

Finalmente, Erika levantó la cabeza; el rubor había desaparecido y una palidez exhausta le cubría las mejillas. Me miró, tan triste, tan hermosa, y con los labios fruncidos y un leve asentimiento, me dio las gracias a su manera. Sonreí, bajé la barbilla, y allí nos quedamos sentados en el suelo de la cocina, dos cascarones de seres humanos que en otro tiempo no podían haber sido más opuestos. En otro tiempo, nada más que una atracción superficial, de las que se ven en cualquier revista, en cualquier película. Ahora, sin embargo, había un entendimiento profundo, un respeto, un desgarro de la armadura que ambos habíamos construido a nuestro alrededor. Una conexión entre nosotros, un vínculo sobrenatural. Lo sentí en lo más hondo de mi alma. Y me sacudió hasta la médula.

Cogí el vodka del mostrador y se lo pasé. Dio un sorbo y me lo devolvió.

Lo dejé a un lado.

—¿Mejor? —Le acaricié la espalda.

Asintió.

Pasó un minuto.

—¿Cuánto tiempo llevas con los ataques de pánico? —pregunté.

—Desde entonces.

Asentí y esperé. Esperé el resto de la historia porque sabía que no había terminado.

—Esa noche les conté a los policías todo, cada detalle que podía recordar.

—¿Qué dijeron?

—¿Sobre el tatuaje de la V? Absolutamente nada. Bastaron unos segundos de búsqueda para descubrir que el tatuaje estaba asociado con la despiadada pandilla conocida como los V Negros. Volví a la comisaría y se lo dije, y me respondieron —textualmente— «lo investigaremos». Esto fue justo después de enterarme de que habían tardado demasiado en conseguir la grabación de la cámara de la calle que lo había grabado todo. Las imágenes se habían sobrescrito. Se borran y se vuelven a grabar cada cuarenta y ocho horas. —Le brillaron los ojos de rabia—. Esperaron dos días para hacer algo tan simple como conseguir las imágenes de seguridad. Si lo hubieran hecho, lo más probable es que los cabrones que mataron a Baba hubieran sido atrapados.

—¿Cómo supiste lo de la cámara?

Arqueó una ceja. —Pregunté por ahí.

—Investigaste por tu cuenta.

—Tienes toda la razón, Ax. Nadie más lo estaba haciendo, así que decidí ocuparme yo misma.

La entendía perfectamente. Era exactamente lo que mis hermanos y yo estábamos haciendo con la muerte de nuestro padre, y mira lo que le pasó a Feen por eso.

No podía dejar que le pasara a Erika también. No podía dejar que le pasara a la mujer que me había cautivado desde el momento en que la vi. El hermoso, terco y exasperante enigma que era Erika Zajac. La mujer de la que estaba seguro que me estaba enamorando. Mi chica con el tatuaje de Casiopea.

Mi. Chica.

—Lo consideraron un robo que salió mal —continuó—. Y ya está. Fue la comidilla durante una semana, y luego mi abuela y sus

asesinos cayeron en el olvido, junto con todos los demás casos sin resolver que se archivaban para pasar al siguiente.

—¿Y luego qué? ¿Qué hiciste entonces?

—Reabrí el restaurante. Hacía de gerente, cocinera y camarera, todo a la vez. Me dejé la piel. —Sonrió—. Baba habría estado orgullosa.

—¿Y tu padre? ¿Tu hermano?

—Los vi en el funeral. Eso fue todo.

—¿Se implicaron en la investigación como tú?

—No. —Exhaló—. Luego, la vida siguió. Yo seguí, día tras día intentando olvidar, intentando sacarme las imágenes de la cabeza. Intentando dormir una sola noche sin pesadillas. Descubrí que los «sofocos» que había empezado a tener se llamaban ansiedad. Descubrí que los momentos en que sentía que me ahogaba se llamaban ataques de pánico. Siempre me he culpado por no hacer nada, por no luchar aquella noche. Por no ir tras ellos yo misma. —Soltó una risa amarga—. No te imaginas cuántas fantasías he tenido sobre qué haría si volviera a encontrarme cara a cara con ese tipo.

—Nada más que una masa informe, ¿eh?

Una sonrisa perversa le asomó a los labios. —Una bola de masa sin polla.

Sonreí.

—En fin, mi vida había cambiado, y aquella noche horrible fue quedando atrás, poco a poco, hasta hace seis días —me miró—. Por una retorcida jugada del destino, me he vuelto a cruzar con los V Negros, y, Ax, no pienso dejar escapar esta oportunidad.

—Erika —me incliné hacia ella mientras la desesperación me aceleraba el pulso—. No puedes hacer esto. Y además, ¿de verdad crees que es el mismo tipo? ¿El que mató a Baba es el mismo que te encerró en el sótano?

—Era el mismo tatuaje, en el antebrazo. Es todo lo que sé, y es todo lo que necesito saber. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —respondí con sinceridad. Suspiré—. ¿Dónde está el anillo? El del pájaro azul que te dio tu abuela.

—Desapareció —siseó con los dientes apretados—. Quien entró en mi casa el otro día se lo llevó. Son ellos. Los V Negros me están

cazando... —Sus ojos se entrecerraron y un escalofrío me recorrió la piel. Se me hizo un nudo en el estómago. Conocía esa mirada. La había visto en el rostro de cada uno de mis hermanos.

Venganza.

—Erika, escucha —le puse las manos sobre las suyas en un intento desesperado de mantenerla con los pies en la tierra. De evitar que hiciera lo que estaba escrito en su rostro: una misión kamikaze para vengarse del único amor que le habían arrebatado. No podía creer la ironía. Ella *era* Phoenix.

La imagen de él en la cama del hospital, con drenajes y vías intravenosas saliéndole del cuerpo, me cruzó por la mente. Se me revolvió el estómago.

—No, Erika. No puedes hacer esto. No puedes ir a lo loco disparando a diestro y siniestro. Con estos tipos no se juega, ¿entiendes? Si vas a por ellos, no vuelves...

—Me da igual, Ax —escupió con veneno desde sus labios rojos.

—¡A mí sí me importa! ¡Maldita sea, me importa! —Mi voz retumbó contra las paredes.

Aparté la mirada, me levanté del suelo y empecé a dar vueltas por la habitación. —Entiendo que no confíes en la policía, Erika, lo entiendo más de lo que crees, créeme. Pero dale tiempo —era lo único que se me ocurría para frenar su maldita misión kamikaze—. Mientras tanto, me aseguraré de que no te pase nada. Pero necesito que me dejes.

Pasó un instante.

Me miró.

—Es mi cruz, Ax.

—No —caí de rodillas y le sujeté la barbilla—. Es nuestra.

Y supe, sin ninguna duda, que lo decía en serio.

24

ERIKA

Después de que Ax me levantara del suelo, me preparó un baño con aceites esenciales y velas, y dijo que estaría «vigilándome» durante la noche. Tras recordarme que no saliera, se desvaneció entre las sombras fuera de mi cabaña.

Llevaba una hora en remojo en la bañera, terminándome la botella de vodka. Por desgracia, después de dos ataques de pánico en un día, de que me dispararan y de revivir el momento más devastador de mi vida, seguía inquieta, daba igual cuánto aceite de lavanda me embadurnara en el cuerpo o cuánto alcohol bebiera.

Pasé las siguientes horas dando vueltas por la cabaña en un intento desesperado de liberar esa energía nerviosa. Pensé en salir a correr a medianoche, pero supuse que no llegaría ni a tres metros antes de que un hermano Steele me placara y me esposara a la cabecera de la cama, lo cual, con el vodka encima, no sonaba nada mal.

En algún momento después de medianoche, me obligué a acostarme, solo para seguir fantaseando con Axel Steele y un par de esposas relucientes. Allí estaba tumbada, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, mis pensamientos incoherentes oscilando entre el asesinato y fantasías sobre cómo estaría Ax desnudo.

Un vaivén vertiginoso de pensamientos.

A pesar de lo rápido que crecían mis sentimientos por Ax, debía recordarme que tenía un objetivo.

Un objetivo que merecía toda mi concentración, toda mi atención.

Me habían dado una segunda oportunidad de acabar con el grupo responsable de la muerte de mi abuela, y nada, ni siquiera unos abdominales de acero —juego de palabras intencionado— y un par de hipnotizantes ojos color esmeralda iban a frenarme.

Una oportunidad. Y la iba a aprovechar.

Vi el reloj pasar de las 6:59 a las 7:00. *Por fin.* Aparté las sábanas de un tirón, con la energía frustrada de quien lleva horas mirando el reloj.

Con mi largo camisón de seda —mi favorito— me calcé las pantuflas rosas y mullidas, fui hasta el salón y me quedé clavada en el sitio.

Un rayo de sol matutino se colaba en el salón en penumbra, derramándose alrededor de un caballete de madera, un lienzo y una silla. En el suelo, junto a ellos, había varias cajas llenas de pintura.

—Dios mío —susurré boquiabierta.

Recorrí el salón con la mirada y luego corrí a la cocina. Ni rastro de Ax.

Giré sobre mis talones y volví al caballete con una sonrisa de oreja a oreja. En toda mi vida, nunca había sentido una liberación como cuando pintaba. Nada —ninguna pastilla, ninguna copa, ningún maratón— me aliviaba la ansiedad como pintar.

Era exactamente lo que necesitaba.

Estaba eufórica.

Pasé el dedo por los bordes mientras los colores ya empezaban a tomar forma en mi mente sobre el lienzo. Rebosaba creatividad, con una necesidad imperiosa de desahogarme.

Lo había colocado frente a las ventanas, con vistas a un paisaje montañoso digno de su propio marco. Admiré el naranja brillante, el amarillo y el fucsia intenso que ascendían desde el horizonte.

Después, como atraída por un imán, bajé la mirada hacia una silueta frente a la línea de árboles.

Ax.

Una calidez me inundó el pecho con solo verlo, un cosquilleo de felicidad que no había sentido en mucho tiempo.

Quizás nunca.

Lo vi levantar el hacha y, con un chasquido, partir un tronco enorme en dos. Tal como en mi fantasía de macho alfa de la noche anterior, llevaba una camisa de franela roja sobre una camiseta gris. Vaqueros sucios, botas militares y una SIG al cinto.

Salí a la terraza; el aire fresco y vigorizante de la mañana era como un chute de café.

Levantó la vista, la luz iluminándole el rostro, una sonrisa asomando a sus labios.

Le devolví la sonrisa y apoyé las manos en la barandilla.

—¿Quién corta leña a las siete de la mañana?

—¿Quién duerme con eso puesto?

Sonreí y lo vi partir un último tronco y clavar el hacha en el tocón. Tras secarse el sudor de la frente, cruzó el césped y alzó la vista hacia mí, allá arriba en mi balcón de princesa.

—Buenos días.

—Ya lo creo. Ax, ¿cómo lo supiste? Y más importante aún, ¿cómo lo metiste sin que me enterara?

—El sigilo es lo mío.

—Operaciones especiales, claro —dije. La idea de Ax moviéndose sigilosamente por la cabaña durante mis escasas horas de descanso debería haberme inquietado. Pero tuvo el efecto contrario: me reconfortó. *Él* me reconfortaba. Y mi enamoramiento crecía exponencialmente a cada minuto.

Me incliné sobre la barandilla, deseando acortar los tres metros que nos separaban.

—En serio, ¿cómo lo supiste?

Su mirada bajó a mi pecho, que se desbordaba del camisón, y una oleada de deseo me recorrió.

—¿Puedo subir? —preguntó, con un brillo ardiente en esos ojos verdes.

—Por supuesto.

Quité el cerrojo de la puerta, corrí a la cocina y puse la cafetera. Luego me lancé al baño y me cepillé los dientes con el ímpetu de quien no ha visto un cepillo en años. Me pasé los dedos por el pelo mientras se abría la puerta. Tras echarme un último vistazo y decidir que tendría que valer, salí al salón, donde Ax estaba apilando leña en una rejilla de hierro junto a la chimenea. Olía a aire fresco y cedro.

Sentí un cosquilleo en el estómago.

—¿Vas a encender fuego?

—Almacenando para el invierno.

—¿Cortáis vuestra propia leña?

Me lanzó una mirada de extrañeza. Porque ¿por qué no iban a hacerlo? Pues claro que los hermanos Steele cortaban su propia leña. Seguro que también vivían de la tierra y bebían de los arroyos.

—La casa principal es un sumidero de energía —continuó—. Cuesta mucho calentarla. Usamos las chimeneas todo lo que podemos.

Porque nada era más reconfortante que un fuego crepitante en una fría noche de invierno. Y de repente, no deseaba nada más en el mundo. Eso. Con él, en el sofá.

—¿Te gusta? —Se aclaró la garganta y se levantó.

—Me encanta —dije, volviendo la vista al caballete—. No puedo creer... O sea, ¿cómo supiste que pintaba?

—Bueno, estaba la camiseta de la Mona Lisa que llevabas cuando llegaste, el tatuaje de La noche estrellada en el brazo y el bolso de Los nenúfares que tenías en el baño. Da Vinci, Van Gogh, Monet... Zajac. —Me guiñó un ojo.

El corazón se me hinchó de emoción. —¿Te fijaste en todo eso?

—Hay que prestar atención, ¿recuerdas?

—Solo parte del trabajo, ¿eh?

Le brillaron los ojos. —Sí. Eso es todo. Parte del trabajo.

Ambos sabíamos que mentía. Había algo especial entre nosotros.

La cafetera sonó y me arrancó de aquella electricidad que chisporroteaba entre nosotros.

—¿Quieres? —pregunté.

Su mirada bajó hasta mi pecho. —Más que nada.

Se me encendieron las mejillas mientras me apartaba un mechón de pelo detrás de la oreja. Me hacía sentir como una colegiala.

Cogí dos tazas del armario y las llené.

—¿Leche?

—Solo.

Le di la suya, rodeé la mía con ambas manos y me apoyé en la encimera. —Entonces, ¿a qué hora te colaste en mi cabaña?

Dio un sorbo mientras me observaba por encima del borde. —Te acostaste tarde, señorita Zajac.

Arqueé una ceja. —¿Me estabas vigilando?

—Mi trabajo.

—Minucioso.

—Entrenado.

El teléfono que llevaba en la cadera sonó. Miró el reloj y luego a mí.

—¿Cómo estás? ¿Esta mañana? —preguntó, ignorando el teléfono.

—Es... —Negué con la cabeza y miré por la ventana—. Mucho.

—Lo sé. —Dio otro sorbo y añadió—: El detective Jagger tiene previsto venir esta mañana para hablar contigo sobre lo de anoche, junto con una agente del FBI llamada Olivia Mackenzie.

—Me lo imaginaba. Estoy lista.

—Escucha, quiero que les cuentes todo. Lo del tatuaje de la V que viste en el brazo del hombre que atacó a tu abuela, incluso lo que piensas sobre cómo te fallaron las fuerzas del orden en el pasado. *Todo.*

Se me hizo un nudo en el estómago.

Me observó un instante y luego dijo: —Tengo que ir al pueblo esta mañana, y hay varias cosas que debo hacer hoy.

—¿Además de cortar leña?

—Exacto. —Volvió a mirar el reloj—. Celeste llegará en tres minutos para llevarte a correr.

—¿Llevarme a correr?

Asintió.

—Puedo ir sola, muchas gracias.

—No me cabe duda de que puedes, pero hoy te va a acompañar ella...

Abrí la boca...

—No es negociable, Erika. Vas a ir y Celeste irá contigo. Fin de la discusión.

—Intentas mantenerme ocupada.

—Estar ocupada le viene bien a una mente acelerada.

—Quizá no quiera correr.

—Quizá tengas que practicar más eso de mentir.

Sonreí. —Vale. De acuerdo. Pero ¿cómo sabes que soy corredora?

Me recorrió el cuerpo lentamente con la mirada, cada centímetro, con el calor de mil soles.

—Déjame adivinar: porque recuerdas que estaba corriendo cuando encontré el sótano, y las zapatillas en mi bolsa...

—Prestar...

—Atención. Entendido.

Me guiñó un ojo y miró el reloj por tercera vez. Ax tenía que irse a algún sitio, pero algo le impedía salir por la puerta.

Miré por encima del hombro hacia el caballete, que ahora resplandecía con la primera luz del amanecer, y luego volví a mirarlo a él. Estaba claro que intentaba mantenerme ocupada, y no sabía si era para evitar que fuera a cazar a los V Negros por mi cuenta o para que no tuviera otro ataque de pánico cuando él no estuviera cerca... o quizá ambas cosas.

—Una caminata por el bosque, luego pintar... Intentaré relajarme, lo prometo.

No dijo nada, solo me sostuvo la mirada.

—¿Y si no funciona? —pregunté.

—Entonces tengo otra idea.

Con esa insinuación, dejó el café, cruzó la habitación y me besó en la frente. Cuando se apartó, me quedé con la piel hormigueante y el estómago dándome vuelcos.

—Pórtate bien —dijo mientras cruzaba la cabaña. Y como para confirmar la infalible puntualidad de Ax, Celeste enfiló el camino de entrada justo cuando él salía por la puerta principal.

25

AXEL

Antiséptico y lejía. El olor era como un puñetazo en la cara cada vez que atravesaba las puertas correderas de cristal. Me recibían una pared de aire gélido y una mujer sollozando con la cabeza hundida en el pecho de su marido.

Odiaba los hospitales. No era solo el olor y la comida, era esa desesperación pegajosa que flotaba en el aire como una manta gruesa y húmeda.

Mis hermanos y yo éramos de los que se lo arreglaban todo solos, una noción grabada a fuego desde la primera vez que nuestro padre le pidió a Phoenix que le cosiera la ceja después de que una rama le cayera encima un día de invierno. Sin ningún tipo de formación médica, nuestro padre guió con calma a mi hermano para que le suturara una herida abierta en su propia cabeza. Una semana después, mientras cortaba leña, golpeé un nudo en un tronco, el hacha rebotó y me partió la barbilla. Tras parpadear para quitarme las estrellas de los ojos, volví tambaleándome a la casa, me encerré en el baño y, con nada más que una botella de alcohol, una aguja y un carrete de suturas quirúrgicas, me cosí yo mismo, parando tres veces para vomitar. Tenía nueve años. A partir de entonces, nos cuidábamos los unos a los otros, salvo en los raros casos en que uno de nosotros necesitaba una receta. Para eso llamábamos a nuestro

querido amigo el Dr. Buckley, un médico de familia que todavía creía en la atención personalizada y las visitas a domicilio.

Para cuatro tipos que habían pasado la vida en zonas de guerra, los hospitales eran sinónimo de fatalidad.

De muerte.

Y nunca había sentido a la parca tan cerca como aquel día.

Maldije el nudo que se me retorcía en las entrañas mientras recorría el pasillo de un blanco cegador.

Dios, *cómo odiaba los hospitales.*

Me detuve en la última puerta a la derecha, cogí aire y la empujé despacio.

Dallas apartó la mirada de la ventana sucia por la que había estado mirando.

—Ax —sonrió y se levantó, algo vacilante. Mi madrastra era una de las mujeres más fuertes que había conocido. Era la imagen de la compostura, desde su cabello rubio perfectamente peinado hasta las uñas recién arregladas, pasando por el maquillaje impecable que la hacía parecer diez años más joven de los cuarenta y tres que tenía. Era una mujer sureña fuerte con un cerebro como un ordenador.

Aquel día, sin embargo, Dallas Steele estaba tan pálida como la almohada que se había colocado detrás de la espalda. Llevaba el pelo recogido en un moño descuidado, a juego con la camiseta arrugada de talla grande y los vaqueros. Las grietas empezaban a asomar tras un año de haber perdido a su marido y ahora, posiblemente, a su hijastro, al que había criado desde pequeño.

Crucé la habitación y ella se refugió en mis brazos abiertos. Mientras me abrazaba, eché un vistazo a mi hermano por el rabillo del ojo.

Una imagen que todavía me encogía el corazón.

Los drenajes salían de su cabeza vendada como una versión robótica de Medusa. Un tubo de alimentación le sobresalía del estómago. Docenas de cables conectados al torso. Vías intravenosas en ambos brazos, conectadas a soportes metálicos con múltiples bolsas.

El bip, bip, bip del monitor cardíaco me ponía más nervioso que los disparos acercándose a la posición de mi equipo.

Dallas me soltó y se cruzó de brazos.

Los dos nos volvimos hacia Phoenix.

—¿Cómo está hoy?

—Igual.

Pasó un minuto.

Dallas suspiró y se volvió hacia mí.

—¿Cómo van las cosas en casa?

—Ve a comprobarlo tú misma. Duerme, mamá, tómate algo, relájate. Toca el piano, mira algún reality, lo que sea. Vete. Yo me encargo.

Sonrió y me apretó el hombro.

—Tú, Ax, siempre fuiste el que cuidaba de tus hermanos.

—No, Dallas, esa eres tú. Papá siempre estaba fuera. Si no hubiera sido por ti, no habríamos tenido padres. Lo cual, a Gage igual le habría gustado.

Resopló.

—Ese chico. No, Ax, tú siempre ves más allá —me tocó la frente —. Pero a veces necesitas dejar de darle vueltas a la cabeza.

—Lo haré, mamá. Tú primero.

Asintió y se acercó al pequeño espejo que colgaba sobre el lavabo.

—Necesito una ducha, ¿verdad?

—Bueno, no iba a decir nada… —le guiñé un ojo y le besé la mejilla—. Vete.

—Sí, señor —recogió su bolsa de viaje de diseño y el bolso—. ¿Quién es el siguiente?

—Gunner estará aquí en cuatro horas para relevarme, y luego tú tienes otras cuatro horas programadas.

—Así que tengo ocho horas.

—Tiempo de sobra para emborracharte, desmayarte, dormir la mona y volver a estar sobria —sonreí.

—No suena nada mal —hizo una pausa y entrecerró los ojos—. Me enteré de lo de la Fiesta de la Cosecha de Otoño. ¿Qué tal la Cabaña 2?

—Un incordio.

Se rio.

—Todos lo son.
Después de pasar junto a mí, miró por encima del hombro.
—No le des demasiadas vueltas, hijo.

26

AXEL

Cuatro horas después, aceleré con mi Harley por el largo camino de entrada hacia la casa principal. La tarde se había nublado, y aquel cielo gris y deprimente robaba los colores vivos del otoño, dejando solo hojas mustias y secas cayendo de los árboles. Había un presagio de fatalidad en el aire frío que golpeaba mi chaqueta de cuero. Era como si la muerte me rodeara. Como si el mundo hubiera sucumbido a ella por fin.

Me sentía como si hubiera corrido un maratón por el desierto del Sahara. El desgaste de estar sentado en la UCI solo era comparable a estar en medio de una zona de guerra. No era solo el hospital, era ver a mi hermano mayor, mi héroe desde que yo era un crío, postrado y luchando por su vida. Observando cada respiración superficial, rezando para que no fuera la última. Preguntándome, si lo era, ¿habría tenido una buena vida? ¿Habría muerto Feen feliz? ¿Había sido yo un buen hermano? Y luego, los remordimientos, malditos remordimientos. Había repasado nuestra última conversación cien veces. Nuestra última pelea. ¿Por qué dije aquello, cuando podría haberlo dicho de otra forma?

Si Feen se recuperaba, ¿cómo sería su vida?

¿Podría hablar? ¿Moverse? ¿Razonar? ¿O estaría condenado a vivir el resto de sus días como un vegetal, mientras las manos

implacables del tiempo envejecían su cuerpo inerte entre sábanas de algodón y una cama articulada?

El pensamiento era insoportable. Para él. Sabía, sin la menor duda, que Feen preferiría morir antes que pasarse el resto de su vida babeando.

¿Tendríamos que tomar esa decisión?

¿Podríamos?

Analicé (por millonésima vez) los días y momentos previos a su incidente. Y en cada escenario que había imaginado, una cosa estaba clara: si Phoenix Steele hubiera querido suicidarse, lo habría hecho.

Punto.

Lo habría hecho con ganas, joder, sin dejar cabo suelto para asegurarse de que sus ojos quedaran cerrados para siempre. Feen no se habría disparado en ángulo. No, Feen se habría metido el arma en la boca y habría apretado el gatillo.

Alguien había intentado matar a mi hermano. Aunque los polis pueblerinos y cortos de miras no lo vieran así.

Pensé en Erika, y en su falta de fe en las fuerzas del orden.

Lo entendía, la entendía *a ella.* Y también entendía que ambos, en ese momento, estábamos consumidos por una cosa: la venganza. Justo como lo había estado Phoenix.

¿La diferencia? No iba a permitir que le pasara nada a Erika.

Sobre mi puto cadáver.

Me detuve frente a la casa y apagué el motor. El *pum, pum, pum* de los disparos a lo lejos me indicó que Gage había sustituido a Gunner en el campo de tiro. Empujé la puerta principal, subí la gran escalinata a la carrera y enfilé el pasillo hacia nuestra sala de seguridad principal.

Con sus habituales vaqueros rotos, camiseta y chanclas, Wolf estaba sentado tras el centro de mando, rodeado de múltiples monitores frente a una pared de televisores que iban alternando entre las docenas de cámaras de seguridad repartidas por la propiedad. Solo el resplandor de las pantallas y una tenue lámpara de pie iluminaban la habitación.

Wolf no se movió. Ni siquiera estaba seguro de si me había oído entrar. Estaba absorto en un código diminuto que se deslizaba por una de las pantallas.

—¿Algo nuevo? —crucé la habitación, aún sin saber si me había oído—. *Eh,* Wolf.

Por fin conseguí un gruñido, sin que apartara los ojos de la pantalla.

—Oye —espeté—. Acabo de volver del hospital y no estoy de humor, tío. ¿Hay algo nuevo?

Wolf arqueó una ceja, me miró de arriba abajo y volvió a centrarse en la pantalla mientras sacaba una cerveza de la mininevera que tenía a los pies. La abrió y me la pasó.

—Bebe —dijo.

Lo hice. Y estaba de puta madre.

—¿Mejor?

—Sí.

—Bien. Siéntate. Vale... el Knight Fox, el tipo que creemos que mató a tu padre e intentó matar a Phoenix...

—¿Lo has encontrado ya?

—Todavía no. Aunque me estoy acercando.

—¿Qué tienes?

—Vale, pues gracias a la investigación incansable de Feen, sabemos que tu padre, que era un tío brillante, estaba investigando en secreto el asesinato de Andrei Sokolov, un peso pesado de la KGB rusa, en los días previos a su muerte, ¿no?

—Correcto. Y dos días antes de que papá muriera, descubrió un código oculto en nuestro sistema de satélites que coincidía con la fecha exacta en que asesinaron a Sokolov.

—Lo que indica que alguien aquí en Estados Unidos participó en organizar el golpe...

—Y no quería que nadie lo supiera.

—Exacto. Así que Feen se mete de lleno en esta mierda y descubre que alguien llamado el Knight Fox no solo está involucrado, sino que estuvo aquí en Berry Springs el día que murió tu padre.

—Lo asesinaron, Wolf. El Zorro mató a papá cuando empezó a indagar demasiado en ese código secreto, y luego intentó matar a

Feen cuando reabrió la caja de Pandora.

—Eso parece, sí.

—No es que lo parezca, Wolf —espeté—. El Knight Fox hizo esto. Lo sabes.

—Tío —me miró de reojo—. Bébete la puñetera cerveza.

Bebí hasta que me ardió la garganta.

—Continúa.

—¿Estás seguro? Porque ahora yo no estoy de humor...

—Continúa.

Me miró un momento con una ceja arqueada, soltó un suspiro y se volvió hacia la pantalla.

—Tu padre estaba investigando criptografía cuántica, específicamente QKD, o distribución de claves cuánticas.

—Sé lo que es QKD.

Se rio.

—Perdona, es que Gage acaba de irse.

Esbocé una sonrisa de suficiencia.

—Entonces sabes que es básicamente un conjunto de claves —en este caso, enviadas vía satélite— que sirve como contraseña para desbloquear una forma de comunicación. Es un método prácticamente imposible de rastrear para enviar información confidencial —muy, muy confidencial.

—Como enviar instrucciones para el asesinato de Andrei Sokolov.

—Exacto. Cualquier cosa. Así que para entender cómo tu padre se metió en este lío, necesitas entender cómo funciona. La QKD es literalmente una forma infalible de enviar cifrado. Se transmite a través de un fotón, que es una partícula de luz. Un fotón no puede copiarse, pero mejor aún, si alguien intenta interceptarlo, digamos tu padre, perturba el fotón y deja un cambio evidente en su patrón. Quien creó la clave sabe que alguien la manipuló. Es brillante, la verdad. Un avance enorme en ciberseguridad… y para cualquier criminal que quiera enviar mensajes secretos a cualquier parte del mundo. —Me miró—. Por cierto, también dificultará el espionaje entre países. Esto va a dar mucho que hablar. Pero no entraremos en eso ahora.

Me pasé los dedos por el pelo.

—Y papá dirigía el equipo que investigaba la criptografía cuántica en la NSA.

—Sí. —Se volvió hacia mí—. ¿De verdad crees que alguien de la NSA lo mató? ¿Que Estados Unidos estuvo implicado en el asesinato del ruso, tu padre lo descubrió y lo mataron por eso?

—No podemos descartar esa posibilidad. Y ahí es donde entras tú con tu obsesión por el hackeo. ¿Qué más has encontrado, Wolf?

—Vale —se frotó las manos, emocionado—. Sabes que tu padre hackeó el correo de Sokolov y rastreó varios correos firmados por KF hasta un teléfono desechable que rebotó en una torre local aquí en Berry Springs. Pues eso no fue todo lo que encontré en los correos. El guardaespaldas de Sokolov, que suponemos que participó en su asesinato, había transferido dinero a una cuenta en el extranjero…

—Déjame adivinar, aquí en Estados Unidos.

—Bingo.

—Dime que tienes el nombre del titular de la cuenta.

—Por supuesto que no. La empresa se creó hace diecisiete años, de forma anónima. Hasta la fecha, han canalizado 9,2 millones de dólares a través de ella.

—No me digas. ¿De dónde?

—De una cuenta vinculada a otra empresa fantasma, pero esta tiene un nombre. H and S Star Incorporated.

—H and S Star… —repetí—. ¿Sabemos qué significa?

—No.

—H and S Star… —murmuré mientras mi mente iba a mil—. Espera. La conexión aquí es Rusia, ¿verdad? Andrei Sokolov fue el origen de todo esto.

—Así es.

Resoplé y sacudí la cabeza.

—H and S… Martillo y hoz, Wolf. Joder, martillo y hoz.

Sus ojos se abrieron como platos.

—La vieja bandera soviética.

Me froté la cara con las manos.

—Sí.

—Buen trabajo, detective Steele. —Se concentró de nuevo en la pantalla—. Bueno, espero que hables ruso.

Aparté las manos de la cara.

—¿Por qué?

—Porque hay un solo teléfono móvil vinculado a H and S.

—Estás brome… espera, ¿lo has rastreado? ¿Dónde está? ¿De quién es?

—Para el carro, Ace. El teléfono ha estado apagado desde que lo descubrí. Solo tengo el número.

—¿No se ha encendido?

—No.

—¿Ni una sola vez?

—No.

—¿No hay ningún registro de información que puedas extraer de él?

—No.

Empecé a dar vueltas por la habitación.

—Recapitulemos. El Knight Fox está aquí en Estados Unidos, muy posiblemente aquí en Berry Springs, y está recibiendo pagos de Rusia por algo. Es un jodido espía secreto, Wolf. El Zorro es un espía ruso.

—Un espía ruso que mató a tu padre e intentó matar a tu hermano.

—Podría ser cualquiera, Wolf. Podría ser alguien del gobierno, alguien que trabajó con papá en la NSA.

—De acuerdo. Eso es lo que hacen, se infiltran en nuestra sociedad, se convierten en uno de nosotros, a veces durante años, décadas, antes de atacar.

—No podemos confiar en nadie, Wolf.

—No. No podemos, y lo peor es que podría ser cualquiera de nosotros. Cualquiera. Cualquiera, Ax. No sabemos nada sobre el Knight Fox. No tenemos nada sobre él.

—Sí tenemos algo. Tenemos su número, Wolf. Y eso ya es algo. —Mi cabeza iba a mil mientras me volvía hacia la puerta.

—Oye, ¿Ax?

—¿Sí?

—Una cosa más. Gunner me pidió que investigara al hermano de la Cabaña 2, su empresa…

Me detuve en seco.

—¿Y?

—Pensé que querrías saber que Zajac Investments está a punto de declararse en bancarrota.

—¿Qué?

—Sí. Ese tal Filip ha estado vendiendo acciones, casas, coches, para intentar mantenerla a flote.

Arqueé las cejas.

Zajac Investments estaba en problemas financieros.

Erika no era la única Zajac con secretos.

27

ERIKA

Mojé el pincel en naranja, añadí un toque de amarillo y tracé líneas suaves y lentas sobre el lienzo. Alcé la vista hacia las imponentes montañas tras la ventana, las nubes negras en la distancia coronando un cielo gris que llevaba todo el día amenazando lluvia. Fiel a la estación, el tiempo era caprichosamente impredecible, con temperaturas que habían bajado hasta los quince grados esa tarde. Con la brisa constante, la sensación térmica era aún más fría. Me había puesto un jersey sobre la camiseta y me había acomodado a pintar en un intento de evadirme, aunque fuera por unas horas. Un intento de apartar mi mente tanto de los V Negros *como* de Ax Steele, una fuerza tan poderosa como los V, por lo visto.

Sin apartar los ojos del cuadro, cogí la copa de vino del suelo. Era más oscuro que mis pinturas habituales. Más triste y emotivo.

Una fatalidad inminente que brotaba de mí, justo ahí, en el lienzo.

Bebí un sorbo y derramé el vino cuando alguien llamó a la puerta.

—*Maldición.* —Corrí a la cocina y, después de frotar la mancha que seguro quedaría en mi jersey beige, fui hasta la puerta y abrí.

—Hola. —El corazón me dio un vuelco.

—Hola. —Ax me devolvió la sonrisa, pero ni siquiera esos labios podían disimular el aura de estrés que lo envolvía.

—Pasa.

Entró y se fijó en las manchas rojas de mi jersey.

—Le dije a Celeste que te llevara a la montaña, no al bar.

—Y esto es lo que pasa cuando se niega a llevarme al bar —bromeé.

La comisura de su labio se curvó hacia arriba y lo sentí como una pequeña victoria.

—¿Puntos de sutura?

—Solo unos pocos. —Le guiñé un ojo—. Se está recuperando bien.

—Nunca interponerse entre Erika y su bar. Anotado.

Me lamí los dedos y froté las manchas.

—Me asustaste. No te esperaba.

Su mirada pasó por encima de mi hombro. —Vaya. —Con los ojos clavados en mi pintura, cruzó la habitación.

La inseguridad me invadió, cosa que me sorprendió. ¿Por qué me importaba lo que pensara?

—Es... —me miró con los ojos muy abiertos—. Increíble. Es preciosa, Erika.

Arrugué la nariz y contemplé el atardecer furioso del cuadro.

—No es mi mejor trabajo.

—¿No es tu *mejor* trabajo?

—Sí... —Apreté los labios—. Es diferente de lo que suelo pintar. Más oscura.

Negó con la cabeza, sin apartar la vista del lienzo. —No... —señaló—. Mira aquí. La luz. Encontraste la luz.

Me fijé en la franja brillante de amarillo que había pintado literalmente segundos antes de que entrara: un solo rayo de luz que atravesaba la oscuridad.

Él.

—Tienes un talento de locos.

En lo de loca tenía razón. Sonreí y bajé la mirada.

—En serio, Erika —dijo, y su entusiasmo me hizo sentir eufórica y avergonzada a partes iguales—. Deberías dedicarte a esto

profesionalmente. Tienes mucho talento.

Sonreí aún más, porque no pude evitarlo. Di un paso atrás. Sabía que era buena artista, tendría que estar ciega para no saberlo, pero nunca se me había dado bien recibir cumplidos. Siempre me hacían sentir un poco incómoda.

—Bueno, en fin —dije, deseando cambiar de tema—. ¿Qué te trae por aquí esta tarde, o debería decir al anochecer? Aparte del arte.

Ax se removió inquieto y bajó la mirada. Había tenido un día terrible, y yo quería mejorárselo. Más que eso, no quería que se fuera. Así que dije: —Creo que todavía quedan unas gotas de vino que no acabaron en mi jersey.

—Tenía otra cosa en mente.

Arqueé una ceja.

—Un paseo.

—¿Un paseo?

—Sí, el acto de desplazarse a pie, generalmente por placer.

Se me ocurrían otras ideas que implicaban placer, pero me lo callé.

—Un paseo, ¿adónde?

—Por el bosque.

Miré por la ventana, donde, irónicamente, algunos rayos de sol atravesaban la densa capa de nubes, igual que en el cuadro que teníamos delante.

—Voy a por la chaqueta.

Después de echar los cuatro cerrojos de la cabaña, empezamos a bajar por un sendero sinuoso de gravilla hacia el bosque. El aire era fresco, frío, perfumado con el aroma especiado del otoño. Las agujas de pino crujían bajo las botas de montaña que me había puesto con mis vaqueros pitillo rotos. En contraste con mi jersey manchado de vino y mi chaqueta, Ax llevaba una camiseta negra ceñida al pecho musculoso y unos vaqueros que se ajustaban a ese trasero que me daban ganas de hacerle cosas muy malas, muy deliciosas.

Lo observé un momento: la dureza de su mandíbula, la intensidad de sus ojos. Ax siempre tenía cara de estar cabreado, pero esto era diferente.

—¿Qué pasa, Ax?

—... Nada.

—No es nada. Algo te pasa.

Sin respuesta.

—Te escucho.

Sonrió, pero evitó la pregunta. Caminamos unos metros en silencio, un silencio cómodo, escuchando la naturaleza a nuestro alrededor, respirando el aire fresco de la montaña. Los dos estábamos en nuestro elemento, y lo sabíamos.

—¿Cómo te fue hoy? —preguntó.

—Correr con Celeste estuvo bien. Me sentó bien. Así que… gracias. Y volver a ponerme delante de un lienzo… gracias por eso también.

—Celeste me contó que te reuniste con Jagg y con una agente Mackenzie del FBI.

—Sí. Unos cuarenta y cinco minutos. Repasamos la fiesta, todo lo que pasó.

—¿Les contaste lo de tu abuela, el tatuaje, el anillo del pájaro azul?

—Saben que falta el anillo. Envié la lista de las joyas robadas a la policía. La tienen; lo tienen todo.

—¿Y lo de tu abuela?

—Lo *saben*, Ax. Dijeron que leyeron el expediente. Lo saben. —Negué con la cabeza mientras la frustración empezaba a bullir—. ¿Sabes algo que yo no sepa? ¿Hay algo nuevo? ¿Han encontrado algo en el sótano?

—El ADN de Jessa Watson está por todas partes, y el tuyo también, pero hasta ahora nada del sospechoso. Lo mismo con tu casa. Quien entró llevaba guantes. Sabía lo que hacía. Todavía están revisando los vehículos que entraron y salieron del parque en los días cercanos a tu incidente.

—¿Y la Fiesta de la Cosecha de Otoño? ¿Están comparando los vehículos que había allí?

—Ninguno coincide.

—¿Y el lugar desde donde disparó el tipo?

—Nada.

Solté un gruñido de frustración.

—Tampoco hay conexión entre las víctimas, nada que las vincule.

—Excepto que estaban cerca de mí.

Asintió.

—El tipo no es buen tirador.

—Está desesperado. La desesperación te vuelve descuidado.

Resoplé.

—Sé lo que es ser descuidada, créeme.

Ax me miró de reojo y me observó un momento.

—¿Ningún ataque de pánico hoy?

Negué con la cabeza.

—Oye. No te avergüences.

—Mira quién habla: el tipo que me ha salvado la vida dos veces. El que siempre está alerta, siempre *prestando atención*.

No respondió, solo caminó a mi lado, escuchándome desahogarme sin darme cuenta de que lo necesitaba.

—Es humillante. Y aterrador. Es como si se apoderara por completo de mi cuerpo. Lo odio, Ax.

—¿Con qué frecuencia te dan?

—Menos ahora.

—¿Fuiste al médico?

—Al final, sí.

—¿Al final?

—Lo estuve negando un tiempo; me daba vergüenza. Pensaba que los ataques significaban que era débil. Pero una noche estaba con unas amigas, tomando copas. Me fui sobre las once, ya sabes, las seis de la mañana para ti.

Sonrió.

—Porque tú nunca duermes…

—Ya lo pillé. Sigue.

—En fin, tenía que ir andando hasta el coche. Una calle estaba cerrada por obras, así que tuve que coger un callejón hasta el aparcamiento donde había dejado el coche. Estaba oscuro, los contenedores, un grupo de árboles al fondo… me recordó a aquella noche.

—¿Y te dio un ataque justo ahí?

Asentí.

—Un grupo de adolescentes me encontró sin poder respirar, retorciéndome en el suelo como una idiota. Me llevaron a una gasolinera cercana, me dieron agua y llamaron a una ambulancia, joder.

—Dios mío.

—Ya. En tres minutos, aquello era un circo. Tuve que explicarle a todo el mundo que solo era un estúpido ataque de pánico y que se fueran a casa. —Solté una risa amarga—. ¿Quieres saber lo más gracioso? La vergüenza total no me cayó encima hasta que llegué a casa. Llevaba una blusa de seda con unos pantalones gris claro…

—¿Gucci?

—Diane von Furstenberg —sonreí—. En fin, los ataques de pánico te hacen sudar, ¿no? Así que cuando llegué a casa, fui al baño a darme una ducha helada y vi que la ropa estaba empapada. Las axilas chorreando, y cuando me di la vuelta, tenía unos círculos perfectos bajo cada nalga, cercos de sudor que parecía que me había meado encima. Es ridículo, pero eso fue lo que me hundió. Toda esa gente pensó que me había meado encima. Los adolescentes, los sanitarios, todos los que entraban y salían de la gasolinera. Fue como: vale, ataque de pánico, no solo me quitaste la confianza, me quitaste hasta el último gramo de dignidad. Así que pedí cita con el médico esa semana, justo después de recibir la factura de novecientos dólares de la ambulancia en la que ni siquiera me monté.

—¿Y qué dijo él?

—Ella. Las mujeres también somos médicos, ¿sabes?

—Ah, es verdad —sonrió—. ¿Qué dijo *ella*?

—TEPT.

Ax giró la cara hacia mí, algo brilló en sus ojos, y supe entonces que él sabía muy bien lo que era el TEPT.

—¿Relacionado con lo que pasó con tu abuela? —preguntó.

—Sí. Todos esos años después, todo venía de aquel único incidente.

—El TEPT puede durar años, décadas, a veces toda la vida. ¿Te recetaron pastillas?

—Ah, sí. Dos tipos diferentes. Los tomé durante tres años, y luego decidí que no me gustaban. Me dejaban agotada y embotaban mis emociones, las buenas y las malas. No me gustaba que algo me alterara tanto. Así que un día decidí superarlo. Por mí misma. Y tiré las pastillas por el inodoro...

—Eso no deberías hacerlo.

—¿El qué?

—Tirar medicamentos por el inodoro. Contamina el agua y los alimentos.

—Gracias, Miguel Ángel.

—¿Miguel Ángel era ecologista?

—No, era superinteligente. Sabía un poco de todo. Tenía un cociente intelectual de casi doscientos o algo así —ladeé la cabeza—. Me sorprende que no lo supieras.

—Sigue, listilla…

Me reí.

—Como iba diciendo, después de contaminar el agua y los alimentos, busqué otras formas de relajarme que no incluyeran medicamentos. Pintar, correr, hacer ejercicio, yoga, meditar…

—¿Tatuajes?

—No, empecé a hacérmelos después de irme de casa de mi padre. Llámalo rebeldía o lo que quieras, pero la verdad es que sentí que por fin, después de dieciséis años, empezaba a ser yo misma.

—¿Cuál fue el primero?

—Casiopea.

Nuestras miradas se cruzaron por una fracción de segundo.

—En fin, pintar, correr, yoga, meditar, *vodka*... todo eso me ayudó a relajarme.

—¿Y de ahí viene ese rollo bohemio hippie?

—¿Rollo bohemio hippie?

—Tienes una vibra muy terrenal, como de estar en armonía con la naturaleza —rozó una de las trencitas que llevaba en el pelo, un gesto coqueto.

—¿Gracias?

—Me gusta.

Caminamos un rato en silencio, y luego dijo:

—Lo que no entiendo es que alguien que está «en armonía con la naturaleza» le interesen las marcas y las cosas materiales.

—¿Qué te hace pensar que me interesan las *marcas*?

—Bueno, tu equipaje, para empezar. Louis Vuitton, y esos pendientes de diamantes. El vestido de Valentino que llevaste a la fiesta. La mitad de tu maleta era zapatos de diseñador… y luego está ese vestido de seda que llevabas esta mañana...

—Eso era un pijama. Mi pijama.

—¿Pijama?

Le lancé una mirada de reojo.

—Eso es.

—Lo dejo pasar. De todos modos, parecía caro.

—Me gustan las cosas bonitas —señalé hacia su mega-mansión —. Mira quién fue a hablar.

—Eh, sin ánimo de juzgar, a mí también me gustan las cosas bonitas. Pero lo que digo es que no cuadra. La mayoría de nuestros clientes tienen dinero, y la lista de cosas que piden en la primera hora después de reservar una cabaña es interminable. Celeste lo odia. Se quejan de esto, de aquello, del tipo de vino que tenemos... de absolutamente todo. Tú no, en cambio. No pediste ni una sola cosa. Y según Celeste, eres de las pocas. Tienes algunas cosas caras, pero la mayoría de lo que llevas está gastado, con agujeros o manchas.

—Maldito sea el vino.

—No cambies de tema.

Carraspeé, sabiendo adónde iba aquello, y la verdad, sorprendida de que hubiera tardado tanto en preguntar.

Continuó:

—Nos dijiste que no tienes participación en la empresa de tu hermano, que no estás en su nómina y que no aceptas ayuda económica. No mencionaste ninguna herencia anticipada. No has mencionado ningún otro trabajo desde que trabajaste en el restaurante hace décadas. Sin embargo, según tus redes sociales, viajas por el mundo y no parece que vayas de mochilera. Así que, Erika, dime… ¿a qué te dedicas?

—¿De dónde saco la pasta para comprar todas mis cositas de lujo?

—Responde a la pregunta.

Me ayudó a pasar por encima de un tronco caído y caminamos unos pasos más en silencio.

—Pinto —dije al fin, casi obligándome a pronunciar la palabra.

Arqueó las cejas.

—Eso me cuadra. ¿Desde hace cuánto?

—Toda mi vida, pero empecé a venderlos hace unos quince años. Justo cuando me di cuenta de que no podría llevar un restaurante y pagar el alquiler a la vez.

—Debes de vender muchos cuadros.

Sonreí, porque no pude evitarlo. Porque estaba orgullosa.

Escrutándome, dijo:

—Vendes muchos, ¿verdad?

Aparté la mirada, notando cómo me taladraba con los ojos.

—¿Quién eres, Erika?

Como no respondí, volvió a preguntar.

Solté un suspiro.

—¿Conoces ese cuadro que tienes junto a la escalera?

—No puede ser… —se quedó boquiabierto—. ¿Eres Agatha *Rose*?

Abrí los brazos.

—Encantada de conocerte.

Se paró en seco y se volvió hacia mí.

—Me estás *tomando el pelo*.

—Qué va.

—Otro de tus cuadros cuelga en el despacho de mi *padre*, Erika. El de los gansos volando hacia la puesta de sol. Le encantaba. Recuerdo cuando lo compró... Joder, fue en una subasta de arte *superexclusiva*.

Volví a bajar la mirada mientras el calor me subía a las mejillas.

—Erika, eres famosa de verdad.

—No, *yo* no lo soy. La Erika Zajac que sufre ataques de pánico, hija de inmigrantes, *no* es famosa. Agatha Rose sí.

Me observó un instante.

—¿Por qué mantenerlo en secreto? ¿Por qué esconderte? Tienes muchísimo talento. Debes saberlo.

—Lo sé, y gracias. Cuando decidí intentar vender mi arte, no estaba segura de si se vendería. La verdad, me preocupaba que la gente se riera de él. Y si lo hacían, no quería avergonzar a mi abuela. Así que le puse un nombre falso y, para mi sorpresa, la cosa funcionó. Decidí mantener el nombre porque no quería tener que *ser* la marca, exponerme en público.

—Por los ataques de pánico.

Asentí. Era cien por cien verdad. Y eso me avergonzaba.

—No puedes dejar que se apodere de tu vida.

Había algo en su tono que me decía que hablaba de algo más que los ataques de pánico. También tenía que olvidarme de los V Negros.

Suspiré y alcé la vista hacia las nubes oscuras que cruzaban veloces el cielo. Tres hojas naranjas cayeron revoloteando de los árboles.

—Lo sé. Lo que pasa es que… nunca he tenido a nadie que me lo recordara.

Me miró con una intensidad que me revolvió el estómago. Una ráfaga de viento pasó entre nosotros y las hojas se arremolinaron a nuestro alrededor.

Sentí un revoloteo de mariposas en el estómago.

Su mirada se deslizó hacia mi boca.

«*Bésame*», pensé. «Por favor, *bésame*».

Pero, como buen Ax, ese cerebro suyo se puso a funcionar a toda máquina y dio un paso atrás, haciendo que la temperatura a mi alrededor bajara unos diez grados.

Se dio la vuelta y retomamos el paso.

—Bueno, esa ha sido mi gran revelación. Ahora te toca a ti. Cuéntame qué tal tu día.

No me di cuenta de que Ax se había detenido en seco hasta que dejé de oír sus pasos. Se había quedado inmóvil en medio del sendero, con la mirada fija en un enorme roble viejo de ramas retorcidas que se entrelazaban entre hojas de un amarillo brillante.

Era un cuadro en sí mismo; casi esperaba que empezara a hablar y a esparcir polvo de hadas.

Estaba absorto en él, con un dolor palpable en la mirada.

—Cuéntame —dije, rozándole el antebrazo.

—Mi hermano —dijo casi sin aliento—. Phoenix, mi hermano mayor, y yo trepábamos a este árbol casi todos los días de pequeños.

Se le tensó la mandíbula.

—Recuerdo cómo me desafiaba, me provocaba, diciendo que no llegaría a la copa antes que él… Siempre le dejaba ganar. Porque —una sonrisa torcida le cruzó el rostro— un brazo roto no me habría venido bien en el entrenamiento de fútbol americano a la mañana siguiente.

—Siempre pensando.

—Así es. Nos sentábamos en él durante horas mientras Phoenix tallaba el tronco… Demonios, creo que hasta se quedó dormido ahí arriba unas cuantas veces. Yo me quedaba allí con él, observando los pájaros, las ardillas, cómo llegaban las nubes. O leía. Cualquier libro « raro» que hubiera elegido esa semana. Palabras de Feen, no mías.

Pasó un momento.

—Gage siempre andaba detrás de las chicas, y Gunner siempre estaba trabajando en algo en el garaje o disparando con su rifle de aire comprimido. Pero Feen y yo veníamos aquí… *Joder*.

Se mordió el labio, perdido en los recuerdos.

—Me dio mi primera cerveza en ese maldito árbol.

Se le quebró la voz, y habría jurado que vi el brillo de una lágrima en sus ojos.

Me dio la espalda, dio unos pasos, respiró hondo e inclinó la cabeza hacia el cielo.

—Se acerca tormenta.

—Cuéntame, Ax. ¿Qué pasó?

Pasó un minuto entero antes de que el hombre con una armadura emocional más gruesa que el muro que había construido a su alrededor se lanzara a contar la historia de su hermano, que se aferraba a la vida en la UCI local. Me quedé clavada en el sitio,

escuchando cómo las palabras brotaban de él como si una presa se hubiera roto por fin. Lo vi oscilar entre el dolor, la tristeza y una rabia volcánica que me sacudió hasta lo más profundo.

Cuando terminó, se metió las manos en los bolsillos sin volverse hacia mí. Conocía esa sensación. Le avergonzaba haberse abierto así conmigo.

Con el corazón hecho añicos en el suelo del bosque, me acerqué a él, le rodeé la cintura con los brazos y apoyé la mejilla en su espalda.

Su mano se posó sobre la mía.

Y entonces empezó a llover.

28

ERIKA

Irrumpimos por la puerta principal de la Cabaña 2, yo riéndome como una niña pequeña mientras me deslizaba por el suelo de madera. Ax me atrapó —como siempre— y me sujetó. Un relámpago rasgó la oscuridad de la habitación, seguido de un trueno.

—Estamos *empapados* —dije con el pecho agitado, limpiándome el agua que me corría por la cara. Ax se pasó los dedos por el pelo. Gotas de agua me cayeron en el rostro.

La llovizna se había convertido en un diluvio en cuestión de minutos y nos había calado hasta los huesos mientras volvíamos a la cabaña al trote. La temperatura había bajado al menos diez grados con la lluvia, y las nubes habían oscurecido el atardecer como si ya fuera medianoche.

Ax se limpió las botas embarradas en el felpudo y yo me tomé un segundo para admirar cómo la camiseta mojada se le pegaba al pecho. El tipo tenía unos hombros descomunales y lo único en lo que podía pensar era en cómo sería agarrarme a ellos mientras lo montaba a horcajadas.

—Voy a por unas toallas.

Cuando volví, Ax se había entretenido apilando troncos en la chimenea.

Ignoró la toalla que le había dejado al lado y siguió apilando. No conseguía descifrar qué le pasaba. Estaba callado, casi estoico, y supuse que era porque no estaba acostumbrado a abrirse con nadie, y menos con una mujer.

Así que hice lo único que se me ocurrió: servirnos una copa de vino a cada uno.

—Gracias por encender el fuego.

Asintió, tomó la copa de mi mano y dio un sorbo... bueno, más bien se *bebió* la mitad de un trago, y luego volvió a concentrarse en la leña. Algo le pasaba, sin duda.

—Voy a cambiarme.

Otro asentimiento silencioso, cero contacto visual. En un momento Ax estaba a punto de besarme, al siguiente se cerraba en banda, luego se abría emocionalmente conmigo, y después volvía a encerrarse como una caja fuerte. Y eso que pensaba que *yo* era una montaña rusa emocional.

Cerré la puerta del baño y, tras quitarme la ropa empapada, me sequé con la toalla y examiné mi cuerpo desnudo en el espejo.

Deseaba a Ax. De todas las formas en que una mujer puede desear a un hombre.

Quería abrazarlo, que él me abrazara a mí. Quería sentir ese poder, esa intensidad que era Ax, dentro de mí, aunque solo fuera por una noche. Porque algo me decía que era una oportunidad única. No había otro hombre en el mundo como Axel Steele.

«Aprovecha el momento», pensé.

Lo único que tenemos es el ahora.

Di un sorbo a mi vino mientras la mirada se me iba hacia el largo camisón negro de seda que colgaba en el armario, el mismo que parecía haberlo hipnotizado antes. Se me dibujó una sonrisa en los labios y, tras ponerme un toque de perfume detrás de las orejas, me lo puse.

Me di ánimos con el equivalente femenino de un golpe en el pecho, respiré hondo y, tras apurar el vino de un trago, salí del baño.

29

AXEL

Quería maldecir, escupir, estrellar la moto contra un árbol o estamparme la cabeza contra la chimenea de piedra que tenía delante.

Era un puto desastre.

No sé qué coño me había pasado al contarle a Erika lo de mi hermano. Nunca me abría así. Con nadie. Ni con mi padre, ni con Dallas, ni con mis hermanos. Con nadie.

Había tenido que tragarme las lágrimas al final. Por suerte empezó a llover, lo que interrumpió mi crisis mental —porque esa es la única excusa— y salvó la poca dignidad que me quedaba.

¿Qué pensaría Erika de mí ahora? ¿Qué mujer querría un guardaespaldas que es un desastre emocional, o joder, cualquier otra cosa?

Le encendería el fuego, decidí, y luego iría al campo de tiro con Gunner hasta que saliera el sol para recuperar la masculinidad que había dejado allí mismo, en el bosque.

No era yo *mismo.* Y lo odiaba.

Necesitaba algo que anclara la tormenta de fuego que me recorría las venas.

Necesitaba *algo.*

Volví la cabeza cuando Erika entró en la habitación.

El corazón me golpeó contra las costillas.

Una visión de perfección que me robaba el aliento, los pensamientos, que corrompía la lógica, el autocontrol, y adormecía todo en mi cuerpo excepto la sangre que se agolpaba entre mis piernas.

Tentación.

Deseo.

Riesgo.

La seda reluciente le envolvía el cuerpo como oro negro, con pliegues en la tela que dejaban entrever sus pezones erectos. El cabello le caía en trenzas sueltas por la espalda, suplicándome que las deshiciera. Sus labios, de un rojo suave, carnosos y sensuales, se curvaban en un gesto coqueto que hacía juego con la llama al rojo vivo de esos ojos azules.

Era su pintura hecha realidad. Un faro de luz en la oscuridad.

Sí, necesitaba algo.

La necesitaba *a ella.*

30

ERIKA

Su mirada hizo que el pulso se me disparara.

Ax dio un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros. Olía a jabón fresco y lluvia, un aroma que me encendía por dentro. Me tomó el rostro entre las manos, con una expresión tan intensa que me dejó sin aliento.

Y entonces lo hizo.

Por fin, Axel Steele se inclinó y me besó.

Un beso lento y ardiente que me aceleró el corazón y me debilitó las rodillas. Su mano se deslizó por mi cabello hasta la nuca mientras exploraba mi boca con la lengua, hasta marearme, hasta arrastrarme a una especie de estado onírico donde lo único que percibía eran las sensaciones que recorrían mi cuerpo.

Me aferré a su camiseta mojada por la espalda, para no perder el equilibrio.

Después de un minuto interminable, se apartó, con el pecho agitado. Un relámpago iluminó la habitación y se reflejó en unos ojos oscuros y tormentosos que solo tenían una cosa en mente.

Algo que yo deseaba más que nada en mi vida.

Le levanté la camiseta y él se la arrancó.

Jadeé. Sobre una cicatriz que le cruzaba el pecho musculoso colgaban unas placas de identificación, y junto a ellas, una pequeña

piedra tallada.

Me quedé boquiabierta.

—Mi piedra. La que tallé cuando estaba encerrada en el sótano. La que te di en la nota que te envié.

Asintió.

—Esperanza.

Exhalé... y me enamoré de él. Allí mismo, en la Cabaña 2, me enamoré perdidamente de Axel Steele.

—Erika.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Me tomó el rostro de nuevo, pero esta vez su beso tenía desesperación, como si se estuviera aferrando a mí —a *esto*— con las uñas ensangrentadas.

Dios mío, lo deseaba. Necesitaba a este hombre de todas —de *cualquier*— forma posible. Quería complacerlo, como él acababa de complacerme a mí.

Me arrodillé lentamente, recorriendo sus abdominales con la lengua. Nuestras miradas se cruzaron mientras le desabrochaba el cinturón, el botón y la cremallera, y por fin le bajaba los pantalones.

Gemí al ver el bulto bajo sus bóxers negros antes de bajárselos lentamente.

Su erección quedó libre, y mi cuerpo se derritió mientras contemplaba boquiabierta a Axel Steele en toda su magnífica e impactante gloria.

Como si esperara menos.

Ya se había acumulado líquido preseminal en la punta, y saber que podía provocarle eso con un simple beso desató una necesidad voraz en mi cuerpo. Estaba loca por él. Le rodeé el miembro con la mano y lo oí gemir cuando apreté.

Lo tomé con la boca, saboreando su textura, su sabor. Alcé la mirada hacia sus ojos, que me observaban, el ardor dando paso a la sumisión mientras se derretía contra mí.

—Dios, qué hermosa eres, Erika.

La adoración en su voz, la vulnerabilidad en sus ojos formaban una embriagadora combinación de emoción y lujuria.

Sus manos se enredaron en mi cabello mientras cerraba los ojos e inclinaba la cabeza hacia atrás, inhalando como si acabara de

inyectarse la droga más fina del mundo. Lo dejé guiarme, moverme la cabeza con un agarre firme pero suave que me recordaba que, aunque yo lo estaba chupando, él seguía teniendo el control.

Aunque yo compartía ese rasgo de personalidad, en el dormitorio, la dominación de Ax me ponía a cien. *Quería* que me controlara, *quería* ser su mujer y su puta, su sueño más salvaje hecho realidad.

Los músculos de sus piernas se tensaron a medida que aumentaba mi ritmo, y justo cuando pensé que estaba a punto de correrse, se echó hacia atrás y se arrodilló.

Me quitó el vestido; la seda me acarició la piel al deslizarse.

—Al suelo —ordenó con voz baja y ronca, los ojos encendidos de pasión.

El fuego crepitaba y siseaba junto a nosotros mientras me tumbaba sobre la gruesa alfombra navajo, calentada por las llamas. Lo observé quitarse las botas y el resto de la ropa; luego agarró dos cojines del sofá. Uno para mi cabeza, y el otro lo deslizó debajo de mi trasero.

Y entonces, sin preámbulos, me separó las rodillas y hundió el rostro entre mis piernas, devolviéndome el favor. Con vigor.

Se me cortó la respiración cuando su boca se deslizó sobre mí, devorando mi humedad. Lamió lentamente al principio, con la lengua deslizándose entre mis pliegues, y luego se aferró a mi clítoris mientras sus manos recorrían mis muslos, mi vientre.

Una explosión de escalofríos me recorrió la piel y me abrí más, apretándome contra su rostro.

—Ax...

Sin aliento, agarré los bordes de la alfombra y me retorcí bajo él, empujando mientras lamía y succionaba el pequeño botón hinchado entre mis piernas.

Me sentía loca de deseo. Anhelo.

Necesidad.

Jadeando, le agarré el pelo y tiré.

—Ven aquí. No aguanto más... ven aquí.

Se aferró con más fuerza y empezó a succionarme el clítoris.

—*Ahora.* Tengo que tenerte —mi voz, mi súplica, tan desesperadas como me sentía por dentro—. Por favor, Axel...

Levantó la cabeza al oír su nombre en mis labios.

El fuego bailaba sobre su piel bronceada y marcada mientras se cernía sobre mí, todo hombre, toda bestia, cubriéndome con su sombra. En el momento en que sus labios encontraron los míos, se hundió en mí con una potencia que solo un hombre como Ax podía tener. Grité de éxtasis.

—¿Estás bien? —me susurró al oído, sin aliento.

—Sí.

Empujé hacia arriba, aferrándome a su espalda.

Mis uñas se clavaron en su piel; ese dulce pinchazo de dolor me recordó lo poderoso que era. Qué *hombre* era.

No podía soportarlo, y me encantaba, joder.

—Ax. *Tómame.*

Me besó con locura mientras su mano se deslizaba hasta mi nuca para sostenerme. Cada embestida llegaba más profundo, más profundo dentro de mí.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. En ese momento, mi cuerpo no era mío, era suyo.

Le pertenecía.

Alcé la barbilla y arqueé la espalda mientras él me embestía, suplicando más. Encontramos un ritmo, una ola perfecta de euforia que crecía y crecía con nosotros.

Un estremecimiento me recorrió entre las piernas; la fricción contra mi clítoris aumentaba con cada embestida. Su respiración se aceleró, una capa de sudor le cubría la piel.

Mi cuerpo se contrajo en torno a él mientras lágrimas inexplicables me corrían por las mejillas.

—Joder, *Erika* —susurró con voz ronca en mi oído.

—Ax —gemí con voz temblorosa, desesperada.

—Dilo otra vez —suplicó.

—Ax, oh, Ax. Mierda, *Ax.*

Mi cuerpo explotó desde dentro hacia fuera, chispas que me nublaban la visión mientras el orgasmo me atravesaba y su cálida humedad me llenaba al mismo tiempo.

Jadeantes, nos desplomamos juntos. Ax me envolvió en sus brazos, con tanta fuerza, como si no quisiera soltarme.

Dejarme ir.

Permanecimos en silencio, con solo el trueno distante y el crepitar del fuego a nuestro lado; su agarre sobre mí no flaqueó ni un instante.

Finalmente, giré el rostro hacia el suyo y me encontré con un par de ojos oscuros; no sabía cuánto tiempo llevaban observándome.

Nos miramos, ambos conscientes de que lo que acababa de suceder lo había cambiado todo. Ambos rindiéndonos por fin a ello. Dos desastres andantes que, de algún modo, habían encontrado su ancla.

31

AXEL

Le acaricié la mejilla con delicadeza, procurando no despertarla. Ni siquiera una habitación a oscuras, apenas iluminada por la tenue luz del baño, podía ocultar su belleza. Su carita de ángel, su largo cabello rubio esparcido sobre la almohada como seda, sus curvas bajo la manta.

Se me hizo un nudo en el estómago al mirarla. Me costaba entender lo que sentía. Un amor arrollador combinado con el presentimiento de algo por venir, y una desesperación absoluta por mantenerla cerca. Porque sabía en mi corazón que Erika tenía una prioridad, un único objetivo que quería cumplir, y eso podía costarle la vida antes de que pudiera siquiera parpadear con esas pestañas interminables.

Lo más loco de todo era que Erika conocía los riesgos. Pero en su mente retorcida, era venganza por su Baba.

Y maldita sea si no lo entendía. Entendía el odio. La venganza cegadora y cómo te paralizaba, cómo se apoderaba de ti.

Solo que no quería que *ella* lo entendiera.

¿Cómo podía quitarle eso? ¿Quitarle el peso de la culpa que cargaba? ¿Cómo podía convencerla de que su abuela no querría que empuñara la espada?

¿Cómo podía seguir convenciéndome de que mis sentimientos por ella, esos sentimientos desgarradores que me llegaban al alma, no eran más que atracción física? ¿Cómo podía convencerla de que *nosotros* valíamos la pena?

¿Qué elegiría?, me preguntaba.

¿A mí, o la venganza por Baba?

¿Saldríamos de esta?, me preguntaba.

La observé respirar, un ritmo tranquilo y suave que quería capturar, embotellar, para devolvérselo cada vez que se sintiera angustiada.

Cada vez que no pudiera soltar el pasado.

El móvil vibró en la mesita de noche. Me giré y encendí la pantalla: las 5:44 a. m. Leí el mensaje.

Maldita sea. Hora de mi turno en el hospital.

Después de echar un último vistazo a Erika, me levanté de la cama, me vestí y salí por la puerta principal.

—Buenos días —dije hacia el movimiento a mi espalda mientras echaba los cerrojos y tecleaba el código.

Un gruñido como respuesta.

Bajé del porche. El amanecer aún no había llegado, y con las nubes que se resistían a marcharse, la mañana seguía negra como la noche.

—¿Vienes directo del hospital?

—Sí. Relevé a Gage sobre medianoche —Gunner miraba fijamente la cabaña, con el agotamiento y el estrés marcados en el rostro.

—¿Cómo está?

—Igual.

—Vale. Voy para allá. ¿Quién sigue?

—Tú de seis a diez, Gage de diez a dos, y yo vuelvo después.

—¿Dallas está allí?

—Pasó hace media hora. Trajo magdalenas y café… aunque Brianna-la-del-culazo acaba de empezar su turno…

—O sea que tengo que comprar más de camino.

—No, ya voy yo. Volveré a pasar cuando termine aquí.

Ladeé la cabeza. —¿Te mola Culito-B?

—Ya sabes que me pierden las curvas, pero… —frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Ya lo sé… ya lo sé.

Pasó un momento, con la tensión de las últimas semanas posándose a nuestro alrededor como cemento. La oscuridad había engullido a mi hermano mayor y ni toda la luz del mundo, ni todos los culos, iban a abrir la coraza de quince centímetros en la que se había encerrado. Habría dicho que lo entendía, pero todo cambió de la noche a la mañana cuando Erika rompió la mía.

Y eso ya era mucho decir.

Pillé a Gunner mirándome con una ceja enarcada. —¿Cómo está ella? —señaló la cabaña con la barbilla.

Bajé la mirada y asentí, diciéndoselo todo sin una sola palabra.

—Feen no lo aprobaría, ¿sabes? Es una clienta.

—Sí que lo haría —respondí sin dudar, y lo decía en serio. Feen querría que fuera feliz.

—Vale, hermano, pero no pierdas la cabeza, ¿eh?

—No te preocupes por eso. No soy Gage.

Gunner soltó una risita y volvió a centrarse en la cabaña. —Vale, a ver si me aclaro: tengo que avisarte si esta tía sale de la cabaña, ¿no?

—Erika. Se llama—

—Dios *mío*—

—Sí. Y tienes que llamarme y seguirla si sale. Asegurarte de que no se meta en líos.

—¿Hasta que vuelvas?

—Sí.

Miró el reloj. —Sin problema.

—Gracias. Te tendré preparado un pack de cervezas y el fútbol en la sala cuando vuelvas. Y a Culito-B si hay suerte.

Resopló.

—Nos vemos, tío.

Gunner me llamó cuando ya me alejaba.

—¿Sí? —me giré.

—Está un poco más pálido, Ax —se le quebró la voz. Si no hubiera crecido con él, ni lo habría notado—. Solo para que lo sepas.

Tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta, asentí y me adentré en el bosque.

32

ERIKA

—Si vas a pasarte el día rondando fuera de mi cabaña, al menos podrías aprovechar para hacer ejercicio —dije con una sonrisa.

Apoyado contra un árbol, Gunner no apartaba la vista del arma que había desmontado en su regazo. —Si crees que me pillaste desprevenido, más te valdría entregarte tú misma a los V Negros.

—Oh, vamos, ni siquiera te inmutaste. Admítelo, te pillé desprevenido.

Gunner empezó a montar el arma metódicamente, con la velocidad y eficiencia de alguien que lo había hecho un millón de veces, y por alguna razón, no me cabía duda de que así era.

Sin levantar la vista, dijo: —Te despertaste a las siete veintitrés, deambulaste por la cabaña un rato —fingiré que no sé que estabas buscando a Ax— antes de quedarte mirando por la ventana trasera tanto tiempo que tuve que asegurarme de que no estabas sufriendo algún tipo de episodio. Luego, preparaste café, y si tuviera que adivinar, dentro de la pequeña taza blanca que elegiste había tanto azúcar como ese brebaje que hiciste. ¿Quién pone cuatro cucharadas para una sola taza? Después, pintaste un rato —impresionante, eso lo admito. A continuación, una ducha. Por la cantidad de vapor, diría que bien caliente…

Arqueé una ceja y crucé los brazos sobre el pecho.

—No te preocupes, no vi nada. Después de eso, más pintura. Pero luego te pusiste inquieta. Así que, ahora, aquí estás con unos leggings de camuflaje, una camiseta gris de tirantes con un pequeño desgarro en la esquina inferior izquierda, debajo de una sudadera azul, una goma naranja en el pelo —con la que Celeste se lo pasaría en grande— a punto de preguntarme si me gustaría salir a correr contigo. No porque quieras, sino porque sabes que si me parezco en algo a mi hermano, del que te has enamorado perdidamente, sabes que me dejaría matar antes de perderte de vista, por el compromiso que hice con mi hermano pequeño.

Con un *clic,* la última pieza del arma encajó en su lugar. Gunner se levantó del suelo y por fin me miró de frente, arma en mano. Alcé la barbilla al notar que era unos centímetros más alto que su hermano, que ya pasaba del metro ochenta. Cuando conocí a Gunner por primera vez en la casa principal, se había mantenido en las sombras, más o menos, observando la interacción entre mi hermano y los suyos. El término «profesional silencioso» me vino a la mente. El hombre tenía una presencia innegable. Como Ax, era un armario y tenía ese aire de atractivo rudo. Se parecía a sus hermanos gemelos, pero sin ese porte de quarterback estrella. Había algo diferente en Gunner, algo más oscuro, menos de portada de revista. Algo gélido detrás de unos ojos negros como el carbón que, francamente, me ponía los pelos de punta.

Se irguió sobre mí de forma intimidante, ya fuera a propósito o como parte del carácter brusco que definía a Gunner Steele, y dijo:
—Así que, Erika Zajac, dime tú si sabía que te estabas acercando sigilosamente por detrás como un gorila de doscientos setenta kilos.

Abrí la boca para responder, pero no estaba muy segura de cómo abordar la hostilidad que se cernía sobre mí. Estaba a punto de escabullirme de vuelta adentro cuando dijo…

—Quítate esa chaqueta.

—¿Qué? Hace unos catorce grados aquí fuera.

—Catorce exactos. Y te vas a arrepentir cuando empecemos a subir la montaña. No pienso llevártela.

Me subí la cremallera, otra muestra infantil de desafío de la que yo misma empezaba a estar harta. —Estoy bien —dije.

—Como quieras. Vamos. —Se metió el arma en la cintura del pantalón y echó a andar.

—Espera.

Se detuvo y soltó un suspiro molesto mientras se giraba.

—Llevas vaqueros y botas. Puedo esperar mientras te cambias.

—¿Por qué tendría que cambiarme?

—… … Muy bien entonces. —*Dios.*

Salimos a trotar, despacio al principio, y luego fuimos aumentando la velocidad, como un dial que se iba subiendo poco a poco. Me di cuenta de que me estaba presionando, poniéndome a prueba, para ver cuánto tardaría en cansarme y rendirme. Sabía que cada una de sus zancadas equivalía al doble de las mías, pero le daba igual. Me estaba desafiando, tal vez porque no le caía bien, o por mi relación con su hermano pequeño, que obviamente había captado.

Íbamos a toda velocidad cuando empezamos a subir la montaña. Estaba empapada de sudor bajo esa maldita chaqueta.

Miré a Gunner: apenas jadeaba.

Apreté los dientes y aceleré, salté por encima de un tronco caído y me adelanté.

Y así fue básicamente nuestra carrera de una hora por el bosque: yo a punto de alcanzarlo, y luego él acelerando de nuevo.

Tenía las piernas entumecidas cuando llegamos a la Cabaña 2. Jadeante, me apoyé en la barandilla.

Gunner retomó su lugar en las sombras detrás de mí.

—Gracias por la carrera —dije, medio sarcástica, medio seria. Me giré y me encontré con un par de ojos negros entrecerrados. Una sola gota de sudor le rodó por la cara.

—Axel no necesita más drama en su vida ahora mismo.

—Lo entiendo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Me miró fijamente por un momento, luego se giró y desapareció de vuelta en el bosque.

—No tienes que espiarme, ¿sabes? No voy a ir a ninguna parte.

Lo observé con el rabillo del ojo mientras empujaba la puerta principal.

Él no se lo creía más que yo.



Unas nubes densas se habían instalado, lo que mantenía las temperaturas bajas y el sol oculto. Era una tarde oscura y lúgubre, con el viento trayendo olor a lluvia. Tenía el estómago hecho un nudo y el corazón aún no se me había calmado del todo después de la carrera.

Era el momento.

Gunner tenía razón, Ax no necesitaba más drama. Y francamente, yo tampoco. Había cosas que hacer, que resolver.

Que acabar.

Así que esperé, pintando, observando el lindero del bosque hasta que finalmente Ax apareció entre las sombras y relevó a su hermano en mi vigilancia. Nuestras miradas se cruzaron a través de la ventana y el corazón me dio un vuelco. La comisura de sus labios se elevó y levantó un dedo, indicando que volvería pronto. Después volvió su atención hacia su hermano y se enfrascaron en una conversación mientras desaparecían por el camino de grava que llevaba a la casa principal.

No, Ax no necesitaba más estrés en su vida. No me necesitaba a mí.

Recogí el caballete, el lienzo y las pinturas, y eché un último vistazo al paisaje desde mi cabaña.

Él estaba ahí fuera. Lo sentía.

Era el momento.

Me aparté de las ventanas y capté mi reflejo en el espejo del dormitorio.

Por ti, Baba.

Apreté los dientes, salí por la puerta trasera y recorrí el bosque con la mirada para asegurarme de que estaba sola. Una ráfaga de

viento me azotó mientras me adentraba en el bosque, oscurecido por la lluvia inminente. El corazón me latía con fuerza a cada paso, sin saber qué iba a pasar. Lo único que sabía era que yo, y solo yo, podía poner fin a todo aquello. Él no dejaría de perseguirme, Ax lo sabía tan bien como yo. Y, como había hecho durante trece años, escaparía de la policía y se escondería en cualquier agujero en el que viviera. O tras cualquier identidad que se hubiera inventado.

Era hora de enfrentarlo, de enfrentar la pesadilla que nunca me había soltado.

Como diría mi abuela, *Que Sera Sera.*

Lo que será, será.

Mientras me adentraba más en el bosque, ofreciéndome como cebo, sabiendo que caminaba hacia mi muerte, me sorprendió no sufrir un ataque de pánico. En cambio, sentí alivio. La culminación de una vida llena de miedo, culpa, arrepentimiento y rabia, que por fin llegaba a su punto álgido.

Estaba lista. Demonios, era casi como si estuviera emocionada. Por fin había llegado el día. El final.

Que Sera Sera.

Aceleré el paso al ritmo de mi pulso mientras recorría el mismo sendero por el que Ax me había llevado el día anterior. Por fin lo vi. El viejo roble, firme entre un torbellino de hojas arremolinadas. Respiré hondo, me abrí paso entre la maleza y empecé a montar el caballete.

Un rayo de sol atravesó las nubes y brilló sobre las hojas doradas del árbol. Casi podía ver a Ax con su hermano mayor en aquel árbol. Cuando las cosas eran fáciles, felices. Buenas.

Con una sonrisa, me acomodé y empecé a pintar. Sería mi regalo para Ax, para el hombre del que me había enamorado. Pasara lo que pasara, este sería mi regalo para él.

Mojé el pincel en la pintura y empecé a pintar el árbol.

Una lágrima me rodó por la mejilla mientras daba una pincelada tras otra, emociones que solo podían expresarse mediante colores. Él lo entendería.

Ax lo comprendería.

Le encantaría.

Pinté, y pinté, y pinté.
Y esperé.

33

AXEL

Observaba su larga melena rubia mecerse con la brisa mientras, de algún modo, capturaba un recuerdo con cada pincelada. Mi hermano y yo, justo ahí, en su lienzo.

La amaba. Por Dios y todo lo sagrado del mundo, amaba a esa mujer.

Desde mi escondite tras un matorral, estaba hipnotizado viéndola pintar mientras los recuerdos se desplegaban ante mí.

Iba a pasar el resto de mi vida con Erika Zajac. Ella era mía, yo era suyo, estaba escrito en las estrellas.

Casiopea.

Las cosas empiezan a mejorar, pensé, una fracción de segundo antes de oír una rama quebrarse a mis espaldas. Todos mis sentidos se pusieron en alerta; el instinto me advertía del peligro.

Yo —nosotros— no estábamos solos.

Una ráfaga de viento levantó las hojas en un torbellino que ahogaba cualquier sonido e impedía localizar movimiento alguno.

Alrededor de Erika.

Estaba aquí. Quienquiera que estuviese acechando a Erika estaba aquí. Lo sabía en las entrañas.

Y el hijo de puta no iba a salir vivo de estas montañas.

Miré hacia Erika, ajena a lo que la acechaba.

No podía —no iba a— permitir que le pasara nada.

Erika era *mía.* Mía para protegerla, mía para poseerla. La idea de que alguien quisiera arrebatármela desató en mí una tormenta de furia tan abrasadora que mis pensamientos se redujeron a un único objetivo: matar al hombre que pretendía quitármela.

Entrecerré los ojos, escudriñé el bosque, me puse de puntillas, listo para matar.

Su cabeza calva destacaba como un faro bajo el sol.

Mack, el guardaespaldas. Debería haberlo imaginado.

Estaba agazapado tras un arbusto, con la mirada clavada en su presa: el amor de mi vida recién descubierto.

La rabia me recorrió las venas como un huracán mientras sacaba la pistola del cinturón y me internaba en el bosque con el sigilo de un león acechando a su presa. Pero a diferencia de la bestia paciente y serena, yo era una mecha encendida a punto de estallar.

Agachado, fui saltando de árbol en árbol, bordeé la ladera de la montaña y rodeé para acercarme por detrás.

El corazón me martilleaba en el pecho. Más cerca, más cerca, hasta quedar a menos de un metro de él. Ni siquiera me oyó. Tenía los ojos clavados en Erika, que pintaba a poca distancia.

Me deslicé tras un árbol, apunté a su nuca reluciente, entrecerré los ojos… pero antes de que pudiera apretar el gatillo—

Mack salió disparado del arbusto con su propia pistola —apuntando a la cabeza de Erika. Me lancé desde detrás del árbol, salté la maleza y lo placé por el costado. Rodamos por el suelo y caímos con un *golpe sordo* contra una roca.

Me alcanzó con un gancho de derecha que me hizo retroceder. Mack me sacaba al menos veintitrés kilos, y sumado a la descarga de adrenalina que nos recorría a ambos, supe que me esperaba una pelea de las buenas. Respondí con un gancho ascendente y un golpe al riñón, y me puse en pie de un salto. La sangre se me acumulaba en la boca mientras nos enzarzábamos en un brutal combate cuerpo a cuerpo, sin que ninguno supiera dónde habían ido a parar las pistolas. Ataqué primero y lo derribé de espaldas. Forcejeamos, llovían los puños. Aprovechando la gravedad, lo arrastré al suelo y lo

inmovilicé. Fue entonces cuando vi la *V* negra tatuada en la parte superior del brazo.

Mack pertenecía a la infame y brutal pandilla.

Aprovechó esa fracción de segundo de distracción, rodó sobre mí y me rodeó el cuello con las manos. Me habían estrangulado antes, sobre todo mis hermanos, pero nunca un hombre que sabía que si *yo* no moría, *él* moriría. Le golpeé el costado de la cara sin piedad, le estrellé el puño en las orejas, la mandíbula, los pómulos, pero no se inmutó. Con el rostro crispado de rabia, apretó; la desesperación y la adrenalina alimentaban la fuerza de su agarre.

Mierda, fue mi único pensamiento antes de que la visión empezara a fallarme. Los gruñidos, el roce de mis piernas contra el suelo, los sonidos de la naturaleza a mi alrededor empezaron a desvanecerse en un *wump, wump, wump* como aspas de helicóptero cortando el aire. Los dedos empezaron a hormiguearme, las fuerzas me abandonaban.

Erika.

Erika.

El corazón me latía desbocado como el de un yonqui en plena sobredosis y los ojos se me salían de las órbitas mientras el mundo empezaba a dar vueltas.

Si yo moría, ella moría.

No.

Una descarga repentina de adrenalina me atravesó como si me hubieran conectado a la corriente eléctrica. Le arranqué las manos del cuello, lo agarré del cuello de la camisa, tiré de él hacia mí y le estampé la frente en la nariz. La sangre le brotó de la cara como de una fuente. Se le pusieron los ojos en blanco mientras su cuerpo rodaba lejos de mí. Escupí la sangre que tenía en la boca, le agarré la cabeza y se la estampé contra la roca.

Se acabó el juego.

Con las esposas de su propio cinturón, até su cuerpo inerte a un árbol y eché a correr hacia Erika.

Pero Erika había desaparecido.

34

AXEL

Corrí entre la maleza con la mirada fija en el paisaje mientras me acercaba al árbol. La mente me iba a mil, el corazón me retumbaba en el pecho. Sabía que Erika no había huido porque, dura y valiente como era, se habría lanzado a la pelea entre Mack y yo.

Lo que significaba que alguien se la había llevado.

Eran dos. Mack no había sido más que una distracción mientras otro esperaba la oportunidad de atacar.

El caballete de Erika estaba tirado de lado, la pintura embadurnada sobre su hermosa creación. Las hojas, esparcidas bajo mis pies; cubos de pintura derramados por todas partes.

Me incliné y recogí el collar de seguridad que le habían arrancado del cuello.

Había luchado contra él.

Mi chica había plantado cara a quien intentó llevársela.

El pánico que sentí en ese momento casi me paralizó. Miré frenéticamente a mi alrededor mientras la mente me luchaba por formar un solo pensamiento, un solo plan.

El rostro de Erika me vino a la mente, esos ojos azules, ese fuego que ardía en su interior. Había luchado contra él. Por su abuela, por ella misma. Por mí.

Pero no la había matado, caí en cuenta mientras el cerebro me volvía a funcionar. Se la había llevado.

Por supuesto que sí. Al bastardo probablemente le habían ordenado llevarla ante los V Negros, para redimirse, para recuperar su favor y el derecho a vivir. Si el pasado servía de guía, los V Negros la torturarían antes de matarla.

Un vídeo que se volvería viral en cuestión de horas.

«Rastrea», pensé.

«Rastréala».

«Rastréa*los*».

Mi mirada se posó en un hueco entre las hojas, luego otro, y otro más. Los seguí, adentrándome en el bosque. El terreno se volvió más rocoso y al final perdí el rastro.

—*Mierda* —escupí mientras giraba sobre mí mismo.

Cassi, mi ciervo de cola blanca de treinta y seis puntas, se encontraba bajo un grupo de pinos y me miraba fijamente.

Parpadeé y le sostuve la mirada con la extraña certeza de que, de algún modo, se estaba comunicando conmigo. Como atraída por un imán, una pierna se movió hacia delante, luego la otra. Paso a paso, sin apartar los ojos de Casiopea, avancé entre la maleza, fijo en su mirada.

Llegué a menos de dos metros del ciervo que había perseguido durante meses, cuando se giró, saltó entre los árboles y desapareció en las sombras.

Me adentré en la espesura de pinos y comprendí por qué no apreté el gatillo aquel día. Karma: las acciones de una persona definen su futuro.

Debajo de donde había estado el ciervo había una pequeña bola de tabaco cubierta de saliva fresca.

Mi Cassi me había conducido hasta él.

Agarré el móvil.

—Wolf al habla.

—Wolf, necesito que saques las imágenes de seguridad de la Fiesta de la Cosecha de Otoño. *Ya*.

—Tío, ¿qué...?

—*Ya* —grité.

El ajetreo frenético al otro lado del teléfono confirmó que Wolf había captado la urgencia de mi voz. Escuché con impaciencia cómo se abría una puerta, unos clics, y luego:

—Vale, iré tan rápido como pueda, pero me llevará un momento hackear las cámaras del hotel.

El corazón me martilleaba. Esperé, sabiendo que cada segundo alejaba más y más a Erika.

—Vale. Estoy dentro.

Empecé a caminar de un lado a otro.

—Hay un tipo, de unos cuarenta y tantos, solo, con una máscara dorada con cuernos, pelo oscuro recogido en coleta, traje vintage, una mascada de tabaco en la boca, así que probablemente lleve un vaso de poliestireno. Encuéntralo.

Eché a correr hacia la casa principal.

—Lo tengo. Caucásico, alrededor de un metro ochenta.

—Es él. Necesito un nombre.

—Mmm...

—Había una hoja de registro en la entrada. A ver si puedes hacer zoom cuando entre.

—Buena idea... espera... vale, ahí está. Déjame hacer zoom en el libro... Y... tu chico del tabaco se llama Lex Moreno.

—Lex Moreno —el nombre me salió de la boca como veneno—. Es él. Ese es nuestro hombre, Wolf. Ese es nuestro hombre.

—¿Te refieres al gánster del sótano?

—Sí. Necesito su ubicación ahora mismo. Tiene a Erika.

—Vale, me llevará un momento localizar su móvil, pero puedo conseguirte su dirección particular bastante rápido.

—No. No, no la llevaría a su casa, de ninguna manera. La llevaría directamente a los V Negros. Cada segundo cuenta para él. No... —Se me entrecortó la respiración—. Le harían quedar en un lugar alternativo. *Mierda*... ¿tiene alguna otra dirección?

—No. No veo nada.

El corazón se me aceleró al visualizar a Lex Moreno, su chulería al caminar, cómo no dejaba de mirar a Erika. Los minutos entre verlo y el momento en que sonaron los disparos. Lex no había pretendido matarla esa noche; había pretendido crear una distracción y

llevársela. Recordé la música, el baile, nuestra conversación sobre su traje: vintage, clásico...

—Espera. Había un coche clásico allí. Un Cadillac Eldorado de 1959. ¿Dónde conseguiría alguien un coche así por aquí? —Salí disparado del bosque y corrí hacia el garaje.

—Hay un taller de coches clásicos en las afueras. He ido un par de veces. ¿Crees que...?

—Sí, búscalo.

—Espera... *Vaya*, ¿a que no adivinas quién aparece en la portada de la web? Es de Lex Moreno.

—Mándame la dirección.

—Hecho.

—Vale, llama a la policía y diles que Lex Moreno es miembro de los V Negros y que mató a Jessa Watson. Diles que tiene a Erika y que manden todas las unidades disponibles al taller. ¿Entendido?

—Entendido.

Me subí a mi Harley.

—Dile a Gage que vaya al árbol al que Feen y yo trepábamos de niños. Sabrá cuál es. Hay un tío esposado a un árbol cerca de allí. Necesito que se quede con él hasta que llegue la policía. Además, a unos nueve metros al suroeste, entre unos pinos, hay una bola de tabaco. Dile a la policía que la guarde en una bolsa: es el ADN del tipo, para demostrar que estuvo en la escena. Y manda a Gunner al taller. Me da que voy a necesitar refuerzos.

—¿Algo más?

—Sí... —se me hizo un nudo en la garganta—. Hay un cuadro, eh, delante del árbol al que Feen y yo trepábamos... ¿Puedes llevarlo a un sitio seguro? No quiero que le pase nada.

—Sí, yo me encargo.

—Gracias, tío.

—Ax, ¿estás bien?

Arranqué la Harley y su rugido resonó por el bosque como una advertencia.

—Aún no lo sé.

Colgué, memoricé las indicaciones y aceleré por el camino de entrada rezando por llegar a tiempo.

35

ERIKA

—Sal.

La puerta del coche se abrió y me sacaron de un tirón del pelo. Tropecé y caí de rodillas. Una bota se estrelló contra mi costado como castigo, y una oleada de dolor vertiginoso me atravesó las costillas.

—Levántate.

Apreté los dientes, con el sabor de la sangre de cuando me había golpeado en la cara al intentar defenderme.

Me puse de pie. El dolor me recorría el cuerpo en oleadas, revolviendo mi estómago y llevando mi odio hacia él al límite.

Se me había acercado por detrás en el bosque y me había puesto una cuchilla en la yugular. Me vi obligada a ponerme de pie, y la cuchilla me perforó la piel al hacerlo. Gracias a las lecciones de defensa personal de Ax, sabía qué hacer cuando alguien se me acercaba por detrás.

Le di un codazo al bastardo en el estómago y le clavé el tacón en la espinilla, luego me lancé hacia adelante. Llegué a unos seis metros antes de tropezar con una raíz. Me atrapó, me golpeó con la fuerza de un mazo y me ató las muñecas. Después volvió a ponerme el cuchillo en el cuello y me obligó a atravesar el bosque.

Lo reconocí de inmediato. La máscara dorada con cuernos, la coleta negra, el traje vintage, de la Fiesta de la Cosecha.

Me habían llevado a un viejo edificio metálico oxidado en lo profundo del bosque. Raíces enmarañadas de arbustos moribundos bordeaban las paredes, y las ramas largas y retorcidas de un viejo arce envolvían el edificio como dedos de bruja.

Una de las dos puertas del garaje empezó a abrirse.

Las nubes se abrieron y la lluvia empezó a golpearme los hombros.

Flanqueado por dos guardias de seguridad enormes, un hombre con traje de rayas azules salió de las sombras del garaje. Sus ojos oscuros y entrecerrados me recorrieron de arriba abajo.

El senador Inglewood.

Me arrojaron al suelo y la mejilla se me estampó contra la tierra fría y húmeda. El senador se acercó; sus zapatos negros y brillantes quedaron a la altura de mi nariz.

—Parece que opuso resistencia, Lex —su voz profunda era tranquila y absolutamente escalofriante.

Lex.

—Qué va, no es más que una perra débil.

La lluvia arreció y las gotas se convirtieron en un diluvio sobre mi espalda. Levanté la cabeza y parpadeé para quitarme el agua de la cara. Al menos una docena más de hombres había salido sigilosamente del garaje, varios detrás del senador, el resto apostados en cada esquina del edificio y en la entrada del camino de acceso. Todos empuñaban AK-47.

Estaba rodeada.

—Tengo dinero —forcé las palabras con toda la fuerza y confianza que pude, aunque por dentro me sentía como agua.

El Jefe, alias senador Inglewood, resopló mientras me estudiaba.

—¿Te parece que necesito dinero?

—Quizás tú personalmente no, pero tu operación sí.

—¿Y qué sabes tú de mi operación?

Un hormigueo lento, como chispas de un fuego, se arremolinó en mi estómago, una rabia que nunca antes había sentido en mi vida. Apreté los dientes y me puse de pie sin importarme que pudieran

dispararme. Le di la espalda a Inglewood y me giré para quedar cara a cara con Lex. Las armas se alzaron hacia mi cabeza.

Di un paso adelante. La lluvia me empapaba la cabeza y los hombros, y goteaba de la punta de mi nariz.

Me presionaron un arma contra la nuca, una advertencia.

Levanté la barbilla.

—Sé que los cuarenta y seis dólares con dieciséis centavos que le robaste a mi abuela después de matarla a golpes probablemente te alcanzaron para comprar esos implantes baratos que llamas pelo —le escupí en el ojo.

Una pistola me golpeó en la cara. Escupí sangre y me doblé, y entonces me patearon brutalmente. Me desplomé en el suelo y me acurruqué en posición fetal mientras me pateaban como a un perro callejero.

Un golpe en la cabeza hizo que todo me diera vueltas y en mi mente se materializó una imagen de mi abuela, diciéndome que estaba orgullosa de mí. Las lágrimas se mezclaron con la lluvia y la sangre que me resbalaba por la cara mientras perdía y recuperaba la conciencia.

Ya voy, Baba.

Ya voy.

—Alto —exigió Inglewood.

El mundo a mi alrededor se quedó quieto. Parpadeé con mi ojo hinchado y ensangrentado y levanté la vista. La luz tenue brilló en el cañón de una pistola cuando Inglewood se la entregó a Lex.

Mi mirada se desvió hacia los hombres que me rodeaban y se detuvo en el que sostenía un móvil grabando. Me estaban grabando.

Esto era todo.

Cerré los ojos al oír la bala deslizarse en la recámara.

Ya voy, abuela.

36

AXEL

Había llegado minutos después que ellos, tras dejar mi Harley en el borde del bosque para que no me oyeran acercarme. Con la empuñadura del cuchillo en una mano, corrí por el bosque como un animal, como un ciervo. Salvaje. Feroz.

Letal.

Llegué al lateral del garaje justo cuando sacaban a Erika del coche.

Diez hombres en total, cada uno armado con una ametralladora.

Yo solo.

Me puse la hoja entre los dientes, salté para agarrar una rama baja del roble junto al garaje y me impulsé hacia arriba. Mientras ascendía por el tronco, me asaltaron recuerdos de cuando escalaba con Feen de niños. Me agazapé en cuclillas en la rama más alta, con el cuchillo entre los dientes.

Desde mi posición sobre el garaje, observé cómo Lex Moreno golpeaba a la mujer de la que me había enamorado.

En cada misión llega un momento en el que el entrenamiento, las noches sin dormir, cada objetivo alcanzado, cada vida arrebatada y todo lo que aprendiste confluyen en una fracción de segundo cuando más lo necesitas. No tiras de manual, tiras de instinto. Esa es la diferencia entre un hombre y un soldado. Cuando no quedan

opciones, cuando estás contra la pared, cuando todas las malditas probabilidades están en tu contra, salta un interruptor. Un interruptor que difumina la línea entre bestia y humano.

La voluntad de vivir era fuerte, pero ¿la voluntad de salvar la vida de alguien a quien pones por encima de ti mismo? Eso te lleva a otro nivel de salvajismo. Porque en ese momento, nada en el mundo me habría impedido salvar a mi mujer.

Mi respiración era calmada, mi pulso un latido constante mientras salía del lindero del bosque y trepaba por el arce rojo como una serpiente, serpenteando entre las ramas, más alto, más alto, más alto. Aunque oía sus gruñidos por encima de las risas de los guardias, me mantuve concentrado, avancé por la rama más larga, esquivé cada hoja frágil, cada ramita, hasta quedar directamente sobre ellos.

Entrecerré los ojos al contar a cada hombre —nueve, para ser exactos—, y la comisura de mi labio se curvó. Nueve hombres a punto de exhalar su último aliento.

Nueve contra uno.

Acepto esas probabilidades cualquier puto día.

La adrenalina empezó a dispararse; mi cuerpo sabía que se iba a liar parda. Esos hombres estaban a punto de morir.

Un baño de sangre bajo la lluvia.

Mi pistola estaba en algún lugar del suelo del bosque, junto a la del guardia de alquiler, así que saqué el KA-BAR de la bota. Los dedos me hormigueaban al agarrar la empuñadura.

Alguien apuntó con una pistola a la cabeza de Erika.

El mundo a mi alrededor se desvaneció —los sonidos, la lluvia, el latido de mi corazón— mientras me deslizaba por la rama, que empezaba a ceder bajo mi peso.

Una bala entró en la recámara.

Fue entonces cuando todo se volvió borroso.

Solté un grito gutural al dejarme caer de la rama con el cuchillo en alto. Oí el crujido de las costillas de Lex antes de que mis pies tocaran el suelo. Arranqué la hoja de su cuerpo; la sangre me salpicaba la ropa cuando sonó el primer disparo.

Las balas silbaban a nuestro alrededor mientras me lanzaba sobre el cuerpo de Erika.

37

ERIKA

Cuarenta y ocho horas después…

Abrí los ojos a un caleidoscopio borroso de colores que giraba frente a mí. Parpadeé, esperando a que mi cerebro reaccionara mientras la habitación empezaba a tomar forma a mi alrededor. Estaba en la habitación de Ax.

Una luz tenue brillaba en la esquina. El olor a café recién hecho e incienso quemado flotaba en el aire. Algo se movió sobre mi mano y giré la cabeza.

—Buenos días.

Una sonrisa me iluminó el rostro, una alegría instintiva que me nacía de lo más hondo con solo verlo. Intenté incorporarme.

—Espera, cariño, para.

Ax se levantó de un salto y empezó a apilar almohadas a mi espalda mientras me ayudaba a sentarme.

Hice una mueca cuando un latigazo de dolor me atravesó el torso. Ax me apretó la mano y todos sus músculos se tensaron.

—Estoy bien.

Me recosté contra las almohadas y le acaricié la palma con el dedo, deseando que la furia de esos ojos se disipara. Era la misma

mirada que había visto en él cada vez que despertaba y lo encontraba a mi lado en los últimos dos días.

—Me siento mejor.

—Mentirosa.

—Vale.

Sonreí.

Él sonrió.

—Estás muy guapa en mi habitación.

—Tú siempre estás guapo… ¿Qué hora es?

—La una y cuarenta y cuatro —respondió al instante, como si hubiera estado pendiente del reloj. Probablemente así era.

Ax cogió una bandeja de encima de la cómoda y me la puso en el regazo. Había un cuenco de sopa de pollo, pan crujiente y un vaso grande de agua con hielo.

Ladeé la cabeza.

—La sopa está caliente y el hielo no se ha derretido. ¿Cómo sabías cuándo me iba a despertar?

—La he estado cambiando cada media hora.

Negué con la cabeza.

—Ax, no tienes que cuidarme así. Tienes tu trabajo, tu vida. Estoy bien, te lo prometo, tú…

—Tú eres mi trabajo; tú eres mi vida ahora mismo, Erika.

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Se me puso la piel de gallina a su paso.

—¿Puedes comer? ¿Vas a comer?

—Lo haré, en cuanto me cuentes qué me he perdido.

Como si fuera una señal, el zumbido de una alerta nos hizo mirar hacia el televisor de la esquina. *«Noticias de última hora»*, seguido de una imagen del senador Inglewood esposado mientras lo metían en la parte trasera de un coche patrulla. Tras él, una fila de hombres, todos con V negras tatuadas en los antebrazos.

Miré a Ax.

—Cuéntame.

Se puso a caminar de un lado a otro junto a la cama.

—Es gordo, Erika. Enorme. Diecisiete detenidos hasta ahora, y según Jagg, una mina de pruebas que vincula a los V Negros con

docenas de asesinatos y casos sin resolver, y un rastro que lleva a los federales hasta casi todos los miembros. Es una operación global. El senador Inglewood es el pez gordo, el cabecilla. El tío lleva metido en esto desde adolescente. Pero lo pillamos. Se viene abajo.

Cerré los ojos y respiré hondo; luego sentí el colchón hundirse cuando Ax se sentó a mi lado.

—Y todo es gracias a ti, Erika. Tú sola has desmantelado una organización global responsable del asesinato de cientos de personas. Joder, quizá miles a lo largo de las décadas.

Solté el aire.

—Erika…

Ax me cogió la mano; el brillo de sus ojos me provocó un revoloteo de mariposas en el estómago.

—Lo conseguiste. Baba estaría orgullosa.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Erika…

Ax se metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña bolsita de terciopelo rojo.

El corazón me dio un vuelco. Llamadlo intuición, llamadlo sexto sentido. Llamadlo estar conectada con el hombre que se había adueñado de mi alma.

Me entregó la bolsita y me temblaron las manos al tirar de los cordones.

Un pequeño anillo de oro con tres piedras azules cayó en mi regazo.

—Mi anillo…

Lo dije en un susurro ahogado.

—El anillo del pájaro azul de Baba.

Asintió.

—¿Cómo…?

Le di vueltas entre las manos.

—Dios mío. ¿Dónde…?

—En una casa de empeños.

—¿Una casa de empeños?

—Cuando el anillo no apareció en el registro de la casa de Lex, fui a una casa de empeños en las afueras que, según los rumores,

llevaban los V Negros. Allí estaba.

—Dios mío.

—Y lo pagué con billetes de cien dólares que los federales están rastreando. Los pillaremos a todos.

Sonrió.

—A Baba le habría gustado eso —dije sorbiendo las lágrimas—. Le habría gustado mucho.

Las lágrimas brotaron, un torrente de emociones incontrolables que me corrían por la cara.

Ax me atrajo hacia él, me acarició el pelo y me dejó llorar.

—Gracias —susurré.

—Cásate conmigo.

Abrí los ojos de par en par, incrédula. Me aparté y lo miré fijamente.

—¿Qu…?

—Te quiero, Erika. Quiero todo de ti. Tu cabezonería, la fuerza bruta que llevas dentro. Tu determinación, tu pasión, el fuego de tu alma. Toda mi vida he analizado, diseccionado, cuestionado, planificado, sopesado cada decisión que he tomado, pero ¿esto? ¿Esto?

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tú, solo tú, me has enseñado algo incuestionable, innegable, inquebrantable. El amor verdadero, algo definitivo, absoluto, como nada de lo que haya estado tan seguro en mi vida. Te quiero, cariño, y te quiero a mi lado para siempre. Mi chica. Mi Casiopea.

Me quitó el anillo de la mano. —Cásate conmigo. —Una lágrima le rodó por la mejilla—. Cásate conmigo, Erika.

Le agarré el rostro mientras las lágrimas me rodaban por las mejillas.

Entre besos, entregué mi corazón, mi alma, a Axel Steele mientras él deslizaba el recuerdo de mi abuela en el dedo.

Erika *Steele.*

38

ERIKA

Dos días después, los moretones empezaban a desvanecerse y me sentía excepcionalmente bien, volvía a ser yo misma.

—¿Lista? —sonreí mientras enlazaba mi brazo con el de Ax, mi nuevo prometido.

—Estás deslumbrante. —Su mirada ardiente recorrió mi cuerpo, y aquel deseo me hizo querer arrastrarlo otra vez a la cama para el tercer asalto.

¿O era el cuarto?

Yo también lo repasé con la mirada: con su esmoquin negro y pajarita, era lo segundo más sexy que había visto en mi vida; lo primero, su cuerpo desnudo.

Alcé la vista hacia el cartel que rezaba: Erika Zajac, Exposición El Vuelo del Pájaro Azul. Un revoloteo de mariposas me invadió el estómago junto con una oleada de emoción.

Era yo misma. Se acabó Agatha Rose.

Por fin.

—Vamos —lo arrastré hacia el salón de banquetes, donde más esmóquines y vestidos de diseño desfilaban sobre el suelo de mármol. Docenas de focos dorados iluminaban cada uno de mis cuadros, los que había donado a la causa.

A dos causas, en realidad.

—Erika… —Mi hermano se acercó con una botella de cerveza en la mano.

—Vaya. ¿Nada de champán?

—Esta noche no. —Filip sonrió y dio un trago—. Gracias por esto. Tu primer cuadro se ha vendido por seis cifras.

En los últimos dos días había descubierto que mi hermano no era el hombre de negocios que yo creía, y que había llevado la empresa familiar a una montaña de deudas. Harrison Reid había sido el «CEO en la sombra» durante el último año, sin separarse nunca de Filip, intentando arreglar el desastre. ¿Y la razón por la que Filip estaba tan empeñado en esconderme? No era porque temiera perder más dinero, sino porque sabía que no tendría forma de pagar el rescate.

Descubrí que el vínculo entre hermanos, incluso en los peores momentos, era una fuerza poderosa.

Alcé la copa. —Solo unos cientos más para sacar a Zajac Investments de las deudas.

—No… —Un destello de orgullo brilló en sus ojos—. Acabo de vender la casa. Ayer.

—¿Qué?

—Sí. Hasta el último céntimo irá al negocio. Voy a recortar gastos. No necesito la mansión de papá. Me las apaño en un apartamento… —Levantó la botella—. Bebiendo cerveza barata.

No pude ocultar mi sonrisa. —Estoy orgullosa de ti.

—Tú me inspiraste. Y nunca podré devolvértelo.

—Empecemos por ser amigos.

—Hecho, hermanita.

Justo entonces, se acercó un hombre con el pelo canoso cortado al rape y traje azul.

—Ah —dijo Filip—, Erika, te presento al exteniente Davis, de los Marines.

—Axel. —El hombre sonrió afectuosamente y le tendió la mano.

—Teniente Davis, cuánto tiempo.

Se estrecharon la mano y luego se abrazaron, viejos conocidos de otra vida.

—No sabía que os conocíais —Filip los miró alternativamente.

—De otra vida.

—En efecto —el teniente Davis se volvió hacia mí—. Señorita Zajac, quería venir esta noche para agradecerle personalmente su generosidad. Ayudará a tantas personas que sufren a diario.

Asentí y bajé la mirada. Había querido mantenerlo en secreto, aunque no sabía muy bien por qué.

—¿Sufren? —preguntó Ax, ladeando la cabeza.

—Ah, ¿no te lo ha dicho? —Davis sonrió más ampliamente—. Tu prometida está donando parte de cada venta a la Fundación de TEPT de América. Sé que comprendes el sufrimiento y la ansiedad que padecen los soldados cuando vuelven de la guerra.

Sentí la mirada de Ax clavada en mí y noté que me sonrojaba.

—Erika… —Su voz sonó grave, profunda.

Antes de que pudiera alzar la vista, me arrastró a sus brazos. Aquella muestra pública de afecto me sorprendió más que cuando me levantó en vilo y me plantó un beso en los labios.

Se oyeron algunos silbidos en la sala.

—Te quiero, Erika. Eres la mejor decisión que he tomado en mi vida.

—Eres la única que he tomado yo.

Sonrió y volvió a besarme. Entonces empezó la música y comenzó el baile.

39

AXEL

Empujé la puerta fría y el estómago me dio el vuelco de siempre en cuanto entré en la habitación de hospital de mi hermano.

Wolf levantó la vista del portátil.

Le devolví el gesto con la cabeza y miré a Feen, los tubos que le salían de la cabeza, las máquinas que pitaban a su lado. La piel gris y cerosa, los labios casi iridiscentes. Tenía peor aspecto que los últimos días, si es que eso era posible.

Mi hermano. Mi héroe, al que me limitaría a mirar durante las próximas cuatro horas de mi turno.

—¿Algo? —pregunté.

Wolf negó con la cabeza y se incorporó de la almohada en la que había estado apoyado.

—No, todo sigue igual. Cuatro horas sin más que enfermeros y las noticias locales sobre la redada contra la banda.

—¿Enfermeros, eh? —bromeé.

—No te hagas ilusiones. Preguntaban por Dallas.

Me reí y Wolf soltó un suspiro.

—Sí, ni una sola mujer para distraerme.

—Qué suerte la suya.

Resopló.

Miré por la ventana, donde el crepúsculo ya cubría las montañas.

—Me he cruzado con Gunner de camino.

—¿Iba al campo de tiro?

—Seguro. Toma. —Le pasé una caja de magdalenas de calabaza con especias.

—¿De Dallas?

—Sí. Llevan linaza y otras cosas saludables. Glaseado sin azúcar y sin gluten.

—*Mmmm.* —Wolf puso los ojos en blanco y dejó la caja a un lado.

Justo entonces, llamaron a la puerta. Celeste asomó la cabeza y se detuvo.

—Adelante. Hay magdalenas.

—Oooh, magdalenas. —Se acercó a la caja—. ¿Cómo está?

—Igual. ¿Qué haces por aquí?

—Iba camino a casa y se me ocurrió pasarme. Ver cómo estabais todos.

—¿Cómo está Erika?

Celeste sonrió.

—Bien. Dallas le está preparando algo con col rizada.

—Maldita sea.

—Ya lo sé. Tranquilo, le he colado una bolsa de Cheetos.

—Gracias.

Señaló con la cabeza el ordenador de Wolf.

—¿En qué estás trabajando?

Soltó un suspiro y se centró en la pantalla.

—Parece bastante claro que el Knight Fox vive aquí, en algún lugar cercano. Y creemos que el Knight Fox mató a ese ruso, lo que desencadenó todo este lío.

—Cierto… —Celeste cogió una magdalena y apoyó la cadera en el brazo del sofá.

Continuó mientras ella miraba por encima de su hombro.

—Así que estoy pensando: ¿por qué no sacamos los nombres de todos los que viajaron a ruso desde aquí por las fechas del asesinato de Sokolov?

Arqueé las cejas.

—No es mala idea.

—No, pero… —dijo Celeste, masticando la magdalena como un caballo con una zanahoria—. Hay cuatro aeropuertos a los que se puede ir en coche. Es mucha gente que filtrar, por no hablar de las capas de seguridad que habría que hackear, incluso si pudieras.

Wolf levantó una mano.

—No sé qué me cabrea más, las migas que estás soltando sobre mi portátil de cuatro mil dólares o que cuestiones mis habilidades de hackeo.

Se echó hacia atrás.

—Lo siento. Vale, ¿qué rango de fechas manejamos?

—Sokolov fue asesinado el veinticuatro de octubre. Así que, en realidad, yo miraría el mes anterior y el posterior.

—Es una buena pista —dije mientras la mente empezaba a darme vueltas—. Creo que deberíamos investigarlo. Pero también hay que tener en cuenta los aviones privados.

—Sí, es mucho, pero… —Wolf se encogió de hombros—. Es lo que tengo.

—Veinticuatro de octubre… —repetí.

La magdalena que Celeste sostenía se le cayó al suelo.

—Oh. Lo siento. —Se dejó caer de rodillas y empezó a recoger los trozos.

Fruncí el ceño, observando sus movimientos repentinamente bruscos, como si su mente fuera a mil por hora.

—¿Qué? —le pregunté.

Parpadeó, levantó la vista, se lamió los labios y dijo:

—¿Qué fecha era?

—Veinticuatro de octubre, el año pasado —dijo Wolf, apartando las migas del zapato de una patada.

—¿Qué pasa, Celeste?

—Nada. —Negó con la cabeza—. No, nada. Solo… eh, estaba pensando en otra cosa. Nada. —Se levantó y cogió el bolso del sofá —. En fin, buena suerte con todo eso. Me tengo que ir, chicos.

La vi salir a toda prisa de la habitación y me volví hacia Wolf, que estaba mordisqueando lo que quedaba de la magdalena de ella.

—¿A qué ha venido eso?

—Vete a saber. Seguro que está con la regla.

Negué con la cabeza.

—¿Sabes? —dijo—. Estas magdalenas no están nada mal.

—Llévatelos todos.

Wolf agarró dos en una mano, el portátil en la otra, y se levantó. —Bueno, me largo. Creo que Dallas me tiene de turno mañana a mediodía.

—Vale, tío, disfruta de tu linaza.

Lo vi marcharse y luego centré mi atención en mi hermano, junto al que permanecería de pie durante las siguientes cuatro horas.

40

AXEL

Eran casi las doce de la noche cuando Gage me relevó y se quedó a hacer su turno. Habían sido cuatro horas de pitidos de máquinas y televisión con el volumen bajo, mientras mi mente no paraba de dar vueltas a lo que haría cuando encontrara al Knight Fox.

Pero había algo que no dejaba de interrumpir esos pensamientos: Celeste, y qué demonios le pasaba de repente. A Celeste casi nunca se le caía nada, y menos aún la comida. Algo le ocurría y quería saber qué.

Así que, después de llamar a casa y confirmar que Erika dormía plácidamente en mi cama, crucé la ciudad hasta la cabaña de Celeste, al pie de la Montaña Summit. Cuando la compró, aquella casa de dos dormitorios y dos baños estaba destripada, pudriéndose por dentro. Pero nuestra machota de Celeste había visto algo en ella y, para asombro de todos, la transformó en una cabaña encantadora rodeada de flores en flor y arbustos frondosos. Había trabajado sin descanso junto a nosotros y los contratistas locales para renovarla con sus propias manos. Era pintoresca, femenina, cálida y acogedora: el polo opuesto de Celeste.

Y todos nos preguntábamos si habría un lado de ella que nos ocultaba.

Como la mayoría de las mujeres, supusimos.

Recorrí el largo camino de entrada con mi Harley rugiendo suavemente en la noche silenciosa y me detuve junto al porche. Una luz tenue brillaba tras las cortinas echadas: primera sorpresa. Celeste estaba despierta. Su Jeep estaba aparcado en su sitio de siempre, junto a la casa, y desde donde yo estaba, nada parecía fuera de lugar.

Apagué el motor. Algo se me retorcía en las entrañas.

Entrecerré los ojos mirando la puerta principal.

Saqué la SIG del cinturón mientras me bajaba de la moto.

Algo no iba bien.

Me detuve en la puerta, atento a cada sonido a mi alrededor. El viento entre los árboles, el canto pausado e incesante de los insectos.

Eché un vistazo rápido por encima del hombro y probé el picaporte: abierto.

Mierda.

Giré el pomo y, sujetando el arma con las dos manos, empujé la puerta con la punta de la bota.

—¿Celeste? —llamé. El pulso se me aceleró.

Un tenue aroma a cena italiana flotaba en el aire, junto con el murmullo de las noticias locales desde un televisor en algún lugar del fondo. El aire estaba quieto.

Denso.

Crucé el umbral y el pie me resbaló sobre el suelo de madera.

Bajé la vista hacia las gotas de sangre que salpicaban el suelo oscuro. Avancé pegado a la pared, arrastrando los pies para evitar las gotitas que se perdían hacia el interior de la casa. Cada habitación estaba vacía, silenciosa, intacta.

Hasta que llegué al salón...

Donde un reguero de sangre cubría las paredes.



GUNNER

La historia concluye con Gunner...

Un exmarine taciturno sediento de venganza y una agente encubierta que tiene todo que perder se ven envueltos en un juego peligroso, donde la confianza es mortal y la atracción podría costarles todo.

Cuando la agente encubierta del FBI Lexi York aparece en la puerta de Gunner Steele exigiendo protección, él sabe dos cosas: ella no confía en él, y a él le da igual. Al menos hasta que revela que posee lo único que lleva años persiguiendo: información sobre el hombre que destruyó a su familia.

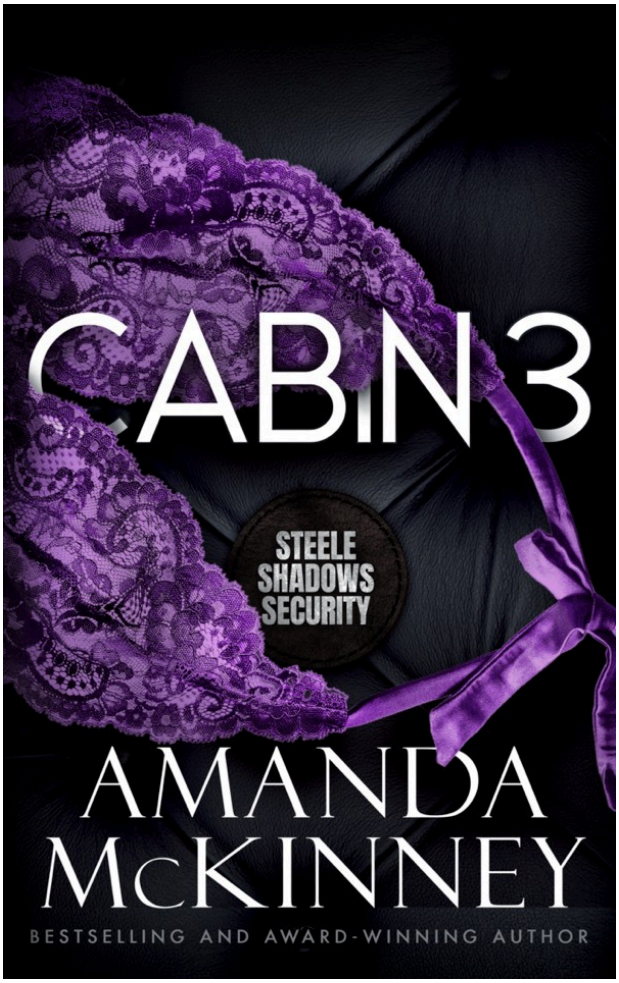
Inteligente, enigmática y enloquecedoramente irresistible, Lexi es todo lo que Gunner no necesita, y la única mujer que ha conseguido hacerle dudar.

Pero a medida que el cerco se estrecha y los lazos de sangre empiezan a resquebrajarse, Gunner se enfrenta a una elección imposible: vengar a su familia...

O proteger a la única mujer que podría ser su futuro.

¡Consigue tu ejemplar de Cabaña 3 hoy!

AVANCE


CABIN 3
STEELE
SHADOWS
SECURITY
AMANDA
McKINNEY
BESTSELLING AND AWARD-WINNING AUTHOR

Capítulo 1

Lexi

Mi piel ardía a medida que las ataduras me apretaban las muñecas, sujetándome al banco de madera donde me habían obligado a tumbarme. Un par de manos gruesas y callosas me agarraron los tobillos y los ataron a los listones de los extremos. Cerré los ojos bajo la venda negra que me cubría la cabeza, una reacción involuntaria al terror que me recorría las venas. Cada contacto con mi cuerpo, cada roce, cada sensación se multiplicaba por un millón porque no podía anticiparlo. Me habían arrebatado la vista, la voz, la movilidad, la libertad.

Tragué saliva con dificultad, notando el sabor a sangre donde la mordaza me había desollado.

Controla tu respiración...

Inhalé por la nariz. Luego exhalé, una y otra vez, tal como me habían enseñado. La habitación olía a viejo y a humedad. Un olor a moho que me recordaba al sótano donde mi hermana y yo solíamos refugiarnos y fingir que teníamos una vida mejor.

Controla tus pensamientos.

Contrólate.

Me habían quitado los zapatos y los calcetines, y solo llevaba la bata de hospital que me habían obligado a ponerme. Recuerdo ese momento con total claridad: el miedo, el pánico a que me desnudaran. Para mi sorpresa, me dejaron hacerlo a mí, y estaba tan agradecida que casi acepté encantada que me metieran en una jaula no más grande que la de un perro. Me habían permitido conservar mi dignidad. Esa «amabilidad» me sumió en una especie de estado de sumisión. Era una táctica, ahora lo sé. ¿Has oído hablar del síndrome de Estocolmo, en el que las víctimas se enamoran de sus captores? Ahora entendía cómo podía ocurrir. Cuando estás en lo más profundo del infierno, cuando te han arrebatado todo —incluida tu libertad—, algo tan simple como un cepillo de dientes se convierte en el mayor regalo del mundo, y el miedo se transforma

momentáneamente en gratitud genuina. Sentía que, como me habían dejado conservar la ropa, les debía algo.

¿Hasta qué punto es eso de enfermo?

Era lo más parecido al infierno que podía imaginar.

Justo cuando pensaba que no podía ir a peor, el ajetreo creciente a mi alrededor me indicó que me aguardaba una desagradable sorpresa.

Agucé el oído para captar los sonidos a mi alrededor. Nadie habló mientras revisaban mis ataduras. Había contado dos pares de botas sobre el hormigón. Uno se había quedado inmóvil y juro que sentía su mirada clavada en mí.

El que se movía a mi alrededor olía a humo de cigarrillo y antiséptico, lo que me recordaba a un hospital.

Ya había tenido miedo antes, pero el que sentí en ese momento era tan intenso que estaba convencida de que me daría un infarto si lo que esos tipos estaban a punto de hacerme no me mataba primero.

El tipo que olía a hospital se alejó de mí. Se abrió un grifo.

Se me revolvieron las tripas.

Sus pasos de vuelta resonaban como un tambor de guerra en el silencio, cada vez más cerca, aproximándome a la tortura que estuvieran a punto de infligirme. Luego, nada.

Silencio. Un silencio tan insoportable, tan aterrador, que, en una reacción incontrolable, empecé a forcejear contra las ataduras, retorciéndome en el banco al que me habían amarrado. Mordí la mordaza y de mi garganta brotó un gruñido gutural. Cuando la piel de la muñeca se me desgarró contra las ataduras, paré.

Con el pecho agitado, me quedé allí tumbada, amordazada y ciega, el corazón retumbándome en los oídos.

Di un respingo cuando unos dedos me tocaron la cara. Me quitaron la mordaza y un grito me desgarró los pulmones.

Me colocaron un trapo grueso sobre la nariz y la boca. Todo mi cuerpo se tensó de terror. Olí el agua antes de que me cayera encima.

Ahora sé por qué prohibieron el submarino.

Es un tipo de tortura completamente diferente. Una que tortura el cerebro, no el cuerpo. El submarino apenas implica dolor físico. Lo que desencadena es el pánico más profundo y primitivo que jamás había experimentado. La sensación de ahogarte, de asfixiarte, mientras estás atada es capaz de quebrar hasta a la persona con más fuerza de voluntad. En plena lucidez, jadeas buscando aire, pero no entra nada. Los pulmones se te comprimen como paredes de ladrillo a punto de desplomarse. Todos los sentidos se agudizan, todas las voces te dicen —no, te *gritan*— que vas a morir. Sentí que era testigo de mi propia muerte. Muriendo, allí mismo, muriendo en aquel banco. Plenamente consciente de lo que me estaba pasando.

Con el dolor, el cuerpo libera endorfinas, un analgésico natural contra el dolor y el estrés, hasta que al final te desconectas. El submarino es diferente. Es sentir literalmente que estás experimentando la muerte mientras tu mente y tu cuerpo permanecen intactos.

Fue una experiencia que me había perseguido cada noche, y cada día, desde entonces.

El agua cesó. Me retiraron la tela.

Escupí, me atraganté, tosí, boqueando en busca de aire.

Luego volvieron a ponerme la tela, seguida de más agua, pero esta vez duró más. Vomité en cuanto me la quitaron. Agua y bilis manando de las profundidades de mi estómago vacío.

Lo repitieron una y otra vez, hasta que sentí que mi conciencia empezaba a flaquear: una sumisión total a la muerte. Mi cuerpo se rindió, mi mente se rindió, y una sensación casi ingrávida se apoderó de mí, como si estuviera flotando hacia el cielo.

Estaba a punto de morir. Me había rendido.

—Suficiente.

La voz profunda me arrancó de mi estado onírico, como un ángel que me devolvía la vida. Reconocí la voz al instante.

Me quitaron la venda de los ojos y una luz fluorescente cegadora me provocó una oleada de náuseas.

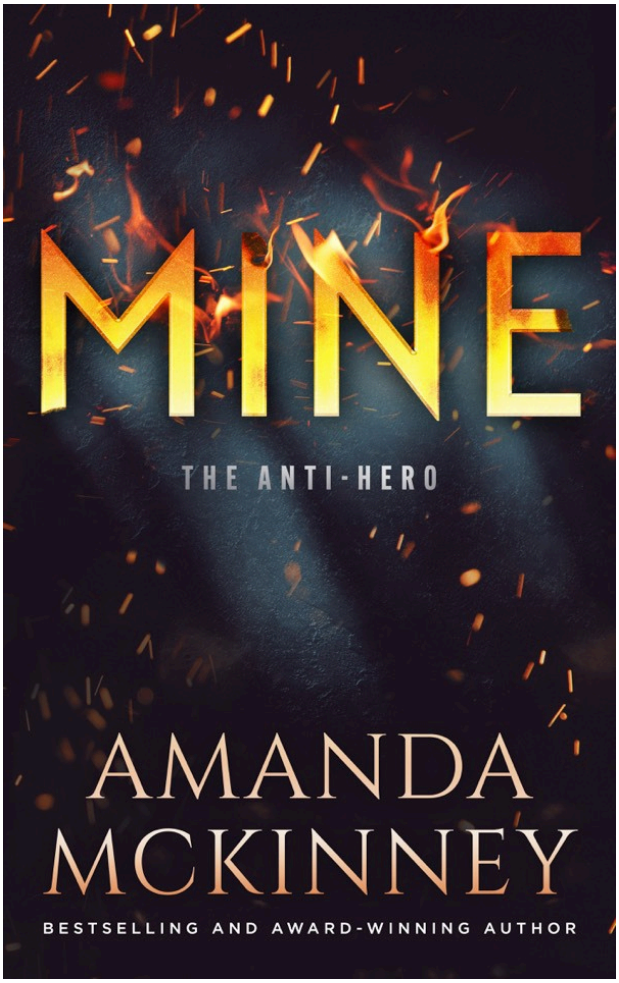
Una silueta imponente con traje de tres piezas se cernía sobre mí.

—Buen trabajo, señorita York.



★ MINE ★

Conoce al antihéroe (mi thriller romántico más ardiente hasta la fecha).



Un antihéroe solitario, un amor prohibido y una mansión siniestra repleta de secretos colisionan en este ardiente thriller romántico cargado de emoción, de la autora superventas Amanda McKinney.

Astor Stone construyó un imperio sobre el poder, los secretos y el control. Pero cuando recibe una nota de rescate por su esposa distanciada —la mujer que ha mantenido oculta durante años— se ve obligado a seguir las reglas de otro. El plan es sencillo: asistir a una fiesta exclusiva, recuperarla y desaparecer.

Hasta que aparece Sabine Hart.

Cuando la noche da un giro mortal, Astor toma una decisión despiadada: llevarse a la hija de su enemigo como rehén. Solo por

una noche... Pero la obsesión no entiende de reglas.

Sabine Hart jamás imaginó acabar cautiva de un hombre peligroso de atractivo turbio, en una mansión apartada con habitaciones inquietantes y un ama de llaves aún más siniestra. Pero cuanto más tiempo pasa allí, más la atrae Astor, y más difícil le resulta distinguir la amenaza de la tentación.

Porque en el mundo de Astor, la pasión es poder.
Y enamorarse de él podría ser lo más peligroso de todo.

Mine es un seductor romance oscuro repleto de ardiente tensión entre enemigos que se convierten en amantes, giros impactantes y un antihéroe posesivo que no olvidarás.

A LA VENTA AHORA

ACERCA DE LA AUTORA



Amanda McKinney es autora de más de treinta novelas románticas y de suspense, superventas en Amazon Charts y ganadora de múltiples premios. Sus libros han recibido más de quince premios y nominaciones literarias, entre ellos el prestigioso *Premio Daphne du Maurier a la Excelencia*, y han aparecido en listas como *Las 12 mejores novelas románticas de POPSUGAR*, además de en el *Today Show*.

¡Suscríbete al boletín de Amanda para enterarte de sus nuevas publicaciones, promociones, historias personales y muchos extras divertidos!

www.amandamckinneyauthor.com

